



Una conexión tan intensa... ¡era imposible de disimular!

Cuando el helicóptero que pilotaba Reid Blake se estrelló en una zona desértica de Australia, una joven que se encontraba recogiendo plantas en la zona lo mantuvo con vida. En la oscuridad y en una situación desesperada, se creó una estrecha relación entre ambos, por lo que, cuando rescataron a Reid y ella desapareció, él no paró hasta encontrarla.

Ari Cohen no se había olvidado de él, pero sabía por experiencia que los finales felices no existían. Al trabajar como ayudante en el baile anual que celebraba la familia de Reid, no se esperaba la emoción que le produjo que él la reconociera ni el maravilloso beso que se dieron. Pero ¿podría aquella prudente Cenicienta confiar en que él la siguiera deseando cuando el reloj diera las doce de la noche?

## *Capítulo 1*

**T**IENES que irte.

Reid Blake levantó la vista de la pantalla del ordenador y miró a su hermano mayor con el ceño fruncido. Aunque Judah era imponente y su reputación hacía honor a su impresionante aspecto, a Reid no le intimidaron sus palabras.

—¿Por qué tengo que marcharme? Acabo de llegar. Y tu querida hija me ha invitado a merendar en el armario que hay debajo de las escaleras. Está haciendo magdalenas.

La expresión de Judah se suavizó ante la mención de su hija. Piper Blake tenía nueve años, era inteligente y graciosa, con el rostro de un ángel. Era un milagro que Judah le negara algo.

Judah, un lord inglés, a pesar de haberse criado en Australia, suspiró y se apoyó en el marco de la puerta. Se hallaban en la casa de la granja Jeddah Creek

—Si no te vas ahora mismo, será mejor que eches una lona a ese mosquito al que denominas helicóptero. Se avecina una tormenta de arena.

Reid suspiró al tiempo que separaba la silla del escritorio empujándola hacia atrás. La conexión a Internet allí no era buena y aquella era su última oportunidad de descargar los correos electrónicos de trabajo.

—¿Por qué cada vez que consigo librar unos días para ir a Cooper Crossing hace mal tiempo? ¿Acaso los dioses no piensan que me merezco un descanso? Lo creas o no, deseo un poco de soledad.

—Pues deja el ordenador y ve a buscarla.

—No puedo. Estoy esperando información sobre un nuevo prototipo de motor que mandé a comienzos de la semana pasada. No es fácil ser un genio de los motores, un adicto al trabajo y un playboy multimillonario y soltero. Es una pesadez.

—¿Has acabado?

—No sabes si lo que quieren de ti es tu dinero o tu amor; o posiblemente el nuevo prototipo de motor solar que va a revolucionar la aviación comercial. Te aseguro que estoy sufriendo una crisis existencial.

Su hermano lo miró sin inmutarse.

—No eres un playboy.

—Lo sabemos los dos, y probablemente las pocas mujeres con las que he tenido una relación seria, pero el resto de la humanidad piensa lo contrario.

—Hablando de las mujeres con las que has salido... Tu amigo Carrick Masterton me llamó el otro día porque quería localizarte para que fueras el padrino de su boda.

—Ya le he dicho que no.

No se debía salir con la hermana de tu mejor amigo. Reid había incumplido esa regla doce años antes con la esperanza de que Jenna fuera la mujer ideal. Sin embargo, tras seis meses de conversaciones íntimas, viajes y atenciones, Jenna vendió la información que había conseguido sobre él y se declaró ecologista. Dijo que era un capitalista defensor del libre mercado al que le importaba un pito el medio ambiente, además de menospreciar sus proezas sexuales y afirmar que carecía de sentimientos.

Todo ello le supuso la pérdida de varios negocios prometedores y la de un amigo.

—Jenna acudirá a la boda como dama de honor. Parece que está dispuesta a olvidar el pasado.

Judah enarcó una ceja con escepticismo.

—Eso está bien.

—Desde luego. ¿Hay algo más que quieras saber sobre mi vida? Judah levantó las manos para apaciguarlo.

—No quiero entrometerme.

—Si Carrick vuelve a llamar, dile que no eres mi secretario.

—Ya lo he hecho, pero me interesaba saber qué pensabas.

—Según ellos, soy mezquino porque sigo resentido, pero no podía hacer otra cosa con respecto a la invitación. Mi regalo de boda para Carrick y su novia son dos semanas de vacaciones con todos los gastos pagados en una isla de la barrera de coral. Mi secretaria se lo envió hace un par de días. Supongo que por eso Carrick ha llamado aquí.

—¿Los vas a mandar a nuestra isla?

—Claro que no. En cuanto llegasen subirían fotos a Internet de la casa en la playa. La novia de Carrick es influencer en redes sociales.

—Pues qué bien —dijo Judah en tono seco.

—Les he reservado las dos semanas en una isla que no tiene nada que ver con nosotros. Si van, les encantará. Pero estate atento a los titulares que hablen de mi excesiva generosidad, mi monstruosa falta de sensibilidad o de las dos cosas.

—Los enmarcaré y te los mandaré. Ambo sonrieron.

—Lo cierto es que deseo que el matrimonio de mi amigo sea feliz. Lo deseo para él y, por supuesto, para mí.

Era lo más cerca que había estado, en años, de reconocer su soledad.

Judah suspiró y se agarró la nuca, lo que indicaba que le incomodaba el giro que había tomado la conversación.

—Entonces, ¿te quedas o te vas?

—Me voy en cuanto recoja las magdalenas y me despida de tu esposa y tu hija. ¿Te das cuenta de que les caigo mejor que a ti?

—Si me lo creyera, te mataría de un tiro.

—Eso es lo que dices, pero ¿lo harías? Judah hizo una mueca.

—Dicen que la práctica hace al maestro.

Era una prueba de la sólida relación que había entre ellos, que les permitía hablar del incidente por el que Judah había pasado varios años en la cárcel cuando estaba en la veintena. Por otra parte, Reid sospechaba lo sucedido la noche del tiroteo, pero, por más que había intentado que Judah se lo contara, su hermano se había negado. Cuando era más joven, esa falta de confianza le había dolido. Ahora comprendía mejor lo que la gente debía y no debía saber.

—Se avecina una tormenta de arena —repitió Judah—. ¿No has dicho que te ibas?

Así era. No esperaría a comprobar en Internet la previsión del tiempo. Además, ya veía que la tormenta estaba llegando.

—Hasta dentro de una semana.

—La casa está preparada y aprovisionada para ti.

—No deberías haberte molestado.

—No lo he hecho. Gert vino la semana pasada.

Gert era el ama de llaves de Jeddah Creek. También trabajaba en otras dos granjas de la zona, el desértico y remoto interior de Australia. Se pasaba por cada una cada dos semanas.

—Pilota con cuidado.

Reid asintió mientras metía el portátil en la cartera. Llevaba pilotando helicópteros desde la adolescencia, y diseñándolos y construyéndolos desde los veintitantos. El helicóptero que lo esperaba tenía un motor revolucionario y doblaba la autonomía de vuelo de sus competidores.

—Siempre lo hago.

Veinte minutos después, tras una rápida revisión de la seguridad del aparato y de haberse comido dos magdalenas, Reid se dirigió al norte. No había más pasajeros. Estaba solo y más contento de lo que había estado en mucho tiempo.

Judah llevaba una vida recluida, lo que implicaba que Reid tenía que trabajar por los dos en las diversas empresas propiedad de ambos. Reid era el hermano sociable al que todos podían dirigirse sin temor. Nadie, ni siquiera Judah, sabía cuánto odiaba el escrutinio constante al que se veía sometido las veinticuatro horas del día ni que la fachada de playboy frívolo que se había construido comenzaba a pesarle, sobre todo porque, tras años de ocultar sus sentimientos a todo el mundo, ya no sabía cómo manifestarlos.

Los movimientos de sus empresas de ingeniería eran examinados por el mercado, por otras empresas de energías renovables y por un número cada vez mayor de grupos de presión. Los mercados subían y bajaban influenciados por sus palabras, lo cual le bastaba para desear volver a los buenos tiempos, cuando tenía diecisiete años, estaba solo y se ocupaba del ganado de la granja.

Sus padres acababan de morir y su hermano estaba en la cárcel por haber matado a un hombre.

En efecto, qué buenos tiempos.

Cuando su hermano salió de la cárcel, no había ningún adulto que se ocupara de ellos, por lo que compraron grandes extensiones de terreno en la región de Channel Country y se dedicaron a convertirlas en una reserva natural.

No hubo nadie que impidiera a Reid invertir mucho dinero en la investigación de energías renovables y de prototipos de motores aéreos que

funcionaran con dicha energía; ni nadie que le advirtiera que grandes cantidades de dinero y poder y una importante posición social atraían más dinero, poder y responsabilidades, se estuviera o no preparado para afrontarlas.

Pero ambos estaban preparados. Reid se enorgullecía de lo que su hermano y él seguían logrando. Pero había días, y aquel era uno de ellos, que lo único que deseaba era verse rodeado por el azul del cielo y la tierra roja y los arbustos que veía debajo. Tras meses de duro trabajo, no había nada como estar en casa.

Dirigió el helicóptero hacia el norte prestando atención tanto a la dura belleza que lo rodeaba como al polvo que divisaba al oeste. Las tormentas de arena eran frecuentes, pero no era recomendable volar en medio de una. Si tenía que aterrizar, lo haría, aunque preferiría no tener que hacerlo y huir de ella.

Aumentó la velocidad al máximo y notó una sensación de júbilo. Volar había sido su primer amor y seguía siéndolo, seguido del sexo.

No lo comentaba, claro, pero seguía prefiriendo pilotar a tener relaciones sexuales.

Un multimillonario y un semental: así lo consideraban los medios y la gente se lo creía. Y aunque él bromeaba al respecto y se escudaba en ello para protegerse el corazón, esa descripción lo crispaba. Incluso antes de la desastrosa relación con Jenna, no había sido capaz de saber si una mujer se le acercaba porque de verdad le gustaba. Muchas lo hacían por su dinero o para servirse de su influencia para progresar política o profesionalmente o, como Jenna, para conseguir una atención mediática que no podían lograr por sí mismas.

Sus relaciones románticas llevaban mucho tiempo siendo una transacción.

¿Acaso era de extrañar que prefiriera volar a la intimidad sexual?

La pared de arena, y era una pared que se extendía hacia el norte hasta donde alcanzaba la vista, se iba aproximando.

—Tenemos que ir más deprisa —dijo mientras daba palmaditas a la consola frente a él.

Ari Cohen miró hacia atrás. La tormenta de arena se acercaba rápida y directamente hacia ella, lo que implicaba que debía recoger la tienda de campaña y meter sus cosas en la vieja camioneta a toda velocidad. Después tendría que buscar piedras para asegurar las ruedas y proteger el vehículo

con cuerda y estacas para cercas clavadas en la arena. Solo entonces se sentiría segura, sentada en la cabina de la camioneta, esperando que la tormenta pasara.

Desde niña se había enfrentado a tormentas de arena, pero no de aquella magnitud. Recogió la tienda a toda prisa, mientras el viento le alborotaba el cabello castaño, y la metió en el asiento trasero de la camioneta, así como el hornillo de gas, pensando en la imprecisión de las previsiones meteorológicas en general y en el hecho de que a nadie le importaba el tiempo que hiciera allí, en medio de la nada.

Nadie vivía allí, salvo los ricos hermanos Blake, que probablemente ya poseerían buena parte del planeta Marte.

De pronto vio una mancha negra y plateada en el cielo, que resultó ser un pequeño helicóptero.

Si quienquiera que lo pilotara creía que podría ir más rápido que la tormenta se equivocaba.

—¡Estás loco! ¡Aterriza! —gritó, aunque sabía que nadie la oiría. Pero no podrían acusarla de no habérselo advertido.

Se le encogió el corazón al ver que el helicóptero se elevaba e inclinaba hacia la derecha. No quería presenciar la tragedia, sino subirse a la camioneta y soportar la tormenta lo mejor que pudiera. Sin embargo, no pudo apartar la vista de la lucha del helicóptero contra los elementos.

—¡Baja!

Como si la hubieran oído, el helicóptero se lanzó de cabeza hacia la tierra.

—¡Así no!

Se olvidó de las estacas y las cuerdas. Cuando el helicóptero aterrizara, no habría nadie más que ella para ir a ver si se podía rescatar a alguien.

No era médica ni enfermera.

No la atraía conducir hacia el desastre, pero...

¿Por qué siempre había un pero?

Había nacido y crecido allí, al borde del desierto y sabía lo que sucedía cuando no había nadie que pudiera ayudarte. Era una tierra inclemente.

Y quien estuviera en aquel helicóptero iba a necesitar ayuda.



Lanzó una maldición al poner en marcha la camioneta. ¿Quién le aseguraba que el vehículo no sería derribado por el viento? De todos modos, arrancó y se dirigió al norte. Aún tenía visibilidad y veía el helicóptero peleando contra el viento. Todavía no había caído, pero cada vez estaba más bajo.

«No te rindas», deseó mentalmente a quien lo estuviera pilotando.

En todos los años que Reid llevaba pilotando, nunca había visto un tiempo como aquel. Todo sentimiento de superioridad o de seguridad por el hecho de ser un hombre lo había abandonado. Lo único que le importaba era aterrizar. Podía morir. La eficacia de los motores era inútil ante la fuerza de los elementos.

Hacía tiempo que no veía la tierra. Ninguno de los instrumentos funcionaba.

No sabía dónde estaba el cielo, pero se esforzó en adivinarlo para seguir bajando.

No podía ser el final.

Si sobrevivía, daría prioridad al sexo, en vez de a volar. «Lo prometo». Si sobrevivía...

Fue un milagro que Ari encontrara el lugar en que se había estrellado.

Frente a ella se hallaba el pequeño helicóptero, con el morro enterrado en la arena y la cola hacia arriba. Quién sabe dónde estarían los rotores. No había nadie entre los restos.

Si el ocupante había salido disparado, ¿dónde habría aterrizado? No lo sabía.

Apagó el motor de la camioneta, que tal vez no volviera arrancar, después del infierno del que había escapado, pero ya pensaría en eso más tarde. Dentro de la camioneta, no había arena en el aire; fuera podía morir.

Pero había alguien fuera. No sabía si habría muerto y, si estaba vivo, no duraría mucho, a no ser que buscara refugio o que alguien se lo proporcionara; o sea, ella.

Agarró una correa de nailon destinada a sujetar cargamento, no a personas y se ató un extremo a la cintura. Se puso las gafas de sol y un pañuelo en la cabeza. Lamentó no tener gafas de buceo, porque le habrían venido muy bien.

Se bajó de la camioneta e inclinándose contra el viento ató el otro extremo de la correa al parachoques. La correa tenía, como mucho, treinta metros de longitud. Si no encontraba a nadie, cuando no pudiera seguir avanzando, probaría en otra dirección.

—Sigue luchando —murmuró—. Te siento —era verdad. Otro milagro, sin duda—. Voy a buscarte. No te rindas.

## Capítulo 2

**R**ESPIRABA. No veía nada, pero respiraba y no estaba solo.

—¿Quién anda ahí? —preguntó con voz pastosa. El dolor de cabeza era espantoso, pero pudo articular las palabras.

—Puede hablar —la voz le sonó un poco histérica a Reid, pero en su vida se había sentido tan agradecido por estar acompañado—. ¿Había alguien más en el helicóptero con usted?

—No.

La mujer exhaló ruidosamente.

—Eso está muy bien.

—¿Dónde estamos? —seguía articulando con dificultad.

—En una tienda de campaña cerca de donde se estrelló el helicóptero. No sabía si era buena idea moverlo, así que he traído la tienda. Hay una tormenta de arena. Aquí no se está bien, pero fuera se está mucho peor.

—No veo.

—Está oscuro por la arena.

—No, no veo. Silencio.

—¡Diga algo! —dijo Reid extendiendo la mano hacia la voz y aferrándose a un brazo desnudo, a una piel cálida y viva—. No veo —notó la mano de ella que le agarraba la suya intentando calmarlo.

—Seguro que se ha dado un golpe en la cabeza.

Era evidente, pero no estaba solo y seguía respirando, por lo que debía estar agradecido.

—¿Va a quedarse? —era fundamental que la bonita y asustada voz no desapareciera.

—Sí, ahora no puedo marcharme. Es imposible salir.

—No veo —repitió abrumado.

—Ya lo he oído —se llevó la mano de él a los labios, que le parecieron suaves y cálidos—. Lo he encontrado, pero no puedo ayudarlo.

Reid creyó que iba a volver a desmayarse de dolor.

—«Quédese», rogó mentalmente. «No quiero morir solo».

—No creo que vaya a morir. Su pulso es fuerte —dijo ella con voz ronca, a causa del polvo, pero hermosa.

¿Cómo le había adivinado el pensamiento?

—Está hablando en voz alta.

Él rio, pero se dio cuenta de que reírse o moverse no era buena idea.

—No... No puedo...

—Está hablando y está vivo. Es una buena señal.

Reid le estrechó la mano y ella lo imitó, antes de que la oscuridad volviera a apoderarse de él.

Cuando Reid recobró el conocimiento, no estaba solo. Su salvadora se había acurrucado a su lado, una presencia cálida y una suave respiración contra su hombro. Lo agarraba de la muñeca como si se hubiera quedado dormida tomándole el pulso. El viento ya no zarandeaba la tienda, pero el aire seguía siendo pesado y los rodeaba un silencio anormal.

Reid movió los dedos de los pies y las piernas. También los de las manos y los brazos. Pensaba y respiraba.

Pero seguía sin ver.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

Ella se había movido mientras él comprobaba el estado de sus miembros. Supo que se había despertado.

—Un poco.

—No parece que haga tanto viento.

—Creo que se debe a que la tienda está medio enterrada en la arena. Noto el peso en el cuerpo. Usted está en el lado bueno.

Ella se incorporó y él supuso que lo había hecho apoyándose en el codo, porque el resto de su cuerpo seguía pegado al suyo. Intentó imaginarse el aspecto de aquella mujer, sin conseguirlo.

¿Estaría casada?

—Si no vuelvo a soltarla la mano, ¿le importaría a alguien?

—A mí, llegado a cierto punto. Creo que a nadie más.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintitrés.

—¿Es guapa?

—¿Acaso importa? —lo reprendió ella.

—¿Eso es un no?

—Oiga, está atrapado conmigo en una tienda de campaña en medio del desierto y de una tormenta de arena. Estoy a punto de darle de beber y comer y no puede verme. ¿De verdad le importa mi aspecto? Dicho así...

—Tutéame. Me llamo Reid.

—Sé quién eres —levantó la mano de la muñeca de él y se apartó.

—¡Espera! —lo invadió el pánico.

—Ahora vuelvo —le puso la mano en el pecho y se lo apretó—. Mi camioneta no está lejos. Aunque no la vea, estoy atada a ella, así que la encontraré —llevó la mano de Reid a su cintura y él notó la correa de nailon—. Lo único que tengo que hacer es seguir la correa.

—¿Cómo vas a volver?

—¿Acaso no te he encontrado? He vuelto a por la tienda, te he vuelto a encontrar y he instalado la tienda a tu alrededor. En la camioneta tengo pastillas para aliviarte el dolor. ¿Te parece que merece la pena que vaya a por ellas?

—Ve a por ellas.

—Suéltame la mano.

No estaba dispuesto a hacerlo.

—Quédate.

—¿En serio?

—Es peligroso que salgas. No deberías irte.

—¿Y los analgésicos? Creo que los necesitas.

—¿Cómo es que estás aquí, en medio de la nada? Aquí no vive nadie ni nadie pasa por aquí. ¿Eres real?

—Soy una intrusa, no estoy casada ni soy guapa en el sentido convencional de la palabra. Tengo los ojos demasiado separados, el cuello muy largo, la nariz desviada porque me la rompí de pequeña y soy delgada. No soy excesivamente inteligente y la gente me considera muy tímida, por lo que no me tiene en consideración. Sin embargo, soy real.

—Me parece muy bien.

Ella rio y su risa le pareció maravillosa.

—¿Lo ves? Empiezas a hablar con sensatez, lo cual es buena señal. Eres capaz de seguir la conversación, tienes el pulso bien y respiras con normalidad. No soy médica, pero me parecen buenas señales. Eres un hombre fuerte.

—Así es —notó que iba a volver a desmayarse.

—¡Reid!

No pudo evitarlo.

Ni siquiera aferrándose a la mano de ella.

Ari abrió la tienda y salió. La preocupación por Reid había superado el deseo de seguir en la tienda. Ya no llevaba el pañuelo, porque lo había enrollado en la cabeza de él para detener la hemorragia, pero se levantó la camiseta para taparse la nariz y la boca y no respirar arena. En la camioneta tenía un botiquín y agua para varios días, aunque esperaba que los rescataran antes.

Sabía que el herido era multimillonario. Seguro que en el helicóptero o en sus efectos personales habría un dispositivo de rastreo, por lo que sabrían dónde se hallaba e irían a buscarlo en cuanto pasara la tormenta.

Se tapó el rostro con la camiseta, agarró la correa con ambas manos, la tensó y echó a andar. Tardó mucho, pero llegó a la camioneta, que se encontraba donde la había dejado, aunque se hallaba medio enterrada en la arena.

Se subió y cerró la puerta. Se quitó la arena del rostro y abrió los ojos parpadeando con fuerza.

«No te frotes lo ojos, Ari».

El instinto le exigía que lo hiciera. Se obligó a no moverse. Apoyó la cabeza en el asiento y se frotó lentamente el rostro con una toalla que tenía detrás del asiento. Después, con los ojos aún cerrados, agarró la botella de agua que había en el salpicadero y bebió. Mojó el borde de la toalla y se echó unas gotas en los ojos hasta que pudo abrirlos.

Allí no había cobertura, pero comprobó que el móvil aún tenía batería. Después llenó la mochila y una bolsa con lo que necesitaba.

En el trayecto de vuelta tardó más de lo esperado porque el viento volvía a soplar con fuerza y ahora no podía tener los ojos cerrados y

confiar en que la cuerda la llevaría a su destino. Cuando localizó la tienda, estaba negociando con quienquiera que la estuviera escuchando.

«Si me enseñas dónde está la tienda, estaré un año sin decir palabrotas».

«Si paras la tormenta, me esforzaré mucho para aprobar el curso de horticultura».

«Si Reid vive, agradeceré eternamente no llevar el peso de su muerte en mi conciencia durante toda la vida. Y me abstendré de tener relaciones sexuales durante al menos...».

«¡La tienda! ¡Hurra!». Justo a tiempo.

—Ya estoy de vuelta —dijo dejando las bolsas en la entrada—. ¿Estás despierto? ¿Cómo te encuentras? —comenzó a quitar arena de su lado.

Él gimió.

—De maravilla.

Ella cavó con más fuerza, para que hubiera menos peso en aquel lado y más sitio cuando entrara. Aunque se suponía que la tienda era para dos, Reid Blake la llenaba casi por completo y era muy probable que los dos tuvieran que refugiarse en ella durante un tiempo.

—¿Sigues sin ver? —le preguntó ella, porque pensaba desnudarse antes de entrar, ya que tenía la ropa llena de polvo y arena.

—Sí.

Cuando ya había metido todo en la tienda, salvo la ropa, rompió la promesa de no decir palabrotas durante un año. Reid se había quitado el vendaje de la cabeza, se la había estado tocando y luego se había tocado los ojos. Tenía que ser eso, ya que no podían estarle sangrando.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

«Que no te dé un ataque de pánico», se dijo ella. Pero estaba aterrorizada.

Y se preguntó si él se daba cuenta.

—Nada —intentó que el miedo no se le notara en la voz, sin conseguirlo.

¿Qué desearía ella que le proporcionara un protector al que no veía? Seguridad y normalidad; algo a lo que aferrarse; humanidad—. Nada, salvo

que he dejado la ropa en la puerta, por lo que espero que de verdad no me veas, porque me resultaría violento.

—¿Estás desnuda?

—Casi —contestó ella mientras dirigía la linterna hacia él y la encendía. Entonces vio con toda claridad el estado en que se hallaba y se asustó aún más. El color le había desaparecido del rostro; solo había sangre. La pernera izquierda del pantalón estaba empapada en sangre—. Sí, casi desnuda. He traído los analgésicos. Son cápsulas, así que tendrás que tragártelas, pero también he traído agua. ¿Puedes tragar?

Él se lo demostró mientras ella se ponía un vestido de verano.

—Muy bien. Trágate la primera. Tienes que tomarte tres. Y después me ocuparé de tu pierna.

—¿Qué vas a hacerle?

—Algo bueno que te salvará la vida.

—¿Y vas a hacerlo desnuda?

—Me acabo de poner un vestido. Eres de lo que no hay. Estás medio muerto y sigues pensando en lo mismo. Me dejas atónita.

En realidad, Ari no quería analizar su reacción con él. Una mujer, ante un hombre en grave peligro, no debía pensar: «Apuesto lo que sea a que estar piel contra piel contigo tiene que ser una experiencia gloriosa».

Le puso la primera cápsula en los labios, más suaves y cálidos de lo que parecían, lo cual era buena señal, aunque el leve contacto le produjo un cosquilleo de excitación sexual.

—No sigas por ahí —dijo en voz alta.

—¿Qué dices?

—Nada. Tómate la cápsula. No me obligues a hacértela tragar, porque lo haré. ¿Alguna vez le has dado a un gato una pastilla contra las lombrices?

Él rio débilmente y ella le vio los dientes, notó el roce de su lengua en los dedos y la cápsula desapareció.

—No levantes la cabeza. Llévate la cápsula al fondo de la boca y te echaré un poco de agua, intentando no ahogarte, para que te la tragues. ¿Te parece un buen plan?

Era el único que tenía. Se imaginó explicándole al forense su intervención en la muerte de aquel hombre. «Sí, se ahogó en medio de una



tormenta de arena, en el desierto. Se le llenaron de agua los pulmones. No tengo ni idea de cómo pasó...».

—¿Preparado? —le echó un poco de agua en la boca y esperó—. ¿Te la has tragado?

—Sí.

Se tomó las otras dos cápsulas. Y ella abrió una tableta de chocolate y le dio un mordisco. Esa era su medicina, alimento para su alma asustada.

—¿Quieres?

—¿Qué es?

—Chocolate. Dicen que aleja los malos pensamientos.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Lo he leído en un libro que probablemente tratara de magia.

—Me reiría, pero, si lo hago, volveré a desmayarme.

—¿Quieres o no?

—Sí.

Ella partió una onza y se la puso en la mano.

—Te sangra la pierna. Voy a quitarte los pantalones.

—Bromeas.

—Esa soy yo: hombre herido está a mi merced y lo único que me interesa es ver si está bien equipado.

—¿Tan mal aspecto tiene?

—Externamente, sí. Pero tengo vendas y otras cosas.

—Cosas.

—Cosas buenas. ¿Te puedo quitar los pantalones?

—No se me hubiera ocurrido ni en sueños. Ella rio y él sonrió.

—Es bonita tu risa.

Sus palabras la tranquilizaron. Si él no estaba asustado, ella tampoco lo estaría. Si flirtear los ayudaba a superar la situación sin desmoronarse, ¿por qué no hacerlo? ¿Por qué no aceptar aquella relación extrañamente íntima que estaban forjando en circunstancias extraordinarias y seguir adelante?

Le desabrochó los botones de la bragueta. El bóxer era bonito y le pareció que contenía mucho peso cuando agarró los vaqueros y se los bajó.

—Deberíamos volverlo a hacer cuando te sientas mejor.

—Sí.

Pero la voz de él era débil. Cuando ella acabó de quitarle los pantalones, se había vuelto a desmayar.

Sacó la ginebra que llevaba en la bolsa y le limpió la herida de la pierna, antes de vendársela con fuerza. Tenía un corte profundo en el muslo, por lo que esperaba que la limpieza y el vendaje fueran suficientes hasta que pudiera atenderlo un médico.

Le limpió el rostro con agua y una toalla hasta que encontró los cortes que le sangraban en la frente. Con gasa y alcohol se los desinfectó y después se los vendó. Esa vez no podría quitarse el vendaje. Le daría una bofetada, si lo intentaba.

Le curó todas las heridas que halló en el resto del cuerpo. Ninguna le sangraba abundantemente.

Él recuperó la consciencia al final de la cura.

—Creo que vivirás.

—Eso es tener esperanza. Ella le dio más agua.

—Ahora hay que esperar.

—¿Sigues desnuda?

—No, llevo un vestido.

—¿De qué color?

—Verde.

—¿De qué color tienes el cabello?

—Castaño oscuro.

—¿Y lo ojos?

—También castaños.

—Me imagino a una actriz de una de las películas de James Bond.

—Tú mismo —¿a qué actriz se refería? No tenía ni idea—. ¿Dónde ibas?

—Al norte de la granja Cooper Crossing. Hay un par de cabañas ecológicas allí.

—¿Te espera alguien?

—No, están vacías.

—¿Alguien rastreará tu vuelo? Silencio.

—¿No tenía el helicóptero una caja negra indestructible?

—No era un helicóptero para pasajeros, sino un prototipo.

—Qué decepción —trató de asimilar el hecho de que nadie pudiera ir a buscarlos—. De todos modos, nadie vendría a buscarnos con este tiempo.

¿Cómo estás? ¿Te han hecho efecto los analgésicos?

—No.

—No te puedo dar más.

—Lo sé.

—¿Quieres más agua?

—Por favor.

Otra pastilla no le haría daño. La sacó del frasco y se la puso en los labios.

—Es paracetamol. Las otras eran antiinflamatorios. Creo que te puedo dar las dos cosas, pero habrá que esperar cuatro horas después de esta, ¿de acuerdo? Él asintió.

—¿Qué tal la vista?

—Sigo sin ver, y me asusta.

Ella no se imaginaba un mundo en perpetua oscuridad.

—Sigue hablando, por favor —rogó él.

Ella se tomó otro trozo de chocolate, sacó de la bolsa el libro de texto y se tumbó boca abajo al lado de él al tiempo que extendía el saco de dormir sobre ambos. Aún no hacía frío, pero lo haría.

Abrió el libro al azar y carraspeó.

—«Guisante del desierto de Sturt, Swainsona Formosa. Familia de las leguminosas. Debe su nombre al médico y botánico inglés Isaac Swainson».

Ari dejó de leer.

—Nos vendría muy bien que este hombre estuviera aquí. Y nunca he visto esta planta tan al norte.

Siguió leyendo.

—«Florece de marzo a julio, dependiendo de la lluvia, y prefiere suelos calcáreos y arenosos».

—¿Quién eres?

—Tu compañera en la tormenta —le siguió leyendo descripciones y clasificaciones de plantas hasta que notó que el cuerpo de él se relajaba y respiraba de forma regular.

Resultaba que el libro había sido útil. No volvería a quejarse de su precio astronómico, ya que había conseguido que el multimillonario Reid Blake, gravemente herido, se durmiera.

## Capítulo 3

**D**ESPERTARSE fue como levantarse del barro, que le pesaba y lo hacía desear no moverse para no sentir dolor ni miedo. Pero el miedo se abrió paso en su interior al percibir el agudo dolor de la cabeza y la oscuridad que lo rodeaba.

—No veo —una mano cálida lo agarró de la muñeca.

—¿Sabes dónde estás?

—No

—En una tienda, en medio de una tormenta de arena. Te estrellaste con el helicóptero. Te has herido la cabeza y otras partes del cuerpo.

Era la voz de sus sueños. O tal vez no lo hubiera soñado.

—Estabas antes aquí.

—Te encontré. Monté la tienda a tu alrededor y te di analgésicos —él notó una botella en los labios y bebió—. El sol se ha puesto hace un par de horas.

La mano le soltó la muñeca.

—¡La mano! ¡Vuelve a ponérmela! ¡Donde sea, por favor!

Notó la cálida mano en el hombro y volvió a respirar bien. Ese contacto, la conexión humana más básica, lo tranquilizó.

—¿Quieres que también te apoye las rodillas en el costado? Porque tengo que incorporarme para comprobar tu estado. Pero, si lo hago, invadiré todo tu espacio.

—Hazlo, por favor.

—Los ricos sois unos pervertidos.

—¿Sabes quién soy?

—Sí. Y tú, ¿sabes quién eres?

—No he perdido la memoria, solo la vista.

—Por lo que veo, la cabeza te ha dejado de sangrar, gracias al vendaje. También te he vendado la mano y la muñeca. Estoy segura de que ahí tienes algo roto. Y el hombro parece luxado. Espero que no te gustaran

mucho los pantalones que llevabas, porque los he hecho tiras para detener la hemorragia de la herida que te recorre el muslo hasta la rodilla. Y te he desabrochado la camisa para comprobar el estado de tus abdominales. Tienen muy buen aspecto. Después te he metido la mano por debajo para palparte la espalda y las nalgas...

—Hablando de perversos... —murmuró él.

—Y no la he sacado manchada de sangre. Después me he tumbado a tu lado a esperar. Supongo que tu hermano mayor se pondrá a buscarte, pero tendrá que esperar a que el polvo y la arena se posen.

—¿Conoces a Judah?

—He oído hablar de él, al igual que de ti. Es difícil no hacerlo en estos contornos.

—¿Así que eres de por aquí? No voy a denunciarte por entrar sin autorización, si es lo que te preocupa.

—Qué gracioso eres. No tengo dinero y dudo que quieras quedarte con la camioneta, una reliquia que se cae a pedazos.

—¿Así que eres una estudiante de horticultura que está sin blanca y que ha venido de excursión en tienda de campaña? —comenzaba a recordar la conversación anterior y el libro que le había leído.

—Más o menos. Trabajaba en Brisbane cortando césped, podando setos y limpiando estanques de jardines. Pero mi jefe tuvo un infarto y vendió el negocio. Los nuevos dueños, un joven matrimonio, no tenían suficiente trabajo para mí —suspiró—. Tengo tres mil dólares ahorrados. Si me denuncias, negaré que te lo he dicho. No están en un banco.

—Quédate con ellos. No deberías llevar tanto dinero encima.

—¿Quién dice que lo llevo encima? Voy a sacar el móvil de la mochila para mirar la hora, si es que se ve algo.

—¿Tienes un móvil?

—Sí: móvil, ordenador y unas tijeras de podar. Esas son mis posesiones. Por eso no puedes denunciarme por tomar muestras de plantas de tu terreno sin autorización. Son las nueve menos diez. ¿Tienes hambre? ¿Te comerías una vaca?

—¿También llevas una de mis vacas en la mochila?

—Me duele tu tremenda falta de confianza en mi bondad, pero la respuesta es que no, al menos en esta excursión.

—No irás a colgar fotos mías en Internet, ¿verdad?

—¿Crees que podría venderlas por un dineral y pagarme la matrícula de la universidad?

Estaba seguro.

—No voy a sacarte fotos en el estado en que te encuentras para venderlas al mejor postor. Si eso es lo que hace la gente de tu mundo, lo siento por ti.

—No te imaginas lo que la prensa publica sobre mí —dijo él tratando de explicarse.

—¿Así que no estás perdidamente enamorado de la esposa de tu hermano?

—Hace un par de años, mi hermano y yo quisimos comprar una empresa energética nacional. Ese rumor fue un intento de detener nuestra oferta pública de adquisición de acciones.

—Vives en un mundo brutal —afirmó ella.

—Así es.

—Tu cuñada es muy guapa.

—Además de inteligente y bondadosa. La conozco desde que nació, lo cual no quiere decir que esté enamorado.

—Tengo una chocolatina con coco y nueces de macadamia que podemos compartir —murmuró ella.

—Cómetela tú —dijo él, enfadado porque creyera las mentiras que se escribían sobre él.

—Perdona, pero tú también estabas dispuesto a pensar lo peor de mí, como que iba a hacerte fotos y a venderlas a la prensa para ganar una fortuna.

Tenía razón, pero tal vez pudieran volver a empezar. Extendió el brazo hacia ella y sus dedos chocaron con una parte redonda de su cuerpo, que sin duda era una nalga. Carraspeó y apartó la mano.

—¿Empezamos de cero? No suelo ser tan... susceptible.

—Yo también estoy nerviosa. Siento haber repetido los chismes que se cuentan de ti. Son puras invenciones.

—Así es.

—¿Quieres más agua?

—Sí, por favor.

Notó el plástico de la botella en los labios. Agarró la botella y la mano de ella a la vez.

—Ya la sujeto yo.

—Un momento, voy a... Toda tuya. No bebas demasiada —le puso la mano en la frente—. Estás caliente.

—Me pasa con frecuencia.

—Estoy segura.

¿Flirteaban, se preguntó él?

—Me refiero a que tienes fiebre. No son buenas noticias. Creo que no debemos esperar a que alguien nos encuentre. Debo ir a buscar ayuda.

—En la cumbre de la colina habrá cobertura.

—Tal vez, pero el camino de subida está en muy mal estado. Pensaba subir, pero decidí no hacerlo. Aunque lo intentaré, si es necesario. Lo he hecho otras veces.

—¿Ah, sí? —era evidente que no desconocía aquella zona—. Llévame contigo.

—De ninguna manera. No puedes mover la cabeza. ¿Y si tu vista pende de un hilo y en el trayecto este se rompe? No volverás a ver.

Aunque detestara reconocerlo, ella tenía razón.

—¿Cuándo vas a marcharte?

—Ahora no. No eres el único que no ve nada. Esperaré al amanecer. El polvo se habrá posado un poco.

—No te vayas sin decírmelo.

—De acuerdo.

Reid no quería quedarse a solas con sus pensamientos y con el dolor que amenazaba con hacerlo llorar.

—Cuéntame algo.

—¿El qué?

—¿Cuál es tu recuerdo preferido?

—¿Por qué iba a decírtelo?



—Tal vez porque te hace feliz hablar de ello —quería conocerla. Era valiente e ingeniosa y no parecía tener ningún plan salvo mantenerlo con vida y buscar ayuda lo antes posible. Era divertida, sensata y especial, y era muy divertido escucharla—. Venga, cuéntame el mejor día de tu vida.

—¿No preferirías que te siguiera leyendo?

—No, por favor.

—Entonces, tú primero —le quitó la manta. Y él supuso que sería para que se disipara parte del calor de su cuerpo, pero el de ella siguió en contacto con el suyo, y él agradeció no tener que volver a pedirselo—. ¿Cuál es tu recuerdo preferido?

—Ver salir a mi hermano de la cárcel y que me sonriera al verme.

—¿No sabía que irías a recogerlo?

—Se lo había dicho, pero me parece que no se lo creyó. Paramos en la cafetería de una gasolinera. Yo quería desayunar. Al preguntarle qué quería tomar, miró la carta como si estuviera perdido. Mi hermano necesitaba que lo ayudara, lo que me puso contentísimo. Deseaba con todas mis fuerzas caerle bien. Para mí, era un héroe.

—¿Tu hermano, que había matado a un hombre, era tu héroe?

—Fueron circunstancias excepcionales. Tuvo que hacerlo —no iba a decirle que no estaba seguro de que su hermano hubiera apretado el gatillo. Creía que podría haber sido el padre de Bridie quien empuñara el arma y que su hermano se hubiera declarado culpable para evitar que Bridie, con dieciséis años, se quedara sola en el mundo. Judah no se lo había confirmado—. A pesar de todo, sigue siendo un héroe para mí.

—Eres leal. Me gusta —dijo ella dándole palmaditas en el hombro.

—¿Por qué sigues dándome palmaditas en el hombro? —por qué no lo hacía en el pecho o le agarraba de la mano, como antes.

—Porque es la única parte de tu cuerpo que no está herida o vendada.

—¿Tan mal estoy?

—No estás bien. Sigue contándome. ¿Qué pediste para desayunar?

—Pedí para los dos. Tenía dieciocho años, estaba recién salido del internado y mis padres acababan de morir. Me había quedado solo en la granja para dirigirla y asegurarme de que mi hermano tuviera un sitio al que volver. Durante meses solo vi a Tom Starr, de la granja vecina, a su hija Bridie y a Gert, el ama de llaves que venía tres días cada dos semanas.

—Sí, conozco la historia. Hiciste un buen trabajo.

—No quería fallarle a mi hermano y quería demostrar a todos que era capaz de salir adelante.

—Sé lo que es sentirse así.

Él percibió en su voz que era cierto, aunque no podía verle los ojos.

—No podría haberlo conseguido sin ellos. Les estaré eternamente agradecido —extendió el brazo hacia ella, que le agarró la mano.

—Eres un sentimental.

—No se lo digas a nadie. Tengo que conservar la fama de insensible.

—Te guardaré el secreto.

La mano de ella no era suave Tenía durezas en los dedos. De repente, él sintió la necesidad de llevársela a los labios. ¿La retiraría ella? Se contentó con frotarle el pulgar.

—¿Por dónde íbamos?

—Cuando pediste el desayuno.

—Pedí dos cafés, dos batidos de plátano, tarta de manzana, patatas fritas con sal y vinagre, bizcocho de chocolate y nueces y dos refrescos isotónicos. E iba a seguir pidiendo, pero la camarera me dijo que creía que era suficiente.

—Y tenía razón.

—Cuando nos trajeron la comida, comencé a devorarla, pero me di cuenta de que Judah no comía. Creí que no tenía hambre. Le pedí disculpas, pero me dijo que parara. Le dije que solo quería causarle buena impresión y que lo sentía. Y él me repitió que me callara, así que lo hice. Creí que se iba a marchar.

—¿Y ese es tu mejor día?

—La cosa mejoró —se defendió él—. Judah es el mayor caso de estrés postraumático que conozco, pero me miró y decidió confiar en mí. Me dijo:

«Reid, tengo hambre, pero es demasiada comida y llevo siete años y medio sin tener que decidir sobre nada. Me tienes que ayudar». Yo le dije, «empieza por el batido de plátano», él se rio, pero lo hizo. Y en ese momento supe que quería tenerme a su lado y que todo iría bien. A veces las familias se rompen, y me daba miedo de que fuera a pasarla a la mía. Y entonces, ¿qué?

—Te entiendo. Me lo sé de memoria.

Su voz estaba teñida de tristeza. Él se preguntó qué edad tendría y si ya se lo había preguntado. ¿Se equivocaba al pensar que era más joven que él, por ser estudiante? Daba igual. Ella lo entendía, y eso le bastaba.

—En la familia Blake está establecido que el primogénito se quede con todo, con el título de barón y con toda la tierra. No había nada en el rancho ni en el Reino Unido que fuera mío. Mientras desayunábamos, le pregunté si quería que me quedara con él —le faltaba fuelle para seguir hablando. Le dolía el cerebro; le dolía todo.

—¿Y te pidió que te quedaras?

—Sí, me dijo que no podría arreglárselas sin mí. Fue el mejor día de mi vida.

—Eso significa que vendrá a por ti.

—Te toca —murmuró él.

—No tengo recuerdos como ese. Mi mundo es pequeño.

—De todos modos, cuéntame algo.

—Ver la línea de costa por vez primera fue espectacular: agua por todas partes hasta la tierra.

—¿Cuántos años tenías?

—No lo sé. Tal vez seis. También me quedé alucinada al ver una catarata artificial en la piscina de una casa. Entonces estaba en la primera adolescencia. También al ver llover aquí y contemplar las formas que adopta el agua al correr.

—¿Conoces la Bahía de las Islas, en Vietnam?

—No.

—Te llevaré cuando salgamos de aquí.

—Seguro —dijo ella con indulgencia.

—Lo digo en serio.

Tal vez fuera así en aquel momento, pero Ari no era tan estúpida como para pensar que cumpliría su palabra. En cuanto lo curaran, se olvidaría de ella por completo.

—Cuéntame otro recuerdo. ¿Cuál es tu persona preferida?

Comenzaba a arrastrar las palabras, pero ella quería que siguiera despierto, porque, cada vez que se desmayaba, creía que no recuperaría la consciencia.

—Mi madre, pero murió.

—¿Y tu padre?

—No forma parte de mi vida. Mi madre no era muy habladora y no me contó nada de él. Era un ganadero que estaba de paso. Y fue una encantadora aventura de una noche. Es lo único que sé.

Ari le apretó la mano. Él respondía maravillosamente a su contacto. Tal vez ella también lo haría si no viera.

—Así que no era habladora, pero tenía unos ojos muy expresivos. Le bastaba una mirada para decirme que me quería y que estaba orgullosa de mí. Si sacaba buenas notas, le brillaban los ojos de orgullo. Si, de niña, le hacía algo en la escuela para regalárselo, me miraba con amor. Me demostraba que me quería, y yo lo sabía. Incluso cuando se casó y tuvo que ocuparse de mi padrastro y de mi hermanastro, me siguió queriendo con los ojos.

Cuando podía. El padrastro era un hombre celoso y no le gustaba que la madre demostrara su cariño por su hija.

—Seguro que te miraba así a menudo. Tienes buen corazón.

—¿Tú crees? —Ari no quiso contarle que en los últimos años apenas la miraba por miedo a que su esposo acabara dándole una paliza, a ella o a su hija—. Porque me acabo de dar cuenta de que no he parado de darte la lata con recuerdos visuales, cuando no ves.

—Distingo formas borrosas, luz y oscuridad —Ari no tuvo el valor de decirle que hacía tiempo que había apagado la luz y que la oscuridad era absoluta—. Ojalá pudiera verte.

—Sí, claro —afirmó ella muy conmovida, sin saber por qué—. Pero no te pierdes nada. Espero que pronto recuperes la visión. Aunque, siendo sincera, es liberador comunicarme contigo mediante la palabra y el tacto, en la oscuridad. Es casi como si nos halláramos en la misma situación. Y no me siento tan cohibida por mi aspecto ni por mi ropa barata.

—No juzgo a los demás por su aspecto.

—Claro que lo haces. Me imaginabas como una preciosa chica Bond.

—Bueno, no juzgo a los demás por su cuenta bancaria.

—Claro que sí. Todos lo hacemos —tumbada a su lado, escuchó cómo respiraba—. ¿Qué instrumento te gusta más? A mí, la guitarra. No sé música ni entono a la perfección, pero me gusta tocar la guitarra.

—Describe los ojos de tu madre cuando tocabas —su voz era cada vez más débil.

—Ni idea. Se alejaba lo más posible para no oírme.

—Muy graciosa.

Ella cerró los ojos. Le gustaba mucho su voz. Siempre le había gustado, incluso de niña. No se había enamorado de él, ya que era mucho mayor. Pero el adolescente de sonrisa fácil no había perdido la amabilidad.

—¿Quién eres? —preguntó él. Y ella fue a decirle que era Ari Cohen, la sobrina del ama de llaves que a veces, de niña, la acompañaba a su casa y que fue entonces cuando lo había conocido

Pero él se había vuelto a desmayar.

Ari se levantó al amanecer y sacudió suavemente a Reid, que parecía no saber dónde se hallaba. Pero ella le había prometido que no se iría sin despedirse. Aprovechó la oportunidad para darle dos analgésicos y un poco de agua y dejó la botella casi llena al lado de su mano sana.

—Reid, voy a subir a la colina. Volveré en cuanto pueda —le frotó el hombro, pero no se despertó. Seguía teniendo fiebre. Necesitaba atención médica urgentemente.

Lo besó en la mejilla porque, si moría a causa de las heridas, quería que el último contacto humano que tuviera fuera una muestra de afecto.

Se montó en la camioneta y giró la llave de contacto. El motor se encendió, a pesar de que temía que no lo hiciera, a causa de la arena en medio de la que había conducido buscando a Reid. Arrancó en busca del sendero.

La tormenta de arena había depositado, por todas partes, una capa de limo más profunda de lo que se esperaba. Calculó que tardaría tres horas en llegar y tres en volver a la tienda.

Pero debía hacerlo. La vida de Reid dependía de ello.

Dos horas después, cuando había llegado al pie de la colina, vio un helicóptero a cierta distancia. Detuvo la camioneta, con el corazón desbocado y la esperanza de que vieran el helicóptero estrellado y la tienda o, al menos, que la vieran a ella para que les indicara la dirección agitando las manos.

Sin embargo, no la vieron y estuvieron volando en círculo, mientras ella lanzaba gritos de frustración. Se bajó de la furgoneta y comenzó a agitar las manos. Después agarró un jersey rojo para agitarlo también.

—Hacia el sur, ahora hacia el suroeste. Eso es. Hacia el oeste. ¡He dicho hacia el oeste! Eso es. ¡Sí!

Lo habían visto. Lo habían encontrado. Ari alzó el puño hacia el cielo.

—¡Sí! Deprisa. Os está esperando.

La tensión de las veinticuatro horas anteriores se le vino encima como un camión. Se sentó en el suelo, se cubrió el rostro con las manos y sollozó aliviada, liberándose del miedo de que hiciera lo que hiciera no sería suficiente. Ahora, él recibiría atención médica y ella habría hecho lo suficiente.

Horas después, cuando Ari volvió, solo quedaba la tienda, el saco de dormir y el helicóptero hecho pedazos.

Reid Blake, multimillonario herido y piloto de pruebas, ya no estaba.

## Capítulo 4

**C**REO que deberías venir. Necesitas trabajar y los Blake siempre necesitan personal —Gert se hallaba empaquetando artículos de limpieza en la encimera de la cocina. Alzó la vista y enarcó una ceja, como si retara a Ari a negarse.

—Me has dicho que las empresas de catering siempre llevan su propio personal —el baile de la granja Jeddah Creek, organizado por Bridie y Judah Blake, se celebraba desde hacía doce años—. Y también llevan personal para atender el bar.

—Así es.

—Entonces, ¿qué voy a hacer yo?

—Me ayudarás con las habitaciones de invitados y a conseguir que los invitados especiales se sientan cómodos. Conoces la distribución de la casa y, sobre todo, Judah y Bridie te conocen y confían en ti.

¿Lo hacían? Ari no había dicho que era ella quien había encontrado y cuidado a Reid. De eso hacía ya seis meses. Prácticamente, ya era agua pasada.

Su intención había sido ponerse en contacto con ellos al volver a la ciudad, pero los días habían ido pasando sin que dijera nada por miedo a que la culparan de no haber hecho más. Y para no tener que explicar a Judah qué hacía ella allí.

Reid no podría identificarla, incluso aunque tuviera un vago recuerdo de ella, así que tal vez pudiera acompañar a Gert y contemplar el maravilloso espectáculo en aquel opulento entorno.

—¿Quiénes son los invitados especiales?

—No lo sé con certeza. Se guarda el secreto hasta que llegan. El año pasado vinieron unos príncipes europeos. Eran muy educados.

—¿En serio?

—Sí, y una gran dama del teatro inglés. No recuerdo el nombre. Contaba historias muy divertidas.

—¿Cuántas habitaciones se usan para invitados?

—Seis, y dos salones para los que pernoctan, además de la biblioteca. Así que hay un máximo de doce invitados en la casa y unos quinientos fuera.

—¿Quinientos?

—Pero no debes preocuparte por ellos. Los empleados de la granja se ocupan de ellos.

Gert seguía sin decir nada de Reid ni de si asistiría al baile. Lo último que Ari había oído era que le habían dado el alta en el hospital y que vivía en Sídney.

—Puedes dormir conmigo, en mi habitación —Gert la llevaba usando treinta años, por lo que la consideraba suya—. Y puedes echarme una mano con la barbacoa del desayuno del domingo. Reid y sus antiguos compañeros de internado suelen ocuparse de ella, pero no lo harán este año.

—¿No va a acudir?

—Sí, pero no ayudará como suele hacerlo. Pero es fácil: filetes, salchichas, tocino, huevos, cebolla, panecillos, lechuga, tomates y distintas clases de salsas. Es un desayuno para la resaca, muy popular.

—Seguro que sí. ¿Y cómo está Reid tras el accidente? —la familia no había dicho nada de su recuperación, lo que la sacaba de quicio.

—Mejor. Su vida estuvo pendiente de un hilo.

—No lo sabía.

—Entonces, ¿quieres trabajar o no? Decídetelo de una vez.

Gert llevaba treinta años ocupándose de las casas de las tres granjas que había en esa zona. Pasaba en cada una dos o tres días y tardaba un día en coche para ir de una a otra. Después volvía a su casa unos días, y vuelta a empezar. Gert y su camioneta cargada de comida refrigerada, material de limpieza y correo formaban parte del paisaje de aquella remota Australia del interior, como lo hacían las granjas.

—Incluso me pararé para que puedas recoger plantas en el camino —la tentó Gert.

—No me lo creo —Gert conducía a toda velocidad y rara vez se detenía por nada ni por nadie.

—Sigo esperando —Gert sonrió.



—De acuerdo, iré —observaría a Reid desde lejos. E incluso aunque se cruzaran, él no le hablaría. ¿Y qué probabilidad había de que él reconociera su voz, cuando, en la tienda, había estado inconsciente buena parte del tiempo? No, no debía preocuparse.

Comprobaría por sí misma que estaba recuperado, que iba acumulando nuevos recuerdos sobre los anteriores y que se había olvidado por completo de ella.

Entonces, tal vez, dejaría de recordar cada detalle sobre él, de fantasear con él y de compararlo con cualquier otro hombre, que nunca estaba a su altura, porque no era ni tan sensible ni tan interesante.

«Ni tan vulnerable como para buscar una relación sincera», le indicó su conciencia.

«Acéptalo, Ari. Te gustó hallarte en una posición de poder con respecto a Reid Blake. Te envalentonó y a él lo hizo más receptivo».

Ahora, que ya estaba bien, probablemente no querría tener nada que ver con ella, aunque la reconociera. El hombre de la tienda ya no existiría.

Y así dejaría de suspirar por él.

—¿Cuánto pagan?

—¿Por ayudarme? ¿Qué te parece veinticinco dólares por hora, desde el momento en que llegues, hasta que te vayas, incluyendo las horas que duermas?

—¿Lo dices en serio? Son seiscientos dólares al día —como tenía la camioneta en el taller porque necesitaba un radiador nuevo, ese dinero le vendría muy bien—. ¿Cuántos días?

—Tres —contestó Gert sonriendo.

## Capítulo 5

**H**AZLO —dijo Judah, como si su palabra fuera ley. Y sí, era el mayor y estaba en su casa, en tanto que Reid era simplemente un invitado, pero, ¡por favor!...

Reid había cumplido treinta años. A los veinticinco se había convertido en multimillonario, debido a su incansable investigación en la fabricación de aviones movidos por energía solar. No le causaba problema alguno cuestionar la autoridad de su hermano. Se acercó a la chimenea, que estaba apagada, y se apoyó en la repisa para no mostrar cuánto le dolía la pierna. Judah se preocuparía más de lo habitual.

Aceptó el vaso de whisky que su hermano le tendió y se lo llevó a los labios antes de retomar la discusión.

—Tú eres el que tienes el título —afirmó con placer, porque el título suponía graves responsabilidades—. Eres el cabeza de familia. Tienes que hacerlo tú.

Era la tarde del duodécimo baile anual de la granja de Jeddah Creek y la gente ya estaba llegando y acampando en los prados cercanos a la casa. Una empresa de catering se había hecho cargo del comedor y la cocina que solían utilizar los empleados, y un extremo de salón del baile se estaba convirtiendo en un bar con un surtido de bebidas que sería la envidia de cualquier hotel de una gran ciudad. Hacía meses que todo estaba preparado hasta el último detalle, salvo el de quién daría el discurso de bienvenida y revelaría un secreto familiar que llevaba años oculto.

—Si lo anuncio yo, esa persona no se dará a conocer. Creerá que la voy a asesinar.

—No digas tonterías. Eso pasó hace años —suponiendo que su hermano fuera verdaderamente el responsable de la muerte de un hombre—. Además, fue en defensa propia.

—Lo que está claro es que eres más accesible que yo. Y la gente quiere verte en acción, después del accidente. Quiere saber que vuelves a estar activo.

—¿Acaso no estoy aquí? —Reid comenzaba a perder terreno—. Lo único que debes decir es que nos hemos enterado de que tenemos una hermanastra y queremos conocerla. Es muy sencillo.

Algo cayó al suelo y ambos se volvieron en dirección al sonido. ¿Había alguien más en la biblioteca? Reid no vio a nadie, aunque no veía bien con poca luz ni tampoco con un exceso de la misma. Pero a aquella parte de la casa no les estaba permitido acceder a los empleados de la empresa de catering ni a los músicos. Y los invitados especiales aún no habían llegado.

—¿Quién anda ahí?

Apareció una mano por detrás del sofá a la que siguió el resto del cuerpo de una joven apenas salida de la adolescencia. En la otra mano tenía una escoba y un recogedor, medio lleno de cristales rotos.

—Hola —dijo en voz baja—. Gert me ha mandado a barrer los cristales de un jarrón que se ha roto. Era lo que estaba haciendo cuando han entrado, así que he decidido no interrumpir su importante conversación.

—¿La ha mandado Gert? ¿Quién es usted? —a Reid le resultaba conocida, sobre todo su voz.

—Ari Cohen.

¿Debía sonarle?

—Soy la sobrina de Gert. Me ha dicho que necesitarían ayuda hoy, así que aquí estoy. A Bridie le ha parecido bien. De niña, acompañaba aquí a mi tía, durante las vacaciones de verano.

Era cierto, pensó Reid, que, hacía mucho tiempo, Gert aparecía acompañada de algún sobrino. De repente recordó a una niña descalza limpiando cristales con un trapo y mucha energía. Cuando acababa sus tareas, se entretenía haciendo carreras con coches de juguete. Y si se le olvidaban los cochecitos o los había perdido, dibujaba en la tierra utilizando lo que tuviera a mano. Más de una vez se alejaba demasiado de la casa buscando tierra de otro color, y Gert mandaba a Reid a buscarla. Él era un adolescente y ella debía de tener siete u ocho años.

—Hacías jardines de rocas.

—Así es —sonrió y a él lo asaltaron más recuerdos. Esa alegre sonrisa... Se volvió hacia su hermano.

—¿La recuerdas? Puede que viniera cuando estabas en la cárcel.

—Tú tampoco te acordabas de mí hasta que te he recordado quién era, listillo. Así que no te creas tan inteligente —dijo ella.

Judah tosió para disimular la risa.

—¿Qué has oído de nuestra conversación?

—Toda. No estoy sorda.

Judah volvió a reírse. Reid no hizo caso de su hermano.

—¿Quién crees que debería dar el discurso?

—Oye, que solo soy una empleada. No me preguntes eso.

Su voz... Se frotó la cicatriz de la cabeza. A veces le picaba con desesperación.

—Aunque tu hermano tiene razón al decir que la gente quiere comprobar que estás bien —prosiguió ella—. ¿Por qué no os levantáis los dos y uno da la bienvenida, mientras que el otro dice lo que tenga que decir? A todo el mundo le gusta ver unida a una familia.

Reid miró a Judah.

—Tiene lógica.

Algo chocó contra una superficie sólida y Reid notó movimiento a su alrededor.

—¿Qué ha sido eso?

—Eso es uno de los motivos por los que estoy aquí —dijo Ari volviéndose hacia una de las ventanas—. Me han ordenado que lo encierre en el cuarto de baño de arriba cuando lo atrape. Se ha escapado, creo que debido a un error humano.

Judah carraspeó con fuerza.

Reid no tenía ni idea de lo que estaba pasando.

—¿Te refieres a una persona?

—A un gatito —contestó ella alegremente—. Un gatito gris, de pelo suave y ojos marrones que provoca el caos. Le gusta escaparse del cuarto de baño, cuando está encerrado, y se dedica a tirar jarrones y a esconderse detrás de las cortinas.

—¿Tienes un gato en casa? —preguntó Reid a su hermano.

—No ha sido idea mía.

—¿Tiene mi sobrina un gato? ¿Lo has dejado salir del cuarto de baño?

—No quiero hablar de eso —Judah hizo una mueca y se pasó la mano por el rostro.

—¿Tiene nombre el gato?

—Fluffy.

—Lo siento, pero no te he oído porque te has tapado la boca con la mano.

¿Me lo repites?

—Fluffy.

—¿Tiene apellido? ¿Fluffy Blake? ¿Fluffy Woo?

—No —contestó Judah, que parecía muy molesto con el giro que había tomado la conversación—. Fluffy Wuffy.

Ari, que llevaba unos vaqueros y una camiseta negra y el cabello recogido en una cola de caballo, perseguía al animal. Se movía con la gracia de una bailarina, tal vez lo fuera cuando no limpiaba casas. Tenía el cuello largo y las manos delicadas. Separó las cortinas y agarró una bolita que maulló en señal de protesta.

—Deja de quejarte —murmuró. Y su voz volvió a resultarle conocida a Reid. Era de aquella zona.

Y la mujer que lo había encontrado durante la tormenta de arena y lo había protegido en una tienda de campaña era de por allí.

—¿Qué coche tienes? —le preguntó, mientras ella apretaba al gatito contra el pecho y se dirigía a la puerta.

—No tengo coche. He venido con Gert. Perdona. Me alegro de verte, pero debo volver a encerrar al monstruo.

—¿Estarás por aquí después? —no quería que se fuera. Estuvo a punto de decirle: «Quédate, no te vayas».

—No lo sé —contestó ella volviéndose hacia él. Estaba lo bastante cerca para que se diera cuenta de que tenía los ojos castaños—. Espero que encuentres a tu hermana.

Se fue y él esperó hasta que dejó de oír sus pasos.

—¿De qué color tiene el cabello? —preguntó a Judah.

—Castaño —su hermano estaba acostumbrado a describirle lo que Reid no veía bien.

—¿Y los ojos?

—Castaños. ¿Por qué?

—Simple curiosidad.

Una vez solucionado el tema de los discursos, Reid apuró el whisky, dejó a su hermano y se dirigió a la cocina en busca de Gert. El ama de llaves había sido un pilar durante toda su infancia y estaba seguro de que lo recibiría con los brazos abiertos, aunque lo miró con dureza y le habló en tono seco.

—Estás muy delgado.

—Te prometo que estoy intentando solucionarlo. Voy al fisioterapeuta tres veces por semana para fortalecerme la pierna y me tomo una batidos proteínicos asquerosos para desayunar, además de los tres platos habituales.

—Tres tazas de café solo no son un desayuno de tres platos —Gert lo conocía bien.

—De todos modos, he aumentado el consumo de calorías, por orden del médico, y me siento más fuerte —había tenido la gran suerte de sobrevivir.

—¿Y la vista?

—Estupendamente —nadie quería oír que con un ojo veía borroso y que en el otro le había disminuido la visión periférica; ni que sufría constantes dolores de cabeza, su equilibrio era inestable y tenía escasas posibilidades de volver a pilotar un helicóptero.

—Me acabo de encontrar con Ari en la biblioteca. No la he reconocido hasta que me ha dicho quién era.

—¿Ha encontrado el gato?

—¿Fluffy Wuffy? Sí, y ahora va de nuevo camino de la cárcel.

—Es buena chica. Es la primera de la familia que va a sacarse un título. Y eso que no es que se le dé bien estudiar, sino que no se da por vencida.

—Una cualidad admirable. ¿Qué estudia?

—Jardinería paisajista y horticultura, lo cual le viene bien, ya que le gusta estar al aire libre.

Todo lo que Gert le estaba contando encajaba con su misteriosa salvadora.

—De eso me acuerdo.

—Dentro de dos semanas hará los dos últimos exámenes y después se marchará a Cairns a trabajar.

—¿En qué?

—En un vivero propiedad de una empresa de paisajismo.

—¿Puede hacer carrera?

—Pregúntaselo —contestó Gert al ver que Ari entraba en la cocina y se detenía bruscamente al ver a Reid.

—¿Que me pregunte qué?

—Sobre tu nuevo trabajo. Gert me ha hablado de lo que estudias. Y me he acordado de que necesito una paisajista para las zonas que rodean las cabañas ecológicas. Hay quince, en grupos de dos o tres, esparcidas por Jeddah Creek —era cierto, pero el trabajo se lo acababa de inventar.

—Aún no estoy preparada para ser empresaria —dijo ella, incómoda.

—¿Tu objetivo a largo plazo es ser tu propia jefa? Ella asintió.

—Quiere tener un vivero y cultivar plantas raras —comentó Gert—. Díselo. Me has hablado de ello de camino aquí.

—Hablabas por hablar —dijo ella palideciendo.

Era ella. Tenía que serlo. Sus ojos no se lo confirmaban, pero su cuerpo ansiaba el consuelo de su contacto. Era la mujer misteriosa, su ángel de la guarda, al que llevaba meses buscando. La veía constantemente en sueños, y allí estaba, fingiendo que nada de aquello había ocurrido. ¿Por qué no se lo había dicho? Quería saberlo.

—¿Así que te dedicas a coleccionar plantas raras? Ella lo miró asustada y desafiante a la vez.

¿Acaso creía que iba a hacer algo más que darle las gracias y recompensarla por su valor? Él no estaría allí si no lo hubiera encontrado y cuidado hasta que llegó la ayuda.

—Mi hermano y yo tenemos una empresa que ofrece becas de investigación y alojamiento a quienes quieren estudiar los animales y plantas de esta zona.

—Sí, para gente que tiene un título universitario o un doctorado. Yo ni siquiera tengo un título de formación profesional.

—Todavía no —apuntó él. Y ella asintió.

—Tienes trabajo en Cairns.

—Es un puesto de ayudante.

—¿No quieres lanzarte a la piscina? —ella vaciló y él se le acercó más—. No te veo bien desde lejos —contempló las largas pestañas de sus expresivos ojos—. Dime si estoy demasiado cerca.

—No —pero se cruzó de brazos. Él anhelaba tocarla. Si la tocaba, estaría seguro, pero retrocedió.

—En mi opinión, montar tu propia empresa requiere tres cosas. La primera es la convicción absoluta de que puedes hacerlo.

Ella alzó la barbilla y lo miró a los ojos. A pesar de que ella le había dicho que no era guapa, sus ojos, su generosa boca y la proporción de sus rasgos indicaban lo contrario.

—La segunda es tener valor para enfrentarte a la adversidad y capacidad de improvisación. ¿Te ha sucedido algo últimamente que demuestre que posees ambas cosas?

—¿Es esto una entrevista de trabajo?

—Y la tercera es que resulta útil tener mucho dinero.

—Gracias por los consejos —dijo ella sonriendo—. Los tendré en cuenta.

—Si no tienes dinero para empezar, hay inversores que, si logras convencerlos, invertirán para hacer realidad tu sueño. Puedes pedirme que te respalde.

—No, no estoy preparada para asumir semejante responsabilidad. Tengo que formarme más, trabajar con buenos cultivadores, que es lo que voy a hacer. Después, puede que tenga esa convicción de la que hablas y que aún no poseo.

—Ya sabes dónde encontrarme. Y si hay algo de lo que quieras hablar este fin de semana, estoy a tu disposición.

—Tengo que trabajar.

¿Era la mujer de la tienda de campaña? Él había revelado que alguien lo había cuidado antes de que llegara el helicóptero. Y había publicado un



comunicado para que la persona se diera a conocer y tuviera su recompensa.

¿Por qué no lo había hecho?

—Eres muy generoso, Reid —dijo Gert. Ari asintió sin decir nada.

Él se dirigió a la puerta. Por suerte, ya no tenía que usar bastón para caminar ni se chocaba con las paredes por no ver bien. Un hombre tenía su orgullo, incluso cuando lo rechazaban; sobre todo cuando lo rechazaban.

¿Por qué Ari no le había dicho nada?

—¿A qué ha venido eso? ¿Siempre es tan servicial? —preguntó Ari con los ojos muy abiertos y una expresión inocente, que no engañó a Gert, pues no era estúpida.

—Reid siempre ayuda, si puede. Nobleza obliga —Gert llenó de agua una vasija y le dijo a Ari que la llevara al cuarto de estar del piso de abajo.

—Muy bien. ¿Has visto los prados? —preguntó inmediatamente Ari, dispuesta a hablar de lo que fuera salvo de su encuentro con Reid y a no reconocer que desearía haberle agarrado la mano y decirle una ridiculez como «hola, soy yo»—. Hay tantas cosas, aviones, tiendas de campaña, todoterrenos, luces, guirnaldas, sin olvidar los aseos portátiles y la tienda de primeros auxilios, que parece un festival.

—Ha ido ganando importancia con los años, como todo lo que tocan los hermanos Blake —Gert miró a Ari con el ceño fruncido—. ¿Por qué has rechazado la oportunidad que te ha ofrecido Reid?

—Porque me ha parecido lo correcto.

—Dijeron que había muerto de camino al hospital.

—¿Qué?

—Me lo dijo Bridie. No se ha hecho público, pero el corazón se le paró tres veces en el helicóptero. Reid es un hombre divertido, incluso cuando las cosas se tuercen. Tuvo que aceptar responsabilidades desde muy joven y eso lo hizo madurar. Pero era fuerte, y creo que ve la misma fuerza en ti.

—Ni siquiera me conoce —lo cual no era del todo verdad.

—Las cabañas ecológicas fueron el primer negocio en el que tuvo éxito. Le siguen importando. Faltan dos semanas para los exámenes y casi un mes para que empieces a trabajar en el vivero. Podrías hacer planos para

los jardines antes de irte. Al menos, echa una ojeada al terreno y proponle algo. Si lo sorprendes, no podrías comenzar mejor tu carrera.

—No hablaba en serio -buscaba que ella confesara o tal vez le ofrecía una recompensa por los servicios prestados. «Invertir» en ella no tenía nada que ver con su potencial, sino con la gratitud que él sentía.

—Claro que hablaba en serio. Al menos deberías pensártelo.

## Capítulo 6

**E**RA ella, el ángel que con la tienda, las vendas y los analgésicos le había salvado la vida; la que lo había acariciado y hablado cuando lo necesitaba, contándole cosas de su vida; la que lo había dejado para buscar ayuda. Pero Judah lo había encontrado y, cuando ella volvió, la tienda estaba vacía.

Cuando un equipo fue a limpiar la zona del accidente, la tienda y cualquier otro rastro habían desaparecido. Era como si ella nunca hubiera estado allí. Y seis meses después del accidente, su salvadora no había aparecido.

—La he encontrado —dijo Reid a Judah.

—¿A nuestra hermana?

—No, a la mujer de la tienda de campaña.

Judah lo miró con recelo. Sentado al lado de su cama, en el hospital, había oído a su hermano delirar sobre «la voz». Y cuando por fin se despertó, Judah se quedó perplejo porque, al pedirle Reid que le diera la mano, le dijo que no quería esa mano, sino la otra.

Ante la insistencia de Reid, había concedido una entrevista al periódico local para, en nombre de la familia, dar las gracias a la persona desconocida que había cuidado de él.

—He encontrado a la mujer que me salvó la vida. Es Ari, la sobrina de Gert.

—¿Te lo ha dicho ella?

—No, pero todo encaja. Si pudiera meterla en una habitación a oscuras, tocarla y conseguir que hablara conmigo, estaría completamente seguro.

—Es un plan perfecto para que te acusen de agresión —Judah rio, pero dejó de hacerlo al mirarlo a los ojos—. Así que lo dices en serio.

—Es el único modo de saberlo.

—Podrías preguntarle, sencillamente, si es la mujer de la tienda.

—Le he dado la oportunidad de confesarlo. Le he ofrecido trabajo, una beca, alojamiento. Me he inventado un puesto para ella, que no ha aceptado —¿se notaba su enfado? Desde el accidente tenía mucha menos paciencia.

Cuando se te presentaba una oportunidad, había que aprovecharla—. ¿Por qué no ha querido aprovecharlo?

—Cálmate, Reid. No sabes si es ella.

—Lo sé.

—Estabas inconsciente cuando te encontramos y tenías mucha fiebre. Fue uno de los momentos más terribles de mi vida.

—Es ella.

—Entonces, habla con ella, pero no inmediatamente —dijo Judah en el momento en que apareció Bridie, con un vestido de baile cuyos colores imitaban los de una puesta de sol—. Tenemos que dar un discurso. Yo saludo a la gente y tú le dices que tenemos una hermana a la que estamos buscando.

—Sí, que vengan las impostoras —aparecerían muchas—. Hola, Bridie.

—¿Estás listo? —preguntó su cuñada sonriendo.

No había sido fácil tomar la decisión de revelar la infidelidad de su padre y buscar a su hermanastra. Las pruebas de la infidelidad paterna consistían en la retirada de una importante cantidad de dinero y en dos cartas que Bridie había encontrado el año anterior al renovar la bodega. Habían hablado de buscar a su hermana de forma privada, pero carecían de pistas.

—Estoy listo —contestó Reid, con una sonrisa forzada. Cuanto antes acabaran, antes podría hablar con Ari.

Una vez listas las habitaciones de invitados, Gert dijo a Ari que fuera a echar un vistazo a los preparativos de la comida y la bebida. Ari fue al encuentro de la coordinadora del acontecimiento. Gert le había indicado que estaba en el bar.

—Hola. Me llamo Ari y formo parte del personal. Me mandan para ver si puedo ayudar en algo.

La mujer le sonrió y le tendió la mano.

—Lilah Connor. Gracias por ofrecerte, pero todo lo que está a mi cargo lo tengo cubierto. Pero han montado una fiesta en el aparcamiento de coches y en el de aviones, y las cosas se están descontrolando. No hemos servido alcohol a los de ahí fuera. Los aviones han venido cargados de botellas.

—Hablaré con los jefes —quería decir que se lo diría a Gert, que transmitiría la información a quien correspondiera.

—Perfecto. Por lo demás, todo está controlado. El entorno es fantástico para una fiesta. El crepúsculo, la tierra roja, las luces, la música y los modelos que llevan los invitados, que parecen sacados de la portada de Vogue. No había visto nada igual en mi vida, y eso que he trabajado en fiestas en lugares preciosos.

—¡Señorita! —un hombre hizo señas con la mano y Lilah se le acercó—. Mi esposa no se siente bien. Tiene que tumbarse.

—Hay un espacio de primeros auxilios en el salón que hay al final de la galería. Lo acompaño.

—Necesita una cama, no una tirita —le espetó el hombre—. Ha estado a punto de desmayarse cuando se ha anunciado la noticia.

Ari no estaba en la sala cuando se había hecho. Miró a Lilah.

—¿Se refiere a la hermana que están buscando los hermanos? —preguntó esta.

—¡Sí, sí! Mírela. ¿No nota el parecido?

Reid y Judah eran altos, delgados y de cabello castaño. Aquella mujer era bajita, regordeta y rubia.

—Necesita una habitación. Tenemos que hablar con lord Blake.

—Voy a buscarlo —murmuró Ari.

—Yo me quedo con ellos —dijo Lilah—. Señora, vamos a buscar un sitio para sentarla y le daremos un vaso de agua, mientras esperamos. —Ari y ella se miraron. Estaban haciendo todo lo posible por ayudar, pero aquella situación no entraba dentro de su cometido.

Ari se introdujo entre la multitud en busca de Judah y Bridie. Reid la encontró primero.

—Ari.

—Ah, hola —dijo ella, como si los multimillonarios la llamaran por su nombre todos los días. Se tensó al mirarlo a los ojos y algo hizo clic en

su interior, una pieza que faltaba en el rompecabezas que podía darle lecciones sobre la pasión, la obsesión y la fascinación irresistible por otro ser humano. Estaba segura de que podía aprender tales cosas de Reid, pero no sabía si quería hacerlo. Era Reid Blake y ella no era nadie.

—La esposa de un invitado se siente mal —Ari le explicó dónde estaban—. Ha estado a punto de desmayarse cuando habéis dado la noticia. El hombre está en actitud agresiva y ella está asustada. Él quiere hablar con tu hermano y una cama en la casa para su esposa.

Reid se pasó la mano por los ojos y se frotó la cabeza. Ella vio la cicatriz, todavía hinchada.

—Sabía que esto sucedería —sacó el móvil y Ari hizo amago de marcharse, pero él la agarró del brazo—. Quédate.

No dejó de mirarla mientras hablaba por teléfono.

—Ya tenemos la primera candidata —dijo a su hermano. Le indicó dónde se hallaba y colgó—. Ven conmigo —sin esperar respuesta, la tomó de la mano y comenzaron a abrirse paso entre la multitud. El calor de su mano despertó en ella recuerdos de cuando estaban en la tienda, con las defensas bajas, y de la conexión que había habido entre ambos—. Lo sabía.

—¿Te has vuelto loco?

—Sabes perfectamente a qué me refiero. No eres tan buena actriz y, a diferencia de la vez anterior, ahora te veo. Creo que tienes los ojos de tu madre. Son muy expresivos.

La condujo por un largo pasillo y pasaron por delante de la biblioteca, varios dormitorios y salones hasta llegar al final, donde había un despacho con estanterías, un enorme escritorio de madera de nogal, una cara alfombra y otros lujosos elementos de decoración.

—Espero que esto no sea tu idea de lo que es una habitación acogedora e informal —¿creía él que necesitaba que le recordara cuál era su sitio?

—Era el despacho de mi abuelo. Judah tiene que cambiar la decoración —la soltó de la mano y le indicó una silla—. Siéntate.

Ella lo hizo. Él se sentó al escritorio, frente a ella, pero antes cerró la puerta. La estancia estaba iluminada únicamente por las bombillas exteriores colgadas de los árboles, cuya luz entraba a través de una estrecha ventana al otro lado de la habitación.

—Háblame.

—No sé qué decirte.

—Empieza por contarme por qué no te has dado a conocer. Te marchaste sin despedirte. Me prometiste que me despertarías.

—Y lo hice. Pero la fiebre te hacía delirar. Debes saber que hice todo lo que pude por ti. Intenté ayudarte y te ayudé. ¿Qué más quieres de mí?

—Me abandonaste.

—Para buscar ayuda. No te abandoné, quería que te encontraran. Me alegré mucho cuando vi que llegaban a por ti.

Él la miró a los ojos. Ella notó un cosquilleo de excitación. Anhelaba estar cerca de él, deseaba que la acariciara de nuevo, y no para consolarla. Tal vez por eso no se había dado a conocer.

No quería intentar revivir la intimidad que experimentaron en la tienda y no hallarla.

—¿Encendemos la luz?

Él le indicó el interruptor al lado de la puerta.

—Como quieras.

Al encenderse los fluorescentes del techo, Ari parpadeó y Reid se sacó unas gafas de sol del bolsillo y ocultó los ojos tras ellas.

—La luz intensa me hace daño.

—Me alegro de que te hayan curado. Me gustaría saber los detalles. Era una de las razones para darme a conocer de mi lista.

—¿Has hecho una lista con los pros y los contras? Me gustaría verla.

—No la llevo conmigo —ni pensaba enseñársela—. ¿Cómo está tu brazo?

—Me han puesto clavos en dos sitios.

—¿Y la pierna?

—Han utilizado nuevas técnicas quirúrgicas para regenerar el músculo.

—¿Y la cabeza?

Él se pasó la mano por el rebelde cabello y se lo echó hacia atrás para mostrarle las cicatrices, aún rosadas, que contrastaban con su piel morena.

—Me han quitado un puñado de fragmentos metálicos. De momento, no me han afectado al funcionamiento del cerebro. El nervio óptico del ojo

izquierdo se ha dañado de forma permanente, pero podía haber sido peor. Lo hubiera sido de haber permanecido más tiempo en la tienda.

—Me fui al amanecer. La arena... —no podía haberse marchado antes.

—Te estoy muy agradecido, Ari. ¿Por qué crees que llevo tanto tiempo buscándote? Quiero recompensarte. Te debo la vida. Soy muy rico y tengo muchos contactos, así que, si deseas o necesitas algo, pídemelo.

—No hace falta que me recompenses. Me alegro de que te hayas recuperado tan bien y de no haber hecho nada que empeorase tu situación. Se me ha quitado un peso de encima —seguía teniendo pesadillas con su rostro—. Si no te importa, me gustaría recoger semillas en esta zona y puede que alguna planta. No voy a hacer ningún daño y me dijiste que no me denunciarías.

—No lo haré.

—Es lo único que necesito, gracias.

—No me lo creo. ¿Dónde está la camioneta?

—La están reparando. El radiador no funciona, pero me van a poner uno de segunda mano.

—¿Vas a echar mano de tus ahorros para pagarlo?

—No, gracias a este fin de semana trabajando para tu hermano. El sueldo es generoso.

Odiaba las gafas porque le impedían verle los ojos, así que le miró las manos, grandes y delgadas, como el resto de su cuerpo. Llevaba las uñas cortas y el reloj en la muñeca parecía discreto, lo que probablemente implicaba que valía una fortuna.

—Deja que te compre una nueva. Necesitarás un vehículo fiable para ir y volver de Cairns.

—No, es demasiado.

—Para mí, es calderilla.

—Basta, Reid. Deja de restregarme tu dinero por el rostro. No quiero que seas caritativo conmigo porque nobleza obliga —era el dicho que había utilizado Gert—. Me encantaría que me consideraras tu igual, pero no lo soy. No tengo ni tu riqueza ni tu posición social. Me gustó que en la tienda ambas cosas dejaran de importar, que necesitaras mi ayuda y que yo tuviera valor por mí misma. Supongo que soy una persona horrible al



pensar que te tienes que estar muriendo para que me consideres valiosa, pero así son las cosas. Me gustó cómo conectamos y me sigues cayendo bien, dos razones por las que no quise ponerme en contacto contigo.

Él se inclinó hacia delante apoyando los codos en el escritorio.

—Eso no tiene sentido.

—Lo tiene. Me estoy protegiendo. ¿Por qué voy a desear lo inalcanzable cuando simplemente puedo evitarte? Es un argumento sólido.

—No soy inalcanzable. Estoy aquí, a tu alcance. Y busco a una mujer valiente e ingeniosa que conozca esta tierra tan bien como yo y que no vaya a volverme loco. Ha ganado muchos puntos porque no me quiere ni por mi dinero ni por mi posición social. ¿La conoces?

—No seas testarudo. —¿Yo? ¡Mira quién habla!

Reid se quitó las gafas, probablemente para que ella temblase al fulminarla con la mirada.

—He soñado con volver a verte. Y en mi sueño, las cosas no iban así. Nos acariciábamos y nos demostrábamos afecto, en vez de discutir.

—Yo también tengo sueños maravillosos, pero luego me despierto.

Él suspiró y se levantó apoyándose más en una pierna que en la otra.

—Ya sé cuál es el problema —se acercó al interruptor y apagó la luz—. Así está mejor.

—¿Por qué? —preguntó ella con los nervios de punta—. Nuestras diferencias no van a desaparecer porque des al interruptor. Las cosas no son así.

—Hay mucha gente que cree lo contrario —se quedó con la espalda apoyada en la puerta—. Vamos a hacer un experimento. Te aseguro que no será largo ni difícil. Solo quiero saber claramente lo que sucedió durante la tormenta de arena.

—¿Más allá de hacer una prueba con el helicóptero?

—Me gusta hacer pruebas. Ella se levantó y lo miró con recelo.

—Si te pido que te apartes y que dejes que me vaya, ¿lo harás?

—Desde luego.

Pero no se lo pidió y él no se movió. A ella le picaba la curiosidad y se maldijo por ello.

—¿Qué clase de experimento? —Un beso en la oscuridad.

## Capítulo 7

**L**A experiencia indicaba a Ari que los besos no se debían prodigar. Ella era el resultado de una noche de pasión y había sido educada por una madre que confiaba y se enamoraba fácilmente, por lo que había tenido que pagar un precio. Ari había aprendido a recelar desde niña. No se oponía al amor ni a la confianza, pero había que ganárselos.

—Estás jugando conmigo —era lo que hacían los playboys.

—No.

—Eres un playboy y eres rico. Puedes tener a quien quieras. ¿Por qué a mí?

—No soy un playboy, por mucho que insista la prensa sensacionalista. Soy lo bastante inteligente para saber cuándo he descubierto algo que merece la pena. Y nosotros sentimos algo en aquella tienda. Y es algo que quiero explorar.

—¿Y si ha desaparecido?

—No lo ha hecho. Besarnos lo demostrará. Es una prueba. Soy ingeniero y a los ingenieros nos encanta hacer pruebas.

Ella no entendía nada.

Le miró los tentadores labios y se preguntó qué se sentiría al recorrerlos con los dedos y probarlos con la lengua. Era innegable que se sentía tentada.

—Solo un beso y, si no nos parece bien, se acabó.

—De acuerdo.

Él le puso un dedo en la barbilla y se la apretó suavemente para levantarle la cabeza. Ari cerró los puños para no tocarlo, por si el beso estaba a la altura de sus imposibles expectativas.

—No sé qué crees que va a suce... —no pudo acabar la frase, porque los labios de él se posaron en los suyos provocándole una oleada de sensaciones. La conexión que se había imaginado en la tienda se hallaba en ese beso.

Él le puso las manos en los hombros y se las deslizó por los brazos hasta llegar a las manos, que abrió para ponérselas en el pecho, donde el corazón le latía con fuerza. Y el beso continuó, invitándola a un viaje tan lleno de promesas que la hizo temblar.

Las lenguas se entrelazaron y él la atrajo hacia sí, sin que ella hiciera nada para evitarlo. Le encantó estar en sus brazos, apretada contra su cuerpo, y el modo en que la saboreaba, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Acabó de besarla en silencio, le tomó el rostro entre las manos y apoyó la frente en la de ella, mientras respiraban agitadamente y el corazón les latía desbocado.

Y aunque ella no creía en el amor al primer beso, se dio cuenta de que aquel tenía la intensidad de un rayo.

—Entonces... —se separó de su cálido y musculoso cuerpo.

—Entonces... —dijo él, que parecía muy satisfecho.

—Si inicio una relación contigo, lo más probable es que acabe sin nada. Tengo exámenes y un futuro por el que me estoy esforzando. No puedo abandonarlo simplemente porque tus besos me encanten. Tengo que volver al trabajo.

—En realidad, no hace falta que trabajes esta noche, pero haremos las cosas a tu manera —se apartó de la puerta y la abrió—. ¿Cuándo acabas los exámenes?

—El diecinueve.

—¿A qué hora?

—A las cuatro. ¿Quieres saber dónde?

—¿Quieres que te dé un beso para desearte suerte?

—Mejor no. Podríamos pasarnos aquí toda la noche —estaba nerviosa porque había creído que un beso bastaría para que él abandonara su objetivo. Ella no tenía nada que pudiera desear un hombre como él. Sentía curiosidad por la mujer que lo había mantenido con vida, eso era todo. Y ahora que la había encontrado, su interés desaparecería rápidamente—. Me alegro de que te hayas recuperado.

—Hasta pronto, Ari —dijo él sonriendo.

—Ya veremos —no formaba parte de su mundo. Si quería volver a verla, tendría que bajar al suyo—. Tengo que trabajar.

Ari escribió una respuesta que sabía que no era la correcta y dejó el bolígrafo al sonar el timbre. El examen había consistido en clasificar plantas vivas, y aunque algunas le resultaban familiares, otras solo las había visto fotografiadas o dibujadas.

Recogió las hojas del examen, comprobó que había escrito el nombre en todas ellas y se las entregó al supervisor. Tal vez aprobara por los pelos. Si no lo hacía, tampoco se acabaría el mundo. Repetiría el curso.

Salió del aula con la esperanza de que el aire fresco y el sol de la tarde la ayudaran a disipar los malos pensamientos. Sarah, su compañera en la clasificación de plantas, se le acercó.

—¿Cómo te ha ido?

—No lo sé.

—Unos cuantos vamos al bar del campus. ¿Quieres venir?

A diferencia de Ari, Sarah vivía en el campus. Tenía compañeros de estudio, tutores y amigos a los que recurrir. La habían emparejado con Ari en las prácticas de dos asignaturas porque se apellidaba Collins. Se esforzaba en que Ari se sintiera parte de su grupo de estudio y de amigos, pero no tenía la culpa de que esta careciera de habilidades sociales.

—Gracias por la invitación, pero voy a lamerme las heridas en privado.

—¿Estás segura? —bajaron las escaleras juntas y se separaron al dividirse el sendero que iba hacia el aparcamiento, por un lado, y hacia la facultad, por el otro—. Si has aprobado las demás asignaturas con buenas notas, pero te suspenden en esta, puedes pedir una revisión de examen. ¿De verdad que no quieres venir?

—Sí, además soy mayor para ti y tus amigos.

—¡Solo eres dos años mayor que yo!

—Pero no voy a ir a beber con vosotros. Nos llamamos, ¿de acuerdo?

—Sí —Sarah le sonrió y la abrazó—. Tengo tu número. No desaparezcas.

—Te prometo que te llamaré. Que lo pases bien.

Ari no quiso decirle que se reservaba para después.

Era una posibilidad remota. La promesa de un beso y un «hasta pronto». Un cuento de hadas.

Reid se apoyó en el parachoques de la camioneta de Ari y esperó a que ella se le acercara. Ella lo vio desde lejos y él observó que se detenía durante unos segundos y que agarraba con más fuerza la cartera, pero agachó la cabeza y siguió andando.

La había dejado en paz para que estudiara sin distraerse y había averiguado todo lo posible sobre ella. Era hija de padre desconocido y su madre había muerto. Tenía padrastro, un hermanastro más joven y vivía en una casa que su madre había comprado hacía veinticinco años. Gert le había dicho que Ari no era bien recibida en su casa, por lo que siempre que volvía a Barcoo, la ciudad en la que había crecido, se alojaba en la de su tía.

Ari se aferraba a la idea de que, si estudiaba y se esforzaba, conseguiría abrirse camino. Era obstinada, decidida e independiente. Había rechazado su gratitud y su dinero y no concedía mucha importancia al beso que se habían dado. No quería que la ayudara, a pesar de que le serviría para hacer realidad sus sueños y le proporcionaría seguridad económica.

Al pedirle a Gert más información sobre Ari, su tía le dijo que la madre se había casado con un mal hombre que le había destruido la autoestima hasta convertirla en un fantasma de lo que había sido. A Ari la azotaba con el cinturón; tenía cicatrices internas y externas que lo demostraban. Pasó una infancia casi privada de afecto. Gert le había pedido que no le hiciera daño y él prometió que no se lo haría.

Quería facilitarle la vida.

En los medios de comunicación él aparecía como un playboy, el hermano menor del peligroso exconvicto y multimillonario Judah Blake y segundo hijo de un aristócrata. Y durante un tiempo, Reid había hecho honor a su fama, gastando dinero en bellas mujeres, a las que luego presentaba a multimillonarios y barones solteros que se hallaban por encima de él en la escala social.

Al conocer a Jenna, creyó que sería distinto. Ella no quería su dinero, sino su reputación, su poder y que sus objetivos fueran los mismos que los de ella. Al no conseguirlo, se propuso destruirlo.

Después de aquello, se había hartado aún más de las relaciones sociales y rara vez confiaba en otra persona.

Pero Ari...

—He recibido los planos de los alrededores de las cabañas ecológicas —dijo, cuando ella se detuvo ante él—. Quieres introducir agua, lo cual aumentará la fauna, que asustará a los turistas de ciudad.

—Me dijiste que las cabañas serían para científicos y ecologistas —contestó ella sonriendo levemente—. Seguro que no tienen problemas.

—Debería ser así, pero la experiencia indica lo contrario.

—Entonces, no uses los planos.

—Más bien pensaba en revisarlos —Reid se había dado cuenta de que ella estaba de mal humor y no sabía si se debía a que hubiera aparecido sin invitación. Pero se le daba muy bien animar a los demás.

—¿Qué tal el examen? —tal vez fuera ese el problema. Si ella necesitaba desahogarse, la escucharía.

—Fatal. No quiero hablar de ello.

—¿Qué quieres hacer esta tarde? Porque estoy aquí para hacerlo realidad. Era evidente que Reid, multimillonario, de elevado cociente intelectual y diseñador de motores revolucionarios, no sabía lo que era el fracaso. Y aunque lo supiera, Ari no quería hablar del examen.

—Has venido.

—Te dije que lo haría. Y soy hombre de palabra —le sonrió—. Vamos a celebrar que has acabado el curso. Es importante.

—No en tu mundo.

Él se echó hacia atrás el sombrero que llevaba y ella le vio los ojos con más claridad. Eran verdes. Una cicatriz le partía la ceja.

—Parte del año vivo aquí, en Brisbane. Me gustaría mostrarte mi mundo, si quieres conocerlo. Pero hay un problema: me tendrás que llevar a casa en la furgoneta. No puedo conducir. Sigo sin ver bien.

—¿Volverás a hacerlo?

—No se sabe —contestó el encogiéndose de hombros—. La vista me fluctúa, lo cual parece esperanzador. Pero dejemos de hablar de eso. ¿Nunca has querido cenar con un multimillonario herido? Podríamos ser como los protagonistas de *Pretty Woman*.

—¿Vas a sacar la tarjeta de crédito en todas partes para comprarme ropa y joyas y llevarme a sitios especiales, para que luego tus amigos digan que soy una prostituta?

—Podríamos prescindir de algunas cosas. No sé tocar el piano y no me dan miedo las alturas. El protagonista era un desastre. Y tenía problemas con su padre.

—¿Tú no?

—No. Mi padre era jugador y parece que un mujeriego, pero yo no me enteré hasta la muerte de mi madre, cuando él se desmandó, aunque lo atribuí a la pena. Mientras vivió, mi padre la trató como a una reina. Sin embargo, ahora que lo pienso, no había demostraciones de cariño entre ellos, pero creía que se debía a lo reservados que son los aristócratas.

—Pues tú no pareces serlo mucho. No te lo tomes como un insulto.

—Gracias por la aclaración —dijo él sonriendo—. No me lo voy a tomar así.

—¿Habéis tenido suerte en la búsqueda de vuestra hermanastra?

—No. Se han presentado muchas mentirosas. Y hemos hallado algo interesante: mi padre dio a tu madre una importante cantidad en metálico cuando naciste.

Ari fue a decir algo, pero no lo hizo. Tenía escalofríos. No quería ser la heredera de los Blake. La ponía enferma pensar que pudiera ser la hermanastra de Reid.

Lo había besado. Y lo que había sentido no era propio de una hermana.

—Mi padre era un ganadero del norte.

—Es lo que dice Gert. Me ha contado que, hace muchos años, tu madre y ella estaban atendiendo a los jugadores de una partida de cartas y que mi padre estaba perdiendo mucho dinero. Iba a apostar la granja, cuando tu madre se cayó mientras servía a los jugadores algo de beber. Les dijo que acababa de romper aguas. No era así, ya que tardaste otras dos semanas en nacer, pero, según Gert, mi padre se apartó de la mesa de juego el tiempo suficiente para recuperar la cordura. Mi madre le dijo que había oído a los invitados discutir estrategias para ganarle. Estaban conchabados contra él.

—Qué desagradable.

—Él le preguntó cómo podía agradecerse y ella le pidió seguridad económica para su futura hija, por lo que le dio dinero para comprarse una casa. Esa es una de las historias. Tengo otras y ninguna de ellas indica que seamos parientes.

—Es un alivio.

—¿No quieres ser la heredera desconocida de los Blake?

—De ningún modo.

—No somos tan malos.

—Nos hemos besado.

—Sí —murmuró él—. Tener que experimentar sentimientos fraternales sería difícil, dada nuestra ardiente conexión.

—No es ardiente.

—¿Incendiaria? ¿Explosiva?

—Reid...

—¿No quieres que te cuente las otras historias sobre el motivo de que, hace veintitrés años, mi padre diera a tu madre doscientos cincuenta mil dólares?

—Espero que no quieras recuperar el dinero. No lo tengo.

—Lo sé.

A ella no le hizo gracia que supiera tanto de su vida. ¿Se había informado?

¿Le había contado Gert cuál era la situación con su padrastro y su hermanastro? Porque, sinceramente, a ella ya le daba igual que le hubieran dado la espalda en cuanto murió su madre. Incluso, al final, esta se había apartado de ella para contentarlos. Se había sentido muy sola y, si Gert no le hubiera proporcionado un hogar, no sabría qué habría hecho. Hacía años que había dejado de considerarlos su familia. Sola, estaba bien.

—Así que esa es tu expresión de enfado. Ojalá pudiera verla mejor.

—¿Ah, sí?

—Y me encanta el tono desafiante de tu voz. Te prometo que me portaré bien.

—¿Siempre eres tan gracioso?

—Estás de mal humor. Intento animarte. Lo único que tienes que hacer es arrancar la camioneta, acompañarme durante el resto de la tarde y llevarme a casa.

Ari cedió con un suspiro. Él ya había conseguido que se olvidara del examen. Su capacidad para animar a otra persona era tan buena como



decía. Además, se había molestado en ir a esperarla. Ella le había dicho que le había gustado el tiempo que pasaron en la tienda porque se sintió útil. Y allí estaba él pidiéndole que lo llevara a casa y cediéndole el control. Nunca había visto una dinámica de relación como la que le ofrecía. ¿Se daba cuenta de la debilidad de sus defensas contra él?

—Lo haré, pero con una condición. No me vistas de gala ni me lleves a la ópera ni a bailar ni a un restaurante caro.

—Como quieras.

—¿Cómo has venido?

—En taxi.

—¿Y cómo sabías que esta era mi camioneta?

—Gert me dijo que conducías una Toyota Hilux de treinta años. Y esta tiene polvo rojo en los neumáticos. No ha sido difícil dar con ella.

—La puerta del copiloto esta abierta. Súbete.

—¿No la cierras con llave? —preguntó él agarrando el picaporte.

—¿Quién la querría? Además, las cerraduras llevan años sin funcionar. Tenemos que ir al taller más cercano. Casi he llegado tarde al examen porque no arrancaba. Creo que es la batería.

Había aparcado cuesta abajo y no había ningún coche delante. Tras dos intentos de arrancarla, la puso en punto muerto, soltó el freno de mano y dejó que se deslizara por la cuesta hasta poder ponerla en marcha. Metió segunda y se pusieron de camino.

—Buena chica —dijo ella dando palmaditas en el salpicadero.

—Qué interesante —murmuró él—. ¿También sabes conducir ganado o arreglar una alambrada?

—¿Eso te excita?

—Nunca me había excitado. Me resultaba interesante, pero no necesariamente un motivo para ir detrás de una mujer. Debes de ser tú.

Ella le agradeció su sinceridad, pero tenía la seguridad de que su interés por ella no duraría mucho. ¿Sabes lo que voy a hacer? Para ahorrarnos muchos problemas, voy a enseñarte cómo soy en realidad.

—Me muero de ganas. ¿Cómo, si no, vamos a conocernos? ¿Qué planes tenías para esta tarde, antes de mi llegada?

—Ir al taller. Si solo se trataba de comprar una batería nueva, pensaba irme a casa, comprar comida tailandesa para llevar en el restaurante de mi calle, poner música y abrirme una cerveza. Así soy yo — como miraba la carretera, no pudo ver la reacción de él ante su gran noche de celebración—. Puede que hubiera cantado y hubiera brindado por haber llevado a cabo mi plan de estudios. Si quieres, puedes formar parte de la celebración. No me aferro al plan de ser Cenicienta.

—Se me ocurre una idea mejor.

Diez minutos después, tras las indicaciones de Reid, llegaron a una especie de taller en el centro de Brisbane. Las puertas estaban abiertas y Ari vio varios vehículos en el interior.

—Entra. Creo que el aparcamiento número tres estará vacío.

—¿Qué es esto?

—El lugar donde mi equipo convierte los coches en vehículos eléctricos. No te preocupes. Probablemente el tuyo sea imposible de reconvertir. Pero aquí trabajan mecánicos e ingenieros que pueden echarle un vistazo y dejártelo en buenas condiciones.

Ari aparcó en la plaza indicada. Reid se bajó inmediatamente para hablar con un hombre de cabello castaño y barba canosa. Ambos se volvieron cuando ella se acercó.

—Ari, te presento a Stan. Es quien examina mis diseños de motores y me dice que estoy soñando.

—Hola —dijo Stan—. Echaremos un vistazo a la camioneta y te llamaremos cuando esté lista. Mientras tanto, vamos a darte un vehículo de repuesto, a petición de Reid.

Stan los condujo hasta un todoterreno que parecía nuevo y les hizo una descripción técnica del vehículo de la que Ari no entendió prácticamente nada, aunque no dejó de asentir. Ambos la miraron con expresión divertida.

—¿Qué pasa? Estoy admirando un coche que puede circular por esta zona. Espero que me lleve donde quiero ir.

—Muy bien, porque he pedido que te lo preparen especialmente para ti —dijo Reid abriéndole la puerta del conductor—. Incluso sin haber hallado el modo de convencerte para que lo aceptes. Aún.

## Capítulo 8

**A**RI echó la cartera al asiento, se agarró a un asidero y se montó. ¿Cómo iba a rechazar un regalo que le permitiría desplazarse por aquella zona?

Reid se quedó donde estaba, con los brazos cruzados.

—¿Quieres que le pongan un estribo?

—Solo lo voy a conducir hoy, con independencia de lo que te imagines. Ella aspiró el olor a nuevo y observó todos los accesorios.

—Supongo que no será de conducción automática.

—No, a menos que quieras, aunque creo que el equipo lo ha programado para serlo. Pero hay que probarlo en el desierto.

—¿Es otro prototipo?

—Todo lo que sale de este taller es un prototipo.

El vehículo era muy fácil de conducir, además de muy cómodo. Las ventanas quedaban perfectamente cerradas y no se oía silbar el viento, el salpicadero no crujía y el aire acondicionado funcionaba de verdad. Solo por ese detalle, los principios de Ari comenzaron a flaquear.

—¿Es fácil de conducir? —preguntó él.

—Me parece que soy una princesa en su carroza dorada. Buen trabajo.

La suave risa de él la alegró. ¿Qué tenía aquel hombre que la hacía desear mucho más?

Pero el coche pitaba cada vez que se acercaba demasiado a otros y, básicamente, le indicó que estaba conduciendo mal durante todo el trayecto hasta la residencia de Reid, cuya dirección él había introducido en el ordenador del vehículo.

—Me desbordan tantas útiles sugerencias de conducción y admiro lo bien que funciona el aire acondicionado —dijo ella al introducir el vehículo en el aparcamiento subterráneo—. Puedes quedarte con él. Me gustaría que me devolvierais mi vieja camioneta esta noche, por favor. ¿Dónde estamos?

—En Hamilton. Vivo aquí cuando estoy en Brisbane. Muchos de los ingenieros de mi equipo también residen aquí. Hay una serie de comercios cruzando la calle, dos boutiques, restaurantes y un bar.

—¿Me estás diciendo que posees el edificio entero de pisos y también los comercios?

Su silencio la sobresaltó.

—O sea, que sí. Yo ni siquiera... Somos muy distintos.

—No tanto. Voy a demostrártelo. Aparca al lado del ascensor.

Ari se bajó del vehículo con dificultad, pero no se quejó. Seguro que Cenicienta lo pasó muy mal para subirse y bajarse de la carroza, con aquel vestido.

Reid no la condujo al ascensor, sino a la entrada del aparcamiento.

—Vamos a ir a mi casa, pero primero compraremos comida para llevar y cerveza. Y antes de cenar nos bañaremos, lo que creo que te gustará. Una de las tiendas vende trajes de baño. Todo forma parte del trato de ser Cenicienta. O, si lo prefieres, es el pago por haberme tomado de la mano y haberme atormentado con la lectura de la clasificación de plantas.

—Estaba estudiando.

—¡Apenas estaba consciente, por lo que no podía protestar!

—Lo siento, pero intentaba que ambos dejáramos de pensar en la situación en que nos hallábamos. Horrible, por cierto.

—Justamente —dijo él riendo—. Y te enfrentaste a ella de forma magnífica, así que te regalo lo que compres. También puedes bañarte desnuda: no tengo nada que objetar.

O no bañarse, la opción más probable, pensó ella.

Pero entraron juntos en la boutique y Ari se dio cuenta inmediatamente de que los precios no estaban a su alcance. ¿Cómo iba a permitirse pagar cientos de dólares por dos trocitos de tela, por no hablar de otros cientos más por el pareo y la falda que los acompañaban? Reid se dirigió al mostrador y a la sonriente mujer que había tras él.

—Reid, que placer verte por aquí —dijo la mujer con voz cálida

—Rita, te presento a Ari. La he secuestrado esta tarde y necesita un traje de baño.

—Que pagaré yo, diga lo que diga él. Voy a buscar entre las prendas rebajadas.

—Ya ves a la insubordinación a que me enfrento, Rita. Ayúdame.

—Pero Ari —dijo Rita acercándose a ella— hoy han entrado pocos clientes, por lo que, de cara a mi comisión, te ruego que dejes que pague él. Nunca viene por aquí, va a la tienda de bicicletas y al restaurante tailandés que hay al lado, pero aquí nunca.

Ari no se creyó ni una palabra. Lo más probable era que Reid fuera a la tienda todas las semanas.

—Ni una sola vez, Ari —insistió Rita—. Reid, ve a comprar unos rollos de primavera, mientras abro una botella de champán. Estamos ocupadas.

—Rita es la vecina de al lado —Reid sacó una tarjeta de crédito y la dejó en el mostrador—. Esta noche, Ari es Cenicienta, y tú, su hada madrina. Nos vamos a bañar más tarde. Si le cobras algo de lo que compre, te duplicaré el alquiler, ¿entendido?

—Perfectamente. Vete de una vez.

Reid se marchó y Rita soltó un bufido, mientras Ari sonreía.

—¡Qué hombre! —exclamó Rita mientras colgaba el cartel de «Cerrado»—. Intenta hacerse el duro, pero es un chico de campo con mucho dinero y el ferviente deseo de mejorar la vida de los que lo rodean. Y es verdad que nunca había estado aquí. Debes de ser especial.

—No, soy... de la casa en que se crio.

—Pues eso ya es bastante especial. ¿Quieres bañador o biquini?

—¿Biquini? No lo sé. No suelo nadar. Me meto hasta la cintura en el mar y me quedó agarrada al borde en la piscina.

—No va a dejar que te ahogues. ¿Qué te parece un biquini con un pareo y una falda a juego? En rojo coral y azul. Soy tu hada madrina y él me ha dejado la tarjeta de crédito en el mostrador, con la que puede permitirse comprar seda de diseño.

—Pero no quiero que pague.

Rita desapareció tras una cortina y volvió con prendas de seda colgadas del brazo. Se las enseñó.

—Creo que esta es tu talla. Te sentarán de maravilla. Pruébatelas.

—No.

Rita los interpretó como un sí.

—No parece que ninguna de ellas vaya a cubrirme mucho.

—Voy a abrir el champán y nos pondremos manos a la obra. Podemos taparte más, si es lo que quieres.

Y en una boutique, un viernes por la tarde, tomaron champán y queso brie, mermelada de higos y galletas saladas. Cuando Reid volvió, Rita había añadido a las prendas anteriores unos pantalones, una blusa de seda sin mangas y unas sandalias de cuero.

Reid volvió con comida para diez personas, y Rita sacó platos y tenedores. Poco después llegó un hombre con una gran jarra de cerveza. Fue una forma extraña de pasar la tarde, que no parecía propia de un multimillonario.

Ari se divirtió con las historias que Rita y el señor Tanner, que era el dueño del bar de al lado, les contaron sobre los clientes, mientras comían y bebían.

Cuando salieron de la tienda, Ari lo sabía todo del esposo de Rita y de su nieta de un año, y de la cerveza experimental de fruta de la pasión del señor Tanner, que necesitaba refinarse, porque él mismo reconocía que sabía muy mal.

El sol se estaba poniendo y la ciudad estaba envuelta en luces de distintos colores. Ari se sentía feliz. Le gustaba la ciudad y la compañía de Reid, no solo porque se hubiera tomado dos copas de champán y llevara dos mil dólares en ropa en dos bolsas. Aparte de su empeño en proporcionarle una experiencia como la de Cenicienta, su vida y amistades parecían tremendamente normales.

—Me gusta el barrio y tus amigos. Eres muy sociable.

Reid abrió la puerta de su piso y la introdujo en un espacio de paredes de ladrillo caravista y enormes puertas de cristal, con lujosos muebles y decenas de cuadros. Al otro lado de las puertas de cristal había una terraza con piscina y spa. Ari se imaginó a Reid relajándose allí, y también a sí misma, gracias a la ropa de baño que le había regalado.

—¿Te gusta?

Quiso decirle algo sarcástico, como que no necesitaba su aprobación, y reprocharle que empleara el dinero en convertir su residencia en Brisbane en un espectáculo, pero no dijo nada.

¿Por qué no podía tener una casa tan bonita en la que uno se sentía acogido y a gusto? ¿Quién era ella para criticarlo por envidia?

—Me encanta. Es preciosa.

—La habitación de invitados es esa puerta, a la izquierda. Mi dormitorio y otras habitaciones están a la derecha; el estudio ocupa la planta superior. Pensaba llevarte esta noche a una isla, para impresionarte —apretó un botón y las puertas de cristal se abrieron deslizándose silenciosamente—. Pero aquí también hay agua. Podemos quedarnos y pedir comida. Y si quieres cerveza, el señor Tanner nos la traerá.

—Lo dices como si estuviéramos en un tugurio. La idea que yo tenía de esta noche no era ni de lejos esta clase de lujo. ¿No era eso lo que querías enseñarme?

—No exactamente.

—Quiero que sepas que yo también compro comida para llevar y cerveza y me relajo en casa, igual que tú.

Tal vez su piso de alquiler, en el fondo, fuera igual que aquel; un lugar para cocinar y dormir. Echó una mirada a su alrededor. ¿Quién era ella para privarlo de sus fantasías?

—¿Así que me cambio y nos vemos en la piscina?

—Me parece bien —contestó él con ojos risueños—. Hay una puerta en la habitación que da a un patio desde el que se puede acceder a la piscina. Teniendo en cuenta que montaste una tienda de campaña en el desierto para proteger a un piloto herido, durante una tormenta de arena, seguro que encuentras la puerta.

—¿Aún sigues insistiendo en eso? —no entendía por qué—. Tú habrías hecho lo mismo.

—Quisiera creerlo, pero eso no quita valor a tu acción. Soy una persona increíble, y tú también.

Su seguridad en sí mismo era contagiosa, y Ari se echó a reír.

—¿Esto es una cita? —necesitaba saberlo—. ¿O solo es una muestra de agradecimiento por lo increíble que soy?

—Es una cita. Aunque también interviene que seas increíble y que yo te esté agradecido. ¿Tenemos que darle tantas vueltas? Porque si es así, has de saber que el agua ayuda. ¿Tienes un problema? Date una ducha. ¿El día ha sido largo y pesado? La piscina y el spa te ayudan a relajarte.

—Me alegra que valores tanto el agua.

—Ya sabes dónde me crie. Las duchas eran de tres minutos y no podías esperar a que el agua se calentara. El agua es vida, y por eso la has incluido en los planos para las cabañas ecológicas. Para ti, el lujo consiste en que haya agua disponible para todos —se metió las manos en los bolsillos del pantalón—. Te he comprado unos diarios sobre cuidados del jardín escritos por un granjero de esta zona. Los tienes encima de la cama.

«¡Qué regalo!», pensó ella.

—Reid, no sé qué decir.

—Pues dime que los leerás y que retomarás el proyecto para los jardines de las cabañas. Mi lema es que nunca hay que dejar de aprender y de esforzarse para respetar el equilibrio natural.

Ari comenzaba a respetar mucho a Reid, además de sentir una atracción irresistible hacia él.

—Los leeré, gracias. Nos vemos en la piscina. Pero me quedaré agarrada al borde o a la escalerilla —debía confesarlo—. No sé nadar.

Él no se inmutó. Se encogió de hombros y esbozó una cálida sonrisa.

—¿Quieres aprender?

Reid sabía para qué lo querían las mujeres; en primer lugar, para acceder a su dinero y a su elevada posición social; su apellido y su vaga relación con la aristocracia inglesa eran secundarios; y no les importaban ni su personalidad ni sus creencias y valores. No veían a la persona.

Por eso, Ari era especial.

Porque lo veía. Veía al chico que iba a buscarla cuando se alejaba demasiado de la casa, al que se sentaba a la mesa de la cocina a su lado, mientras Gert la regañaba y le daba agua y galletas. Esos recuerdos competirían con los de la tienda. Y ahora que él le estaba mostrando su mundo esperaba que los uniera todos y el resultado fuera alguien que le cayera bien, porque, a él, ella le encantaba.

Ari sabía de dónde procedía y conocía el mismo paisaje, los mismos caminos, idénticos amaneceres y atardeceres.

Podía enseñarla a nadar, si estaba dispuesta; si bajaba la guardia y se abría a él.



## Capítulo 9

**E**L biquini que había elegido ahora le parecía mucho más pequeño que en la tienda. Le realzaba las curvas y las piernas. Tenía músculos de trabajar en los jardines, y el ondulado cabello le llegaba hasta más abajo de la cintura. No se maquillaba ni se hacía tratamientos de belleza, pero estaba sana, era joven y tenía buena dentadura. Y cuando se puso la bata de seda que hacía juego con el biquini, casi se sintió hermosa.

Era difícil no sentirse especial en aquel entorno.

Su momento «cenicienta» se produjo con los pies descalzos, una inmensa piscina y Reid casi desnudo. Las bermudas no le ocultaban las cicatrices que le cubrían el cuerpo y él ni siquiera lo intentó al sentarse en el borde del spa esperando que ella hiciera lo mismo. La miró con admiración al acercarse.

—Suelo empezar por la piscina caliente —dijo él—. En el centro es más profunda, pero, de cualquier modo, harás pie. ¿Todo bien? ¿Te sientes segura?

—Sí.

Él se metió en el agua y ella se quitó la bata y se sumergió en el agua caliente.

—Es la primera vez que estoy en un spa.

—Busca un asiento, apoya la cabeza en el reposacabezas y déjate llevar —ella lo hizo, pero, al no haber nada a lo que agarrarse, no se relajó.

Él se acomodó a su lado y la tomó de la mano para sujetarla.

—Relájate —murmuró él—. Si los brazos y piernas quieren flotar, déjalos.

—Creo que tomarnos de la mano es lo nuestro —ella no se la soltó, pero tampoco se la apretó. Cerró los ojos, apoyó la cabeza y suspiró de placer—.

Qué agradable. En mi piso no hay de esto. Ni siquiera tiene bañera.

—¿Cómo te sientes ahora que vas a empezar a trabajar? El dueño del vivero la había llamado el día anterior.

—Ya sabes que Gert alardeaba de mi nuevo trabajo, pero ha habido un cambio de planes.

—Cuéntame.

—El hijo del dueño ha vuelto del extranjero y está «valorando las opciones», en palabras de su padre. De momento, no quieren que vaya. Puede que ni ahora ni nunca. Dentro de un par de meses me dirán algo —suspiró—. Creo que puedo irme despidiendo de Cairns —soltó la mano de Reid para apartarse un mechón de cabello del rostro y ponérselo detrás de la oreja—. Qué decepción.

—Trabaja para mí. Mejor aún, te ayudaré con el papeleo para que fundes tu propia empresa y puedes trabajar para mí como empresaria.

—Odias mi proyecto para los jardines de las cabañas ecológicas.

—Odiar es un término demasiado fuerte.

—No me lo niegues.

—Esta vez quiero ofrecerte instrucciones adecuadas para el proyecto. Quiero que te instales en una de las cabañas durante un par de meses. Hay otra cerca, a la que irá gente. Hazte una idea de la reacción de los visitantes y de cómo interactúan con el entorno y vuelve a presentarme los planos para los jardines. Te haré un contrato de tres meses para que los desarrolles y termines.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto. Y puedes considerarlo un acto caritativo o una recompensa por haberme salvado la vida. No voy a negar que lo primero que me llamó la atención fue tu valentía.

—¿Me consideras valiente?

—Sí. Cuando me hice cargo de Jeddah Creek, a los diecisiete años, tenía aguante, determinación y capacidad de superación. Y en ti veo lo mismo. Por aquel entonces, Tom, Bridie, Judah y otros me ayudaron, lo cual me encarriló hacia un futuro con el que no había soñado.

Aún no había terminado de hablar.

—No quiero quitarte nada. No quiero privarte de la oportunidad de trabajar, crecer y viajar, pero quiero que, como yo, tengas ayuda. Y te la ofrezco por adelantado. Quiero verte triunfar.

¿Podía confiar en él? ¿Podía confiar en su propio instinto, cuando lo que le ofrecía era demasiado bonito para ser verdad?

Él se recostó y cerró los ojos, probablemente para no verla con la boca abierta ante su generosidad.

—Di que sí.

—¿Quieres verme triunfar?

—Por supuesto.

—¿Sin condiciones? ¿Aunque no acabe en tu cama esta noche? Él alzó la cabeza y la miró con los ojos entrecerrados.

—Eso lo excluyo, de momento. Yo apuesto a largo plazo. Pero, aunque acabemos teniendo una relación romántica, mi oferta seguirá en pie. Quiero que consigas el futuro laboral que te apasiona.

Se desplazó al otro extremo de la piscina y se volvió a mirarla.

—Acepta el contrato.

Gert ponía las manos en el fuego por él.

Era una oportunidad única.

—¿Qué pasará si tenemos una aventura muy corta e intensa y nos damos cuenta de que no somos compatibles?

—Seguirás teniendo una empresa que no tendrá nada que ver conmigo y un lucrativo proyecto de jardinería acabado o a punto de hacerlo. Tu trabajo hablará por sí mismo y tendrás otros proyectos que no se relacionarán conmigo. Intento ponerte en una situación, Ari, en que, con independencia de lo que suceda, salgas ganando.

—¿Aunque tú salgas perdiendo?

—Habré tenido una oportunidad contigo. ¿Eso es salir perdiendo?

¿Acaso él no tenía miedo? ¿Y si le entregaba el corazón y ella se lo destrozaba? ¿Qué veía en ella al mirarla tan fijamente?

—¿No te da miedo entregarle el corazón a la persona equivocada?

—Tú y yo tenemos mucho en común. No confiamos en los demás fácilmente. La gente nos ha decepcionado, lo que quiere decir que uno de los dos tiene que ser el primero en decir que confía en el otro y que está dispuesto a enfrentarse a lo que eso conlleva. No creo que vayas a fallarme y tengo la certeza absoluta de que yo no voy a fallarte. ¿No te parece un buen comienzo para la relación que vayamos a tener, sea cual sea?

¿Podía rechazar la cautivadora confianza de Reid? No.

—Me mataré a trabajar hasta que te satisfaga mi trabajo. No voy a decepcionarte.

—Lo sé.

—Y creo que no debemos estropear mi oportunidad de oro teniendo sexo ahora. Como has dicho, es demasiado pronto —pero cómo deseaba ella estropearla—. Es muy caballeroso por tu parte.

—Recuerda que apuesto a largo plazo —la miró con un brillo desafiante en los ojos—. Lo primero, clases de natación. Empújate con los pies desde el asiento, extiende los brazos y el agua te traerá hacia mí.

—Pero hay burbujas en el centro.

—Pues te harán cosquillas. Hazme caso, el cuerpo te responderá. No lo pienses demasiado.

Unos segundos después, las manos de ella chocaron contra el torso masculino y tuvo que esforzarse para no aferrarse a él. Hizo pie y se sonrojó al tiempo que apartaba las manos.

—Lo único que querías era que te tocara tu hermoso cuerpo.

—Mi antiguo hermoso cuerpo —dijo él en tono seco—. Pero tienes razón en lo de que deseo que me toques. Ahora date la vuelta y vuelve a deslizarte hacia el otro lado empujándote con los pies. No bajas las piernas hasta que toques la pared.

Pronto se estaba deslizando por toda la piscina, dirigida por Reid.

—Ganar control es adictivo —dijo él, al final, cuando ella se sentó de nuevo en el spa, con mayor sensación de seguridad que al principio—. Ya sea controlar lo que haces o dirigir a otros, es emocionante. Al cabo de un tiempo se convierte en una segunda naturaleza y empiezas a pensar que sabes más y tomas mejores decisiones que los demás, lo cual, naturalmente, es una tontería, pero nadie te lo dice a la cara porque eres el jefe. Al final, esa forma de pensar acaba por invadir todos los aspectos de tu vida, incluidas las relaciones sentimentales.

—¿Así que eres dominante en la cama?

—¿Te gustaría que lo fuera? —preguntó él con una sonrisa pícaro.

Ella se sumergió hasta la barbilla, para disimular el rubor de las mejillas.

—Me gusta tomarte el pelo. Picas fácilmente.

Ella lo salpicó y al cabo de unos segundos ambos se dedicaron a salpicarse mutuamente como si fueran dos adolescentes.

Reid la acorraló contra la pared de la piscina sosteniéndola con los brazos bajo los hombros de ella, que chocaba contra su cuerpo de distintas e interesantes maneras.

—Esto no lo hacen las mujeres con las que salgo —murmuro él.

—¿El qué? ¿Regañarte?

—Ni me regañan, ni me retan, ni me reprenden. Pero me encanta que lo hagas, Cenicienta.

—Es que a Cenicienta no la educaron para ser una dama.

—Tengo que besarte.

Se le daba bien ponerse dramático, ¿o era pura estupidez? En cualquier caso, a ella le encantaba.

—¿Porque estás perdidamente enamorado?

Él se le acercó hasta que sus labios casi se rozaron, y ella no se apartó.

—Sobre todo, para que te calles —murmuró él posando los labios en los de ella y tentándola hasta que abrió la boca.

No fue como el beso anterior. Él no pareció necesitar hacer más preguntas sin palabras cuyas respuestas ya conocía. El juego se transformó en apasionado deseo tan deprisa que ella estuvo a punto de ahogarse.

Se aferró a él, que la acarició y le introdujo los dedos en el cabello para atraerla más hacia sí. Llevaba semanas pensando en él, pero estar en su compañía era mucho mejor de lo que se había imaginado.

El agua era una de sus cosas preferidas y Reid se estaba convirtiendo en una de sus personas preferidas. Ambas cosas unidas la dejaron sin defensas.

Fue Reid el que cesó de besarla.

—Creo que necesito calmarme —dijo al tiempo que salía de la piscina caliente y se metía en la piscina de entrenamiento.

¡Qué atractivo era, a pesar de las cicatrices y la pierna herida! Y quería que ella, que no era nada especial, formara parte de su vida e iba a esforzarse mucho en conseguirlo, lo que, en su opinión, lo hacía aún más deseable.

Lo observó mientras se hacía un par de largos con brazadas lentas y precisas.

—Tener una cita contigo está muy bien —dijo ella, cuando él llegó a su lado y no siguió nadando—. Aunque más bien pareces mi hada madrina que mi príncipe azul.

—Lo tendré en cuenta.

Reid salió de la piscina y agarró una toalla del montón que había en una mesita. Se secó y se la enrolló a la cintura. Ella también salió del agua y él le tendió otra toalla.

—Nunca me he preocupado de casi nada, salvo de cuidar de mí misma. Nunca ha habido un príncipe azul en el horizonte, antes de que aparecieras caído del cielo.

—¿No me has dicho que era tu hada madrina?

—Sí, bueno, tal vez seas las dos cosas. Nunca he tenido una relación con un hombre. Ni siquiera he intentado confiar en alguno y preocuparme de su bienestar en la misma medida que del mío. No he tenido precisamente buenos modelos. He tenido sexo sin compromiso; aventuras de una noche que me han ayudado a conservar la autoestima.

—Deberías trabajarla.

—Lo hago. Y me estás ayudando al ofrecerme posibilidades con las que no soñaba. Me cuesta asimilar tantas cosas. Tu mundo no es el mío, aunque hagas lo posible para que me parezca normal. Para mí, todo esto es demasiado, así que te agradezco la paciencia.

—De nada, aunque todo esto forma parte de mi plan de dominación —se acabó de secar el cabello—. ¿Nos tomamos una cerveza y cenamos? ¿Tienes hambre? Hay un restaurante a la orilla del río, si te apetece cenar fuera. O podemos pedir comida para llevar.

Ella tenía el cabello mojado, iba sin maquillar e iba a vestirse con ropa informal y bonita. No deseaba incorporar a nadie más a la noche.

—Prefiero que comamos aquí. Podríamos hablar del proyecto que me has propuesto hace un rato. Yo tomaré notas y haré dibujos, mientras me explicas lo que quieres. Y tal vez, cuando me vaya, nos despediremos con un beso y la promesa de volver a vernos pronto.

—¿Eso es lo que quieres hacer esta noche?

—Sí, ¿te parece aburrido?

—En absoluto.

La noche se desarrolló de forma mágica debido al hermoso entorno, la creatividad y la imaginación, por no hablar del flirteo y las caricias.

Cuando Reid la acompañó al coche, después de insistir en que se fuera a casa en él, ya habían hecho planes para la empresa de ella y para que viviera en una de las cabañas de Cooper Creek, a partir de la semana siguiente.

Ari se había rendido a lo que había entre ellos, fuera lo que fuese. Había dejado de lado las defensas para ver dónde la llevaría, lo cual tal vez era el mejor regalo de aquella noche: su disposición a creer en que podría hacer realidad aquello con lo que soñaba... con la ayuda de un amigo.

## *Capítulo 10*

UNA semana después, tras haber vendido parte de lo que había en su piso y dejado los objetos más valiosos en casa de Gert, Ari se dirigió a su nueva residencia. Volvía a tener la camioneta, que funcionaba mejor que nunca, debido a que le habían cambiado el motor y los neumáticos, además de haberle instalado Internet, GPS y radio. Era increíble.

Al intentar pagar, Reid se había negado mirándola con dureza. Al plantearle pagar el alquiler, él le dijo: «Como te rompí la tienda de campaña, ahora te dejo una de mis cabañas. Me parece un intercambio justo. Además hay varias plantas en ella que espero que mantengas con vida».

Y allí estaba, aparcando delante de una cabaña construida con paredes de adobe y un tejado de chapa con placas solares. Parecía que haría fresco en el interior, incluso sin encender el aire acondicionado. Había tanques de hormigón con agua enterrados y protegidos por muros de rocas. Era un espacio funcional, pero no bonito. Se lo veía muy abandonado, aunque tenía posibilidades.

Había que plantar árboles y arbustos alrededor de la cabaña y de la que había al lado. Reid le había dicho que había un sistema para reciclar aguas residuales.

Cada cabaña disponía de dos o tres dormitorios, cuarto de baño, salón, cuarto de estar y cocina. Los muebles eran de calidad y los colores relajantes. Había hermosas fotos de paisajes que había hecho Bridie, la cuñada de Reid.

Metió las cajas que había llevado, salió al porche y miró hacia el horizonte. Se estiró y comenzó a dar vueltas sobre sí misma, entusiasmada por su buena suerte, aunque se debiera a la desgracia de Reid.

Dejó de dar vueltas y rogó que Reid se recuperara del todo. Gert le había dicho que en el último reconocimiento que le habían hecho no habían salido los buenos resultados que él se esperaba. Aunque Ari solo había pasado unas horas con él en Brisbane, se había dado cuenta de que se esforzaba por aparentar que andaba y veía con normalidad y que se había recuperado por completo.



Comenzó a colocar las cosas, abrió las ventanas y encendió el sistema de agua caliente. Se duchó con el agua aún fría y se puso unos pantalones, una camiseta y unas sandalias. Después salió y se hizo una foto con la puesta de sol al fondo y una sonrisa de oreja a oreja.

Dejándose guiar por el instinto mandó la foto a Reid, que le envió un mensaje minutos después:

Reid:¿Ya te has instalado? Ari: Bonita casa.

Reid:¿No te parece demasiado aislada? Ari: No.

La soledad era su amiga, y tenía muchas cosas que hacer. Ari: Gracias por la oportunidad y por creer en mí.

Reid: De nada.

Ari: Gracias de nuevo.

Al final de la primera quincena en la cabaña, Ari se había hecho miles de kilómetros siguiendo cursos de agua, caminos de ganado y senderos agrestes y llevando un diario de lugares y plantas. Y si había comenzado a soñar despierta con Reid era porque esperaba que un día apareciera, caído del cielo. Como aún no lo había hecho, se estaba poniendo nerviosa.

Aparcó delante de la cabaña y vio que la otra estaba ocupada, pues había un camión frente a ella que le resultó conocido.

Bridie Starr, ahora lady Blake, estaba en el porche y la saludó con la mano. Era una premiada fotógrafa y esposa de Judah Blake. Había sido modelo y dueña de la granja Devil Kiss. Entre esta, Jeddah Creek y Cooper Crossing, los Blake poseían miles de hectáreas en el suroeste de Queensland, dedicadas al ecoturismo y con pasto restringido para el ganado. La idea era conservarlas desde un punto de vista ecológico.

Bridie se volvió hacia la persona que salía en ese momento. No era Judah, su esposo, como esperaba Ari, sino Reid. Ari se acercó a ellos.

—¡Tengo visita!

—Ya le dije que no andarías lejos —dijo Bridie sonriendo—. Traemos pescado fresco, hortalizas para hacer ensalada y tus galletas preferidas, que te ha hecho Gert. Iba a quedarme a pasar la noche, pero llevo toda la semana espiando a una familia de martín pescadores y Judah acaba de ver una de las crías. Va a venir a recogerme.

—Lo que pasa es que no soporta pasar la noche sin ti —intervino Reid. Llevaba gafas de sol y caminaba con rigidez. No intentó bajar los tres escalones del porche que lo separaban de Ari.

—Sea como sea, Judah va a venir a recogerme en el helicóptero dentro de media hora —afirmó Bridie alegremente—. Ari, prométeme que no dejarás conducir el camión a Reid.

—Tiene conducción automática —protestó este.

—Sí y ya sabemos lo bien que funciona eso por estas tierras.

—Solo necesita un poco de ajuste —contestó Reid.

—Oye, Reid —dijo Ari— ¿te parece un buen trato que te lleve donde quieras ir mientras estés aquí, a cambio de que no pare de hablar, porque llevo una semana sin hacerlo con nadie?

—Es justo —dijo Bridie, ante el silencio de Reid.

—Ari, ¿me llevas a dar una vuelta para hacer unas fotografías previas del terreno, para tu página web?

—¿Mi qué?

—Y así me cuentas lo que has planeado para este lugar. Me encantaría saberlo. Soy socia comanditaria de las cabañas.

—El proyecto está en su fase inicial. De momento, me he centrado en las plantas. Pero me alegro de saber que no solo debo impresionar a Reid. ¿Hay algún otro socio?

—No —dijo él agarrándose con fuerza a la barandilla del porche—. Y, desde luego, hazle una presentación del proyecto a Bridie.

—¿No vienes con nosotras?

—Después.

Era evidente que le pasaba algo, pero Ari no sabía qué podía ser. ¿Acaso no quería estar allí?

Entonces, ¿por qué había ido?

Bridie bajó los escalones, cámara en mano, y echó a andar. Ari se despidió con la mano de Reid y la siguió.

Comenzó a explicarle sus planes, mientras Bridie hacía fotos. Le sacó un par a Ari.

—No me hagas fotos —protestó ella—. Estoy acalorada y sudada.

—No, estás preciosa. Muy auténtica. Serán perfectas para tu biografía en la web. Se me da muy bien crear páginas web, en el caso de que necesites ayuda,

—Primero tengo que hacer un buen trabajo porque, si no, aunque sea la mejor web de paisajismo del mundo, no me ayudará a montar mi empresa.

—Crearé una a modo de prueba. Lo haré con mucho gusto y con fotos.

—Sé lo que valen tus fotos. No voy a poder pagártelas. Bridie la enfocó y disparó una docena de fotos.

—Lo haré gratis.

—¿Por qué? Ni siquiera me conoces.

—No, pero conozco a Reid y lo aprecio mucho. Por cierto, me alegro de que hablemos en privado porque quiero que lo vigiles. Le han dicho que tiene que descansar y tomarse las cosas con calma. Y no puede darle el sol en los ojos.

—¿Y lo has traído aquí?

—Lleva gafas de sol. Incluso tiene gafas protectoras, aunque es difícil que se las ponga en público. Tampoco puede hacer mucho ejercicio. Y tal vez alguna de las zonas que rodean las cabañas podría protegerse del sol y llenarla de olores y texturas.

—¿Te refieres a un jardín para ciegos? —de eso, Reid no le había dicho nada.

—¿Cómo tiene la vista?

—Lo mantiene en secreto. Se adapta tan bien que es difícil pillarlo, pero creo que está peor de lo que da a entender. Quería advertirte, sobre todo, de que está malhumorado, frustrado por la lentitud de la recuperación, así que no te sorprendas si de vez en cuando se retira a una habitación oscura porque la cabeza o la pierna lo está matando. No va a decirlo por supuesto. Es fuerte.

—Ya.

—Judah es igual. Creen que no se debe mostrar debilidad.

—Entiendo.

—Y aquí llega mi esposo —Bridie alzó la vista hacia el cielo—. Llega pronto.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse? Has mencionado que queráis pasar la noche.

—Ese era el plan: un viaje rápido para ver cómo estabas, traerte un poco de comida, flirtear un poco contigo, conociendo a Reid, aunque Gert le ha dicho muy seria que debe portarse bien. Sería estupendo que consiguieras que se quedara una semana. Una semana de descanso le haría mucho bien.

—¿Quieres que consiga ocupar a un multimillonario malhumorado durante una semana aquí, cuando tenía la intención de quedarse un día?

—Todos necesitamos un reto —Bridie sonrió beatíficamente—. Me muero de ganas de ver los jardines. Serán preciosos.

—Eso no lo sabes. Es la primera vez que voy a diseñar un paisaje.

—Sí, pero creo que lo harás estupendamente.

Reid observó con envidia el helicóptero mientras despegaba llevándose a Bridie y Judah. Él ya no podía gozar de la libertad de pilotar una aeronave; ni siquiera podía conducir un camión, según Bridie, a pesar de que aquel en el que habían llegado lo había equipado con la tecnología más avanzada de conducción automática. Iba a probarlo esa mañana visitando a Ari, pero cuando Bridie se dio cuenta de sus intenciones decidió acompañarlo.

Y menos mal, porque, en los primeros cinco kilómetros, el vehículo se había atascado dos veces en la arena.

Tras el segundo incidente, Bridie se ofreció a conducir. Y él tuvo que fingir que le parecía bien. Había sido muy paciente con respecto al ritmo de su recuperación, pero, a medida que este disminuía, lo hacía también su seguridad en que se pondría bien.

En presencia de Ari, especialmente, quería parecer un hombre físicamente fuerte y perceptivo. Pero ¿cómo iba a adivinar sus emociones, si, a veinte pasos de distancia, no sabía si estaba sonriendo? Si quería contemplar la expresión de sus ojos, tenía que acercarse tanto como si fuera a besarla. ¿Y si ella no quería que invadiera su espacio personal?

Pero, si no se acercaba lo suficiente para observar la expresión de su rostro, ¿cómo iba a saber si se alegraba de verlo? Había mantenido un contacto mínimo con él desde que se había mudado a la cabaña, y no sabía si se debía a que ella era una persona independiente o a que intentaba evitarlo.

Lo trataba como al cliente que era, pero él quería ser mucho más. Saber que estaba allí lo hacía querer estar él también. Eso nunca le había pasado antes. No estaba dispuesto a reconocer que estaba perdidamente enamorado, pero no podía dejar de pensar en ella.

Cuando Bridie se marchó, Ari le dijo que tenía que recoger unas muestras de plantas que había visto cerca de allí. Una hora después no había vuelto y a él le dolía la cabeza y también la pierna, hasta el punto de reconsiderar su tajante negativa a usar bastón. ¿Por qué era tan débil?

Llamaron a la puerta de la cocina.

—¿Puedo entrar? —preguntó Ari.

—Claro.

Se había quitado la ropa de trabajo y llevaba una camiseta amarilla y una falda color ciruela. Se había recogido el cabello en una cola de caballo y lucía una colorida pulsera en la muñeca. ¿Eso indicaba que se alegraba de verlo?

Reid estaba llenando el dispensador de agua que había cerca del fregadero, lo cual no era difícil.

—¿Quieres un vaso? —preguntó él.

—No, gracias —se acercó y se apoyó en la encimera—. Si me hubieras dicho que venías, te habría hecho un bizcocho.

—¿Te alegras de verme?

—Me alegro muchísimo, pero tengo que confesarte algo.

—Tú dirás.

—Esta mañana me he hecho daño en el hombro al intentar sacar una... mejor que no te diga el nombre de la planta. El caso es que había que tirar con mucha fuerza y ahora me duele.

—¿Quieres que te dé un masaje?

—No. Me he dado una ducha caliente y me ha sentado muy bien, pero ahora quiero tumbarme y mover el brazo hasta hallar una postura cómoda para el hombro. De niña me lo dislocaba a menudo.

—¿Ahora se te ha dislocado?

—No, pero noto que está a punto de hacerlo. ¿Te tumbas a mi lado y nos agarramos de la mano como en los viejos tiempos? Y si es necesario, me agarras del brazo por el encima del codo y tiras de él.

—Lo que necesites.

Se tumbaron en la cama, con las contraventanas cerradas para que el calor no entrara. Y, por fin, él pudo dejar de fingir que se movía normalmente. Notó que ella movía el brazo, pero sin invadir su espacio. Él no intentó agarrarla de la mano. No tenía tanta necesidad como antes ni quería que Ari creyera que era débil.

Fue ella la que lo tomó de la mano. Y su cuerpo se alegró. Nunca se sentía tan en paz consigo mismo como cuando estaban agarrados de la mano.

—¿Qué tal el hombro? —murmuró—. ¿Tengo que tirar de él?

—Creo que bien. ¿Y tu dolor de cabeza?

Reid intentó activar sus defensas, pero estaba tan contento que desistió.

—¿Cómo sabes que me duele?

—Se te ve en el rostro.

—Pues Bridie no lo ha notado.

—Eso es lo que crees. Es un encanto y se preocupa por ti. Te aseguro que lo ha notado. Me ha pedido que intente convencerte de que te quedes una semana.

—¿Y qué le has dicho?

—Que no creía que pudiera obligarte a hacer nada que no quisieras. No me opongo a la idea de que te quedes unos días. Tengo que trabajar y probablemente también te daré algo que hacer, pero acabo a última hora de la tarde; a veces antes, si me levanto muy temprano. Claro que aquí no hay piscina ni spa, pero estoy pensando en convertir un antiguo abrevadero en una bañera. Una ducha exterior también sería útil. Aquí hay mucho polvo.

—¿Y cuándo esperas tener ambas cosas listas?

—Pues mi cliente debe aceptar la idea y luego depende de cuánto dinero ponga.

—¿Y de dónde vas a sacar el agua?

—El último paisajista que trabajó aquí instaló un maravilloso sistema de filtración del agua, que ahora no funciona, pero conseguiré que lo haga. ¿Te estás durmiendo?

—Casi.

—Duérmete. Estaré cuando te despiertes.

—La última vez que me dijiste eso, me desperté en un hospital a dos mil kilómetros y sin ti. ¿Cómo tienes el hombro?

—Vas a tener que sentarte, ponerme un pie en la axila y tirarme del brazo.

—Vamos allá —se colocó en la posición adecuada. No era la primera vez que iba a hacer algo así. Tiró y Ari ni siquiera gimió. Suspiró cuando él volvió a tumbarse y a agarrarla de la mano.

—¿Te has tomado un analgésico? —preguntó ella.

—Hace media hora.

—¿Necesitas tomar más?

—No puedo —el médico le había prescrito que los tomara con la frecuencia que le indicaba. Tal vez hubiera forzado el cuerpo demasiado al intentar disimular su debilidad. Tal vez hubiera llegado el momento de dejar de hacerlo.

—Puedo traerte una bolsa de hielo de la cabaña.

—¿Vas a intentar curarme de nuevo con aquello de lo que dispongas?

—Con lo que sea necesario —él notó que se levantaba, pero no abrió los ojos—. Vuelvo dentro de cinco minutos.

—¿De cinco minutos?

—Te lo prometo —respondió ella apretándole la mano.

## *Capítulo 11*

**C**UANDO Ari volvió, Reid dormía profundamente. Dejó la bolsa de hielo y un vaso de agua en la mesilla y se fue a trabajar.

Se puso a plantar esquejes. Estaba contenta y muy segura de haber elegido la profesión adecuada, que le abriría un montón de posibilidades. Y Reid estaba allí.

Él salió a buscarla cuando se estaba poniendo el sol. Observó con atención el trabajo que había realizado. Después la miró y le dijo:

—De acuerdo, creo que la bañera y la ducha exteriores son buena idea. Estás cubierta de barro.

—Sabía que coincidirías conmigo. Los científicos e investigadores que vienen por aquí también acaban cubiertos de barro. Me he encontrado con alguno. Si hubiera una zona para bañarse o ducharse, la utilizarían.

—Vamos a seguir hablando mientras cenamos.

La convenció de que cenase con él, cuando estuviera presentable, prometiéndole que prepararía pescado, ensalada y, de postre, mangos.

Ella se duchó de prisa y se reunió con él en su cabaña.

—¿Quieres té frío o algo más fuerte? —le preguntó Reid, cuando ella entró en la cocina—. Yo voy a tomar agua.

—¿Debido a la medicación?

—Por eso y porque no quiero que me vuelva a doler la cabeza.

Su cuerpo ya no estaba tenso ni sus ojos transmitían dolor. Ella lo observó emplatar el pescado.

—¿Cómo va la búsqueda de vuestra hermana? —preguntó cuando él puso los platos en la mesa y le indicó que se sentara.

—Estamos en un callejón sin salida. Judah se encarga del asunto —esperó a que ella empezara a comer para hacerlo él. Ella no entendía sus buenos modales, que solo servían para recalcar la diferencia de clase social que los separaba.



Pero entonces recordó que le había contado que había llevado a su hermano a un bar de carretera y que había pedido un montón de comida para desayunar; y que también ella había sido testigo de cómo devoraba los aperitivos tailandeses en la tienda de ropa de baño. Era el mismo hombre.

La comida era excelente y Ari prefería comer a hablar, lo cual probablemente era una falta de educación en determinados círculos sociales, pero había trabajado mucho y estaba hambrienta. Solo cuando estaba comiéndose su mitad de mango, y también la de Reid, que no la quiso, la charla trivial se volvió más seria.

—Así que no hemos progresado en la búsqueda de nuestra hermana, pero he descubierto algo interesante sobre el dinero que mi padre regaló a tu madre, después de tu nacimiento. ¿Te lo cuento? —preguntó él.

Ari se limpió el jugo de mango que le chorreaba por la barbilla y los dedos. Quería mucho a su madre, pero era evidente que las decisiones que esta había tomado a lo largo de su vida no habían beneficiado a Ari. La familia reconstruida era un ejemplo clásico.

—No sé si quiero saberlo. ¿Va a destruir mis ilusiones?

—Puede.

—Bueno, supongo que podré soportarlo.

—Hemos encargado a un auditor forense investigar antiguos registros financieros. El dinero que mi padre entregó a tu madre procedía de un banco propiedad de una empresa australiana, FNQ Metals. Mi padre tuvo ese dinero en su cuenta menos de veinticuatro horas, antes de transferirlo a la cuenta de tu madre. Al principio creí que le había transferido esa cantidad, como muestra de agradecimiento por haber impedido que se jugara la casa. Pero había habido otras transferencias a lo largo de los años, cantidades más pequeñas, el mismo día cada año, cantidades que solo estaban en la cuenta de mi padre menos de veinticuatro horas. ¿Te dice algo el veinticuatro de mayo?

—Es mi cumpleaños.

—Ah —parecía satisfecho—. Me lo imaginaba.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que alguien utilizaba a mi padre de intermediario para entregar dinero a tu madre por tu cumpleaños. ¿Quieres que siga?

—¿Hay más?

—FNQ Metals hoy es una empresa pública, pero antes pertenecía a Deacon Murray, que inició su carrera como comprador de ganado en el norte de Queensland. Se casó a los diecinueve años y sigue casado con la misma mujer. Tiene tres hijos, todos en la treintena. Ganó tanto dinero con el ganado que compró una concesión minera, que le proporcionó hierro, cobre y zinc. Todo esto es de conocimiento público. Mi padre no tuvo negocios con él, salvo el de transferir el dinero a tu madre.

Ari intuyó lo que quería decir.

—¿Crees que ese tal Murray es mi padre?

¿Qué veía en ella Reid al mirarla? ¿Se daba cuenta del pánico que sentía?

¿De los años de esperanza, dolor y dudas? ¿De su intento de hallar pistas en las pertenencias de su madre, una vez fallecida?

—Creo que deberías buscar en Internet fotos de Murray y sus hijos. Después, si quieres que contrate a una persona que investigue dónde se hallaba cuando tu madre se quedó embarazada de ti, lo haré. Aquel día estaba resultando lleno de sorpresas.

—¿Me parezco a él?

—Un poco. Te pareces más a uno de los hijos. Creo que compró la concesión minera para conseguir dinero para tu madre y para ti. Sospecho que lo envió a través de mi padre porque tu madre rechazó su ofrecimiento de ayuda económica.

Ari respiró hondo.

—Eso es mucho suponer.

—Como te he dicho, puedo contratar a un investigador para que averigüe los hechos. Puede que seas hija de un hombre rico.

Ella siempre había querido saber quién era su padre, pero no se lo imaginaba rico y poderoso ni creía que supiera que tenía una hija.

Si lo que suponía Reid era verdad, Deacon Murray sabía de su existencia, pero no había querido conocerla.

—Eres cruel al hacerme dudar de mi identidad.

—¿Acaso está mal?

Ella se levantó de la mesa y salió al porche. Reid siguió observándola con cautela.

—Dime qué piensas —dijo apoyándose en la barandilla.

—Ese hombre sabía que existía, pero no ha querido saber nada de mí. Y está muy bien que nos ayudara a mi madre y a mí económicamente, pero ahora soy una persona adulta y no me debe nada. Además, tu padre murió hace años, por lo que es indudable que ese dinero no sigue llegando. No sé qué hacer con la información que me has dado —se apoyó en la barandilla y contempló las estrellas.

Reid no la imitó, sino que siguió mirándola.

—Podrías intentar contactar con él.

—¿Y qué le digo? ¿Qué para mí no significa nada el dinero que me mandaba? No va a querer hablar conmigo.

—Yo no le diría eso.

—Él tomó una decisión, cuando nació. El dinero no es afecto, sino una manera conveniente de aliviar el sentimiento de culpa.

—Creí que te gustaría saberlo.

—¡Pues no! Es probable que la historia de tu familia se remonte a siglos atrás. Sabes quién eres. No entiendes lo que supone no saber quién es tu padre y soñar con que un día lo conocerás. En mis sueños bonitos, mi padre se emocionaba al saber que tenía una hija. Era un hombre maravilloso y estaba encantado de conocerme —reprimió una risa amarga.

—¿Qué pasaba en los sueños desagradables?

—Que sabía de mi existencia desde el principio y que le daba igual —no iba a dejar que Reid la viera desmoronarse—. Gracias por la cena. Me marcho.

—Ari, espera. Deja que...

—¡No vas a solucionarlo! —él no se merecía su cólera—. Lo siento, pero me voy.

—Cuando dices que te vas, ¿te refieres a montarte en la camioneta y marcharte?

—No —señaló su cabaña. Estaba demasiado oscuro para conducir sin perderse—. Me voy a mi... No quiero venirme abajo delante de ti. Me voy a mi habitación.

—Muy bien, pero el dinero que Murray te mandaba no es un hecho que carezca de importancia. Por aquel entonces, no tenía tanto como para irlo repartiendo alegremente.

Ella se mordió la lengua para no espetarle palabras hirientes.

«Él no tiene la culpa. No le digas nada que lo pueda herir. Dile lo que realmente quieres decirle».

—Siento que veas esta faceta de mi personalidad. Soy una amargada y una desagradecida, y me importa un bledo el dinero que me regalara por mi cumpleaños. ¿Por qué no me dijo nada mi madre? No quería que supiera nada de él, y él no quería saber nada de mí —las lágrimas comenzaron a rodarle por las mejillas—. Me traicionaron.

—Los sentimientos son muy complicados. Para algunos, entre los que me incluyo, la forma de enfrentarse a ellos es huyendo para estar solo. Deberías hablar con Bridie sobre lo de refugiarte en tu habitación. Bridie lo estuvo haciendo durante años.

La hermosa y traumatizada adolescente se tuvo que obligar a salir de ella para hacer fotos y mandárselas al prisionero que le había salvado la vida. Ari conocía la historia.

—No voy a estar años encerrada en mi habitación, a causa del comportamiento de mi padre.

—Si te parece bien, te acompaño a la habitación.

—No es buena idea.

—¿Por qué?

—Porque probablemente te empujaré dentro y, con total desvergüenza, te pediré que me hagas olvidar a mis padres y que me hagas sentir deseada.

—¿En serio? —preguntó él con los ojos brillantes.

De repente, Ari notó que no podía respirar y que no era porque fuera a romper a llorar.

—Pues encantado de poder servirte de ayuda. De hecho, como buen caballero, insisto en hacerlo.

Y ella iba a aceptar el ofrecimiento. Le daba igual que fuera su cliente. Lo deseaba; mejor dicho, lo necesitaba.

Y Ari se lo merecía.

Reid solo quería ayudarla. Creía, sinceramente, que las investigaciones que había llevado a cabo y la información que había reunido ayudarían a Ari. No se le había ocurrido que pudieran hacerle daño. Y ahora solo quería arreglarlo.

Entraron en la habitación en silencio. Reid la abrazó y la besó en los labios. El beso comenzó siendo una disculpa y una forma de consuelo, pero bastó la apasionada y desinhibida reacción de Ari para que él perdiera el control y se transformara en otra cosa.

Las suaves caricias se convirtieron en ansiosas cuando le introdujo las manos por debajo de la ropa para sentir la calidez de su piel y la forma de su cuerpo. Le deslizó los labios por la mandíbula hasta la clavícula. Olía maravillosamente y lo excitaba la forma en que ella se aferraba a él.

Nunca le había preocupado tanto el placer de una mujer. La levantó del suelo y ella lo rodeó con las piernas. Cayeron en la cama y comenzaron a desnudarse. Cuando sus pieles se rozaron por primera vez, él creyó que se moría.

Gustaba a las mujeres y a ellas les gustaba y sabía complacerlas. Pero ninguna ejercía un poder sobre él semejante al de Ari, que lo impedía pensar y, mucho menos, planear lo que iba a hacer.

La fue besando hasta llegar a los senos y comprobó que con la punta de la lengua la volvía loca de deseo. Dejó que lo tumbara de espaldas para colocarse encima de él y comenzar a frotarse sobre su erección.

Eso los excitó mucho, por lo que, tal vez, de ahora en adelante dejaría que fuera Ari quien tomara las decisiones en los contactos íntimos. Ella se deslizó por su masculinidad, lo que le provocó un gemido. Rodó para quedarse encima de ella y dejó que su instinto tomara el mando.

Cuando Ari llegó al orgasmo, él lo hizo a los pocos segundos y, aunque no fue su mejor actuación ni la más considerada, fue indudablemente la experiencia sexual más intensa de su vida. Estaba exhausto, era incapaz de pensar y no dejaba de sonreír.

—Ha sido... —no iba a reconocer que, hasta ese momento, no había tenido buen sexo—. Ha sido esclarecedor.

—Estoy de acuerdo.

¿Sonreía ella? Como no la veía bien, le recorrió los labios con la yema de los dedos, que ella mordió.

—Para. Intento saber si estás satisfecha. ¿Estás sonriendo?

Ella lo abrazó, colocó la cabeza debajo de su barbilla y le puso la mano en el corazón.

—Con todo el corazón.

—¿Porque estás satisfecha?

—Porque me haces feliz.

—Quiero estar seguro de que estás satisfecha. Si no es así, puedo hacerte otras cosas, hasta que mi pobre cuerpo esté listo para continuar.

—Ah, muy bien —esa vez él notó la sonrisa de ella en el pecho—. Podría estar más satisfecha, no te quepa duda.

—¿Estás segura? —le deslizó la mano hasta la rodilla y ella le puso la pantorrilla en el hombro, mientras él le besaba el interior del muslo.

Le acarició el centro de su feminidad con la lengua y ella arqueó la espalda. Y él utilizó el pulgar para acceder mejor a su objetivo.

—¿Pero segura de verdad? —ella se agarró a las sábanas cuando él le sopló en la carne sensible e inflamada.

—¡Estoy segura!

Pero él no hizo nada, porque lo satisfacía excitarla.

—¿Quieres que te suplique? —preguntó ella.

—Sí —contestó él admirado ante lo maravillosa que era Ari en la cama—. Desde luego que sí.

Reid se quedó cinco días más, que estuvieron repletos de sexo. Se dedicó a dictar nuevos parámetros al programa de conducción automática del camión, para que no acabara cada cinco minutos en un banco de arena. Ari se pasaba el día trabajando en su proyecto paisajístico. Abandonó la idea de presentarle los dibujos por ordenador y prefirió explicarle lo que quería hacer en diversas zonas, mientras paseaban por ellas. Él dio el visto bueno a sus planes, se negó a que ella hiciera el duro trabajo que requerían y acordaron contratar una cuadrilla de trabajadores durante dos semanas para llevarlo a cabo.

Discutieron sobre si Ari debía quedarse o si la cuadrilla debía ocupar ambas cabañas. Ari no veía motivo alguno para marcharse y sí para quedarse y supervisar el trabajo. Reid decía que debía ocupar la habitación de Gert en su casa y hacer un viaje de ida y vuelta de cuatro horas todos los días.

Sabía que se estaba comportando de forma absurda, mientras discutían sobre confianza en los demás, seguridad y estereotipos. Pero no estuvo tranquilo hasta que Ari agarró el móvil para llamar a Sarah, su antigua compañera de laboratorio, que tal vez estuviera buscando trabajo o conociera a alguien que lo buscara. Media hora después, Ari había

conseguido a dos trabajadoras, además de la hermana de Sarah, que era fontanera y tenía su propia excavadora.

Reid triplicó el coste del trabajo en el contrato que Ari le había presentado, lo firmó y dejaron de discutir para volver a hacer el amor.

Reid se habría quedado más tiempo, de no ser porque tenía varias citas médicas con distintos especialistas. Pidió a Ari que fuera a Brisbane el siguiente fin de semana para que viera el bebedero para pájaros que pensaba instalar, aunque ella ya lo había pedido.

—Lo único que quieres es volver a verme —bromeó ella, y él no se defendió. Era la pura verdad.

## Capítulo 12

MMM...

Reid odiaba los «mms» de Fink, el oftalmólogo.

No se trataba de que no fuera un buen conversador, ya que el médico hablaba cuando quería. Y dado que Fink era el mejor oftalmólogo del país, Reid confiaba en que supiera lo que decía, aunque a veces necesitara un diccionario para entenderlo.

Si su vista hubiera mejorado, esas expresiones durante aquel examen le habrían confirmado que todo iba bien. Sin embargo, era innegable que la vista no le había mejorado y que los dolores de cabeza eran cada vez más frecuentes.

Miró la luz brillante que el oftalmólogo le había indicado y la lámpara de hendidura le tomó fotografías de los ojos.

—Hemos terminado.

Cuando el médico rodó con la silla hacia una pantalla de ordenador montada en la pared, Reid se puso a su lado, aunque no tenía muchas posibilidades de ver lo que veía él, si no se acercaba mucho más. Pero, por si ayudaba a Fink a elaborar un diagnóstico y explicarle lo que le pasaba, se quedó mirando la pantalla.

—Mi vista no ha mejorado en este último mes, ¿verdad? —preguntó.

—En efecto.

—¿Por qué?

—Creo que porque el trauma de la cabeza y el daño del nervio óptico son tan graves que no va a recuperarse del todo. Ha avanzado, señor Blake, pero el sistema de recuperación del cuerpo es limitado. Siempre verá mejor con el ojo derecho que con el izquierdo y es posible que la pérdida de visión periférica no mejore. Vuelva a ponerse el parche en cualquiera de los ojos, a ver si así le disminuyen los dolores de cabeza. Lleve gafas de sol día y noche y observe si también lo ayuda con esos dolores.

—Supongo que recuperar el permiso de conducir es imposible —al principio pensó que podría hacerlo, pero había perdido la esperanza.



—Ya sé lo que quiere que le diga. Y también que algún imbécil experto en salud mental le habrá dicho que es posible, pero mi reputación profesional no corre peligro si le digo que nadie en su sano juicio va a dejarle volver a conducir.

—Entendido.

—¿Quiere solicitar una segunda opinión?

—No —se trataba de sus ojos, y sabía lo que podían hacer y lo que no—. ¿Le he dicho que he conocido a una mujer preciosa?

—¿Ah, sí? Pues parece que sus ojos aún sirven para algo —dijo Fink con voz risueña—. No veo señales de deterioro neurológico, así que no se desanime por los resultados de este examen. Que no haya habido mejoría puede indicar que se ha estabilizado. Los resultados de los futuros exámenes serán algo mejores o algo peores, dependiendo del día y de lo cansado que se encuentre. ¿Le duele la cabeza ahora?

—Sí.

—¿Cuánto, en una escala del uno al diez?

—Cinco.

—¿Se ha tomado un analgésico?

—Aún no, porque no quería que influyera en los resultados del examen.

—Siga inventando motores, señor Blake, y dígame a la enfermera que le dé un ibuprofeno al salir.

—No, estoy bien. Me tomaré uno cuando llegue a casa.

—Sé que las personas que han nacido donde usted tienen fama de duras, pero, por su propio bien, la próxima vez que le duela la cabeza tome la medicación que le voy a recetar.

—Gracias, doctor, pero todavía tengo la última receta que me dio.

—De acuerdo.

Descansar y recuperarse. Los únicos que creían que era algo positivo eran quienes no habían soportado durante interminables meses que les dijeran que disminuyeran el ritmo, se relajaran y cedieran el control a los demás.

A Reid, esa mañana ni siquiera lo calmó estar en el piso de Brisbane, especialmente diseñado para el descanso y la relajación.

Le había resultado muy difícil entregar las riendas de la empresa que había creado a otras personas, a pesar de que eran de fiar, visionarias y no necesitaban que estuviera al mando. Reid las había elegido muy bien. Incluso Judah se había ofrecido a ayudarlo. Esa mañana, mientras Reid se hacía el examen ocular, Judah había presentado las previsiones cuatrimestrales al consejo de administración; Judah, cuyo conocimiento de los motores solares era, como mucho, escaso, pero que creía incondicionalmente en el calendario programado por Reid para sacarlos al mercado.

Su hermano se estaba dejando la piel para que la empresa familiar siguiera funcionando mientras Reid se recuperaba. El negocio prosperaba sin él, lo que no debería dolerle, ya que indicaba que los cimientos que había establecido eran tan sólidos que lo seguían siendo sin él.

Sin embargo, cuanto más se prolongaba la recuperación, más inútil se sentía. Su seguridad en sí mismo y su puesto en la familia se basaban en su capacidad de resolver problemas; en su visión y su ética del trabajo; y en su inteligencia para haber creado una empresa valorada en millones de dólares por medio de sus contactos y del dinero que le había prestado la familia. No quería que lo apartaran como a un inútil.

Quería estar seguro de su valía personal.

Y, por primera vez desde los diecisiete años, cuando había desayunado con su hermano en la cafetería de una gasolinera, la ponía en duda.

Incluso Ari había tomado las riendas de su empresa en ciernes. Cuando acabara de desarrollar el proyecto paisajístico, dedicaría unas semanas a comprobar que los jardines crecían como debían y después se marcharía. Su trabajo comenzaba a ser conocido gracias a las fotos que Bridie había publicado en redes sociales y revistas. Ari podía triunfar.

Y eso hacía que la función de hada madrina de Reid fuera prescindible. Además, su encanto como príncipe azul dejaba mucho que desear, porque ya no se movía con la desenvoltura de antes. Soportaba lo mejor que podía ser un príncipe herido, pero odiaba ser un príncipe permanentemente discapacitado.

Se apoyó en la encimera de la cocina de la casa de Brisbane, mientras Judah se quitaba la chaqueta y se dirigía a la nevera, de la que sacó un zumo.

—El consejo de administración te apoya, al igual que los accionistas —dijo Judah. Reid se limitó a asentir, porque ese último logro nada tenía que ver con él—. ¿Me escuchas?

—Claro que sí. Me parece bien.

Pero Judah no se tragó el falso entusiasmo de su hermano.

—Creí que te alegrarías.

—Así es. Oye, ¿por qué no subimos a Kangaroo Point esta tarde? — el acantilado era un lugar de escalada en la ciudad, con excelentes vistas de la misma.

—¿Has vuelto a escalar?

—Sí —afirmó Reid. Iba a ser su primer intento, pero no hacía falta que Judah lo supiera.

—¿Puedes hacerlo? ¿Qué te ha dicho el oftalmólogo?

—Está muy contento con mis progresos. Todo va mejor.

—¿Y los dolores de cabeza? —preguntó Judah mirándolo fijamente.

—Forman parte del proceso de recuperación —no todo era mentira. Le habían dicho que podía hacer ejercicio con moderación. Quienes querían escalar por primera vez iban a Kangaroo Point, ya que no se necesitaba experiencia. Y Reid era un escalador experimentado. La pierna se le había fortalecido y el hombro dislocado ya estaba en su sitio. En cuanto a la vista... La disminución de la visión periférica lo obligaría a mirar todo el rato de frente. Pero necesitaba ponerse a prueba.

—¿Con quién vas a ir a escalar?

—Con Jules —era instructora profesional y campeona de escalada en interiores—. No le importará que vengas —le pagaba lo suficiente para que no le importase, y Judah tenía experiencia.

—Podría ir mañana por la mañana, porque esta tarde tengo una reunión con la Agencia de Protección Ambiental.

—No pasa nada —Reid no iba a reconocer que la presencia de su hermano lo había animado, después de una semana repleta de citas médicas y noticias cada vez peores sobre su salud.

Necesitaba un desafío, algo que lo estimulase y lo ayudara a sentirse útil de nuevo y a creer que valía para algo.

Ari no sabía si Reid había lanzado un satélite sobre el lugar donde se hallaba y por eso ni su equipo ni ella se habían quedado sin cobertura telefónica durante los dos meses anteriores.

Había reunido a un grupo de personas que querían seguir trabajando para ella. El siguiente proyecto era para un centro de información turística de una ciudad pequeña con el fin de convertirlo en la puerta de entrada de turistas a toda la zona. Después, ya tenía cerrado un contrato con una celebridad local en Sunshine Coast.

Al final del día entraba en Internet para consultar la previsión meteorológica y las noticias. Solía hacerlo mientras cenaba, pero ese día perdió el apetito al leer un titular: Un magnate multimillonario vuelve a caerse.

Dos fotos lo acompañaban: una, la de un grupo reunido en la cumbre del acantilado; la otra, una antigua foto de Reid de esmoquin.

¿Se había caído por el acantilado? No, había tenido un accidente escalando. Según un testigo, no había sido una caída grave. Estaba cerca de la cima y se había desmayado. Sus compañeros lo habían ayudado y llevado hasta la cima, donde lo esperaba una ambulancia. Según el artículo, su condición era estable.

Ari marcó con manos temblorosas el número que Reid le había dado, pero saltó el buzón de voz, y no dejó un mensaje. A continuación llamó a Bridie.

—Hola, soy Ari —dijo con voz ronca y vacilante—. He visto la noticia.

—¿Quieres saber cómo está Reid?

—Sí.

—Estamos en el hospital. Le están haciendo pruebas. Parece que está bien; enfadado con todo y con todos, pero bien.

—¿Qué ha pasado?

—Intenta sacarle información a alguien que no quiere dártela —Bridie parecía a punto de perder la paciencia.

—¿Tan mal están las cosas?

—Judah está muy preocupado y Reid nos dice que nos vayamos porque se encuentra bien, cuando es incapaz de firmar los papeles del hospital porque apenas puede leerlos.

—Yo... —¿querría él que estuviera allí? Él no le había hablado mucho de las heridas ni de la recuperación. Salvo aquella primer noche en la cabaña en que se habían tumbado juntos un par de horas, se había comportado como si no tuviera más problemas de salud que una ocasional disminución de la visión periférica—. Por favor, dile que he llamado.

—¿Quieres que te llame?

—¡Sí! —exclamó ansiosa.

—Se lo diré.

—Gracias —deseaba con todas sus fuerzas estar allí, pero no sabía si tenía derecho—. Me gustaría ir a verlo —su relación era reciente, pero era indudable que podía llamarlo y animarlo en persona, si él lo deseaba—. Estoy preocupada.

«Lo que estás es enamorada», pensó.

Eso también. Se había dado cuenta ante la posibilidad de no volver a verlo.

—¿Es un error que tenga ganas de gritarle?

—De ninguna manera: hazlo. Nosotros estamos andando de puntillas en actitud estoica y de apoyo, y no funciona. No soy médico, pero, si quieres saber mi opinión, ha intentado hacer más de lo que podía, pero no quiere reconocerlo porque se avergüenza. Y, Ari, te voy a decir algo porque sé que no vas a utilizarlo en su contra ni a contárselo a la prensa.

—Claro que no.

—Lo sé. Reid está luchando para aceptar que no volverá a estar en tan buena forma ni tan sano como antes. Intenta hacerlo entrar en razón, aunque eso lo impulse a criticarte y atacarte.

—Estoy acostumbrada. Mi padre era un alcohólico que no sentía mucho cariño por mí. No es que quiera contarte mi vida ni insinuar que Reid se le parece. En absoluto. Pero sé desenvolverme sola en este mundo imperfecto. Me enfrento a los problemas sin vacilar, salvo en lo que se refiere a mi padre biológico. Pero estoy en ello. Soy dura y tengo capacidad de recuperación y al final consigo lo que quiero. Si salgo ahora, llegaré por la mañana.

No sabía si lo que estaba diciendo tenía sentido.

—De todos modos, esperaré a que me llame.

—Le están haciendo una resonancia magnética. Le diré que has llamado. Y cuando yo vuelva a casa, podemos quedar a tomar un café, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —Ari tuvo la desagradable impresión de que lo único que había conseguido con aquella llamada era revelar su enamoramiento. ¿Y si él quería mantener la relación en secreto? ¿Y si solo se trataba de una aventura y no quería volver a verla?

Reid no le devolvió la llamada. Y Ari tardó una semana en darse cuenta de que no iba a hacerlo.

El equipo había terminado de trabajar en la última cabaña y estaba haciendo las maletas para volver a Brisbane. Ari estaba indecisa sobre si ir también, porque ¿qué iba a hacer allí? ¿Llamar a la puerta de Reid y pedirle que la dejara entrar?

«Sí. Te pidió que confiaras en él. ¿Y si está esperando que acudas en su ayuda, como él acudió a ayudarte?».

Cuando el equipo se dirigió hacia el este en un convoy de camiones, Ari fue con él.

Reid no esperaba compañía, así que cuando sonó el sistema de seguridad para anunciarle que alguien quería entrar, salió con calma del spa, agarró una toalla y se acercó a la pantalla de seguridad para ver quién era. Bridie y Judah, por fin, se habían ido esa mañana a su casa, tras varios días de estar con él y de asegurarse de que tenía todo lo necesario.

Iba al médico todos los días y un fisioterapeuta lo visitaba dos veces a la semana.

Fink, el oftalmólogo, lo había examinado en el hospital y en su casa, hacía dos días. Había recorrido la vivienda y le había hecho preguntas sobre el trabajo y su rutina diaria. Y después le había prescrito una serie de ayudas y aparatos para la vista.

Le preguntó dónde estaba la bonita mujer que había conocido y Reid le respondió que trabajando.

No quería que Ari fuera testigo de su debilidad y su miedo. Volvería a verla cuando estuviera bien, lo cual podría tardar mucho.

Acabó de secarse y se inclinó sobre la pantalla para ver quién había en la puerta.

Y allí estaba ella.

Llevaba botas, pantalones cortos, una camiseta, una mochila al hombro, gafas de sol y el cabello recogido en una cola de caballo. Parecía sucia y cansada, pero fuerte y sana. Y él se enfrentó a un dilema, porque quería y no quería verla a la vez.

—Hola —dijo ella con alegría, cuando le abrió la puerta—. Te estabas bañando —añadió al fijarse en la toalla.

—Ari —dijo él en tono frío—. ¿A qué has venido?

—Me he dado cuenta de que nuestra relación, amistad o lo que sea, se basa en que aparezcas de repente y sin avisar. ¿Acaso no puedo hacer yo lo mismo?

Sin decir nada, Reid se apartó para dejarla entrar. Si de verdad pensaba romper con ella, lo mejor no era hacerlo en la puerta, por si los oía alguien.

Ari se dirigió a la cocina, dejó la mochila en un taburete y se volvió hacia él con los brazos cruzados. Lo observó de pies a cabeza.

—No parece estar a las puertas de la muerte.

—No lo estoy.

—Bueno es saberlo. No has respondido a mis llamadas, ni siquiera a las de negocios.

Ni a las tuyas ni a las de nadie.

—Según Bridie, estás sumido en un pozo de autocompasión y desesperación —dio una vuelta alrededor de él lentamente, como si estuviera contemplando una escultura—. Entenderás mi preocupación, aunque debo señalar que tu trasero sigue estando muy bien, al igual que el resto de tu cuerpo. Eso no quiere decir que sea una persona superficial a la que solo le atrae tu físico, pero te he visto en peores condiciones.

—Estoy bien.

—No me lo creo.

—¿Qué quieres que te diga?, ¿que no he recuperado la visión?

—Sí, empecemos por ahí.

A Reid le brillaron los ojos de ira. Ella también estaba enfadada. Y si él no podía darse cuenta porque no la veía bien, se lo demostraría verbalmente.

—Me dijiste que confiaban en mí y te creí. Dijiste que era una persona valiosa, ingeniosa y fuerte, y también me lo creí. Necesitaba que

me echaran una mano y lo hiciste de modo incondicional. Somos amigos y algo más.

Mucho más en tan poco tiempo. Tal vez eso fuera parte del problema.

—¿Por qué no has confiado en mí para apoyarte? —dijo un paso hacia él.

—No voy a discutir contigo —contestó él retrocediendo.

—No estoy discutiendo, sino luchando por ti, por nosotros y por un posible futuro en común.

—No quiero que nadie cargue con mis limitaciones. Tú estás empezando y te espera todo lo bueno de la vida.

—Pero tú no.

—Te irá mejor sin mí, mucho mejor.

—Y eso que creía que iba a ser yo quien se resistiera a nuestra relación pensando que no estaba a la altura. No tengo dinero ni contactos ni me considero más inteligente que la mayoría. Sin embargo, me has hecho creer que se me puede valorar y querer por ser como soy, por ser Ari. ¿Por qué no puedes ser tú mismo, herido y sin buena visión periférica, pero entero y digno de ser querido?

Las defensas de Reid iban desmoronándose como si fueran cerillas. Debía apartarla de su lado, antes de caer a sus pies hecho un penoso guiñapo incapaz de dejarla marchar.

—Tu padrastro y tu hermanastro te echaron de casa. Y a tu padre no quieres ni verlo —dijo él con desprecio—. No puedes luchar contra tus demonios, ¿y pretendes hacerlo con los míos?

—¿Ese es tu argumento? —se acercó y le puso un dedo en el pecho—. Puedo luchar contra mis demonios y lo haré. Y después volveré a por ti. Mientras tanto, tal vez puedas matar a un par de los tuyos.

Se dirigió a la puerta.

—Te dejas la mochila —pero ella no se volvió.

—Te he construido un jardín sensorial repleto de texturas, sombras, agua y sonidos. Es un refugio para relajarse y renovarse, un lugar majestuoso y tranquilo que te he diseñado con todo mi amor. Los planos están en la mochila. ¿Qué más da que no puedas ver todo lo que he escrito?



<https://www.facebook.com/novelasdescargas>

Tú eres el que posee recursos ilimitados. Si no quieres ir a experimentarlo por ti mismo, haz que alguien te lo explique.

Las puertas de la casa se cerraron suavemente. Él se apoyó en la de salida y se apretó los ojos, que de repente le picaban.

Ella había hablado apasionadamente y la quería por eso. En realidad, la quería y punto. Se había dado cuenta en algún momento de la discusión

¿Pero cómo iba a permitir que se quedara y a hacerla feliz, si no veía lo que tenía delante?

Debía dejar que se fuera. Sus limitaciones no eran responsabilidad de ella. Al final se daría cuenta de que tenía razón.

## Capítulo 13

**A**RI estaba desconsolada. Reid era un imbécil, pero no se daría por vencida. A veces había que hacer frente al mal tiempo hasta que volvía a salir el sol. Mientras se dirigía hacia el oeste pensó que Reid tenía razón en algunas cosas. Ella seguía teniendo problemas personales que solucionar antes de exigirle a él que resolviera los suyos. Pero como era una mujer segura de sí misma, con mucho amor y energía que ofrecer, podría hacerlo.

Agarró el móvil y llamó a la única persona que nunca le había fallado.

—Hola, Gert, ¿puedo quedarme en tu casa unos días?

—Ya sabes que sí ¿Cuándo vienes?

—Mañana. Acabo de salir de Brisbane. Pasaré la noche en un motel.

—Creí que seguías en Cooper Crossing.

—Acabamos ayer. Quería darle la buena noticia a Reid.

—¿Cómo está?

—De muy mal humor. Le resulta difícil aceptar que, después del accidente, no volverá a ser el mismo —le explicaría los detalles cuando la viera. No estaba segura de lo que sabía Gert sobre su relación con Reid. No se lo había ocultado, sino que había estado muy ocupada.

—Tenía que ocurrir —dijo Gert suspirando—. Siempre se ha mostrado optimista ante los demás, incluso después de recibir un duro golpe. Es como si creyera que la gente no soportaría que todo lo que lo rodeara no fuera positivo.

—Voy a ir a ver a Patrick y a Jake —su padrastro y su hermanastro—. A ver si aclaramos la cosas de una vez y puedo olvidarme de todo aquello.

—Creo que no es buena idea. Patrick lleva borracho varios días.

—¿Qué lo ha provocado esta vez?

—¿Quién sabe? No es un buen hombre.

—Puede que lo fuera hace tiempo.

—No, Ari. Se bebió el dinero reservado para tu educación, te echó de casa de tu madre en cuanto ella murió y amenazó a su hijo con darle una paliza si se relacionaba contigo.

—Últimamente, Jake me saluda con la cabeza cuando me ve. Va a cumplir dieciocho años. Lo ayudaré, si quiere salir de esa casa.

—Te escupió.

—Tenía diez años —Ari no esperaba que la hubiera defendido ante los ataques de Patrick. Tampoco que la escupiera, pero entendía que lo había hecho para ganarse el favor de su padre. Hasta entonces, su relación había sido buena.

—Quiero ayudarlo ofreciéndole un puesto en mi equipo cuando trabajemos en los jardines del centro de información turística.

—Eso sería como pedirle que declarara la guerra a su padre.

—Lo sé. Y puede que vuelva a escupirme, pero, de todos modos, voy a ofrecerle una forma de escapar de las garras de su padre, del mismo modo que tú me la ofreciste.

—De acuerdo —dijo Gert—. Vamos a luchar por él.

—Gert, ¿te suena el nombre de Deacon Murray?

—No.

—Búscalos en Internet, a ver si su rostro te resulta conocido.

—¿Por qué?

—Creo que puede ser mi padre biológico. Voy a escribirle para preguntarle qué sucedió, por qué me mandaba dinero a través del padre de Reid y por qué no ha querido conocerme. Y a ver qué pasa.

—¿Esperas algo de él?

—Nada, salvo respuestas, si es que es mi padre. Intento ir hacia delante para ser quien quiero ser. Me debo a mí misma enfrentarme a mis demonios para poder avanzar confiando en mí misma y para tener la suficiente autoestima para permitirme amar.

—Hasta mañana —dijo Gert—. Conduce con precaución.

Ari llamó por teléfono mientras paseaba por la habitación de un motel de carretera de tres estrellas. Estaba limpia y eso le bastaba, a pesar de llevar meses viviendo en bonitas cabañas ecológicas. El lujo le daba igual.

No tenía el número personal de Deacon Murray, pero sí el de la empresa. Le contestó una voz femenina.

—Hola, me llamo Ari Cohen y querría hablar con el señor Deacon Murray, por favor.

—¿Espera su llamada, señorita Cohen?

—No, pero le agradecería que le dijera que lo he llamado. Voy a mandarle a usted mi dirección electrónica para que se la haga llegar.

—Muy bien. Le diré que ha llamado y le daré su dirección electrónica.

¡Qué mujer tan eficiente, quienquiera que fuera!

Ari se apartó el cabello del rostro. No había terminado de enfrentarse a sus miedos, pero había empezado.

Eran las seis y diez de la tarde y a Ari aún le quedaban cientos de kilómetros de camino de tierra para llegar a casa de Gert. Le sonó el móvil y en la pantalla apareció un número desconocido. Detuvo el vehículo. Allí no hacía falta salirse de la carretera. Agarró el móvil, podía ser un cliente.

—¿Sí?

No hubo respuesta.

—¿Diga?

—¿Ari Cohen? —el hombre carraspeó—. Soy Deacon Murray. Ari se quedó sin habla.

—Creo que sé por qué me ha llamado. Llevaba esperándolo mucho tiempo y preguntándome qué le diría llegado el momento.

Le iba a decir que no, pensó ella.

—Tengo tres hijos.

Y Ari se dijo que quién iba a querer una hija teniendo tres varones.

—Y una esposa que lleva cuarenta años a mi lado. Iba a negar que había conocido a su madre.

—Y los quiero mucho.

¿Por qué iba a confesarles que había dado dinero a su madre? Había fingido que era obra de lord Blake, que él nada tenía que ver. Lo veía venir.

Iba a negarlo todo.

—Lo escucho, señor Murray.

—¿Qué quiere?

—Saber quién es mi padre. Si es usted, me gustaría conocerlo para acabar con este asunto de una vez para siempre.

No iba a acceder.

Él volvió a carraspear.

Los hombres eran cobardes

—En nombre de mi familia y de mí mismo, querría invitarla a una barbacoa en mi casa, este domingo. Tenemos muchas ganas de conocerla.

Dos horas después, Ari seguía en estado de shock al entrar en la cocina de Gert. Había accedido a la invitación y colgado inmediatamente, temerosa de que la emoción la impidiera seguir hablando. Tenía dos días para recuperarse y conocer a la numerosa familia que tenía su padre.

Era poco tiempo y tenía mucho que asimilar, pero no iba a desaprovechar la oportunidad.

Al ver a un joven en la cocina de Gert se sobresaltó.

—Jake, hola. Siento llegar tarde, Gert.

—Llegas en el momento justo —contestó Gert señalándole el horno—. Iba a servir la cena.

Ari fue al cuarto de baño a lavarse y, cuando volvió, Jake estaba partiendo la carne, mientras Gert servía la ensalada y las patatas asadas.

Hasta la mitad de la cena, durante la que básicamente había hablado Gert, Ari no se sintió capaz de volverse hacia su hermano, que había permanecido en silencio, con la cabeza gacha y devorando la comida.

—Tengo una empresa de paisajismo y un buen equipo que trabaja conmigo. Necesito un trabajador para un proyecto que me han encargado para un centro de información turística.

—¿Cuánto pagas? —preguntó él sin mirarla.

—El salario establecido para alguien de tu edad y las dietas que mis empleados reciben por dormir fuera de casa. Puedo mandarte la información, si estás interesado. Es un trabajo de jardinería sencillo, pero, si no estás dispuesto a que te dé órdenes, no lo aceptes, porque te aseguro que no durarás ni un día —no iba a molestar al equipo con peleas familiares.

Se preguntó si debía hablarle del pasado feliz que habían compartido. Y decidió hacerlo.

—Eras un niño cuando me fui de casa. Ahora no nos conocemos, pero sí conozco los defectos de tu padre y su furia. Me fio de la palabra de Gert, que afirma que no eres como él.

Jake alzó la cabeza y la miró a los ojos. Iba camino de ser un hombre guapo y fuerte, muy parecido a su padre.

—No soy como él.

—¿Estás seguro?

—No soy como él —repitió Jake—. Trabajaré para ti. Quiero el empleo.

—Empezarás el martes que viene y me ayudarás a buscar plantas y a ordenar materiales.

—Me muero de ganas —sonrió levemente.

—Acabad de comer —dijo Gert con expresión afectuosa. Parecía que enfrentarse a viejos demonios no era tan difícil.

## Capítulo 14

**E**L problema de que Reid hubiera discutido con Ari era que aún tenían que relacionarse profesionalmente. Reid le había prometido que ella no saldría perjudicada si la relación sentimental no funcionaba. Hasta entonces no había cumplido la promesa, pero lo haría muy pronto.

Por primera vez en la vida había permitido que su cuñada lo llevara a Jeddah Creek. Aunque ya no era su casa, conservaba los recuerdos de su infancia.

La idea de escalar Kangaroo Point solo había servido para que todos comprobaran su fragilidad física. La empresa se había resentido. Se había alejado de sus amigos porque ansiaba estar solo. Incluso había intentado alejarse de Judah y Bridie, pero ellos se lo habían impedido.

Agradecía que se esforzaran en que se sintiera parte esencial de la familia, pero lo que verdaderamente deseaba era tumbarse en la cama con Ari, tomarla de la mano y decirle: «No logro ser quien era. Tengo que crear un nuevo yo, pero, por primera vez en mi vida, me siento cansado».

Pero ¿en qué quería convertirla?, ¿en su enfermera?, ¿en el chivo expiatorio de sus frustraciones? ¿Qué clase de persona sería si le hacía eso a alguien a quien...?

Al alguien a quien amaba.

Era preferible estar acostado a oscuras y fingir que hacía lo que el doctor le había mandado, descansar y relajarse, cuando, en realidad, estaba cayendo en una profunda depresión.

La puerta del dormitorio se abrió, pero él siguió con los ojos cerrados. Bridie no habría entrado sin llamar a la puerta. Judah no estaba en casa.

—Tío Reid —susurró una vocecita—. ¿Estás despierto?

—Sí.

—¿Te estás escondiendo?

—No, ¿qué pasa?

—¿Has visto a Fluffy Wuffy?

¿El terror gris? ¿La pesadilla de su hermano? Se hallaba profundamente dormido en la cama, apoyado en la pierna de Reid, pero estuvo tentado de decirle que no lo había visto.

—Está aquí.

—Duerme mucho —afirmó Piper—. Igual que tú.

—Sí, tengo que descansar y relajarme.

—Mamá dice que, aunque tengas mejor aspecto, no estás mejor —se acercó a la cama y acarició al gato.

—Tiene razón.

—¿Ya no volverás a ver bien?

¿Había oído a Bridie hablar de ello o había llegado a esa obvia conclusión observándolo?

—No, pero soy rebelde, y un día construiré un ojo robótico que vea por mí.

—Yo también voy a ser rebelde —afirmó la niña y Reid sonrió.

No tenía duda alguna de que su sobrina pondría a prueba sus límites toda su vida. Como heredera de miles de millones de dólares, ¿al hacerse adulta lamentaría que la gente la considerara una fuente de ingresos, una vía hacia la riqueza y una buena posición social? ¿O se alejaría de los demás, como había hecho él?

¿Encontraría a las Ari de este mundo sin tener que hacerlo con el cuerpo destrozado?

Eso esperaba.

—¿Jugamos a conducir un camión?

Reid se incorporó apoyándose en un codo justo en el momento en que el gato se despertó y comenzó a lavarse la cara.

—¿Cómo se juega?

—Buscamos un camión vacío, nos montamos y fingimos que conducimos, aunque también puedes darme una clase de conducción.

—Tienes nueve años

—Pero ya casi llego al embrague.

—Piper, ¿no te he dicho que no molestes al tío Reid? —Bridie se quedó en el umbral de la puerta.



—Me dijiste que no lo despertara, pero estaba despierto. Y ha secuestrado a Fluffy Wuffy.

—Eso no es verdad —protestó él—. Llévatelo.

—Ari acaba de llamar —dijo Bridie—. Me ha dicho que te había llamado.

—Estaba dormido.

—En su contrato se especifica que alguien debe hacer una inspección definitiva a la sexta zona. Yo he hecho la de las cinco primeras. ¿Te encargas tú? Podrías llegar esta tarde en helicóptero. Me ha dicho que la sexta es la preferida de su equipo y también la de ella. Tiene un talento increíble.

—Dile que anulamos esa cláusula del contrato y que lo damos por finalizado.

—Bridie le pegó en la cabeza con una almohada—. ¡Cuidado con mi cabeza!

—Levántate y se lo dices tú. Piper, llévate el gato a la cocina y dale de comer. Y quédate abajo hasta que llegue yo.

Sorprendentemente, su hija aceptó sin rechistar. Reid se sentó y se colocó la almohada detrás.

—¿Hay algo que quieras decirme? —nunca había visto a Bridie tan enfadada.

—Sí, llevo queriendo decírtelo hace tiempo. Deja de compadecerte de ti mismo. Levántate y vete a hacer la inspección del trabajo que comenzó como un proyecto tuyo. Y alaba a Ari por el buen trabajo realizado, del que se encargó porque se lo pediste.

—En primer lugar, Ari se ha beneficiado de mi mecenazgo, por lo que no le debo nada —afirmó Reid con frialdad—. Y en segundo lugar, no creo que sea asunto tuyo decirme cómo debo dirigir la empresa —claro que la mitad de las cabañas eran de ella y estaban juntos en el negocio.

Bridie lo fulminó con la mirada.

—Te lo digo con todo el cariño del mundo: eres idiota.

—¿No recuerdas que soy un playboy? Una mujer no puede esperar de mí nada más que una breve aventura. La elijo, la conquisto y se acabó —era indudable que diciendo semejante barbaridad conseguiría que Bridie se fuera.

Pero ella se limitó a cruzarse de brazos.

—No digas tonterías

—Es que no me has visto comportarme como un playboy.

—Lo que nunca te he visto es tan feliz como cuando fui a recogerte, hace mes y medio, donde estaba trabajando Ari. Después, te desmayaste haciendo escalada y decidiste que eras un inútil, lo que es falso, y cortaste todo contacto con la mujer de la que estás enamorado y que te corresponde. Así que dime qué pasa.

—Ella no me corresponde. Para ella solo he sido el medio para alcanzar un fin. Pero no pasa nada.

—No me lo creo, Reid. Ari te importa más de lo que das a entender. Me doy cuenta. Te estás perdiendo cosas maravillosas por un... problema físico menor.

—Esta charla para levantarme la moral, ¿tiene algún propósito?

—Ya te lo he dicho: levántate y ve a ver a Ari. Inspecciona el trabajo, dile que es un genio, porque es verdad. Y resuelve vuestra situación personal. Me da igual que finjas ser un playboy. Aclara las cosas.

—Están claras —renunciaba a Ari por el bien de ella—. ¿Hemos terminado? Bridie vaciló.

—Sabes que te quiero y no creo que seas un inútil o cualquier otra cosa que se te ocurra. De acuerdo, hay cosas que ya no puedes hacer. ¿Y qué? Céntrate en lo que puedes hacer.

—Bridie, me has dicho lo que piensas y te lo agradezco. Creo que llevo demasiado tiempo aprovechándome de tu hospitalidad. Me marcho a casa dentro de una hora.

—¿A qué casa?

—A Cooper Crossing.

—Allí ya no queda nadie.

—Justamente.

Una hora después, Piper, muy ansiosa, se hallaba frente a la puerta que conduciría a Reid al helicóptero y al piloto que lo esperaban. Reid llevaba una bolsa de equipaje y las gafas de sol polarizadas.

Quienes sostenían que la ausencia de un sentido desarrollaba otros tenían razón. Desde que Reid había perdido vista, era capaz de interpretar el lenguaje corporal de las personas.

—¿Vuelves mañana? —preguntó Piper.

—No, pero volveré.

—¿Y volverás a ser el de siempre?

¡Qué pregunta!

—Puede que sea un poco distinto, pero la gente cambia. Tú lo harás cuando crezcas, e incluso después.

—Pero te seguiré queriendo, aunque hayas cambiado. No hace falta que me enseñes a conducir. Podemos divertirnos haciendo otras cosas.

—Tienes razón.

—Puedo leerte —Piper comenzó a cambiar el peso de un pie al otro. Su ansiedad aumentó la de Reid—. Si te apetece.

—Me encantaría.

—Y estoy aprendiendo a cantar. Tú también podrías ir a clase.

—Claro.

—¿Quieres llevarte a Fluffy Wuffy para que te haga compañía?

—No, gracias, Pip. Te iba a echar mucho de menos.

—No lo hará, si está contigo.

Reid no llegó a saber cómo logró salir de la casa sin venirse abajo.

—Lléveme a las cabañas de la sexta zona —dijo al nuevo piloto que su hermano Judah había contratado hacía seis meses, cuando quedó claro que los días de pilotar se habían acabado para Reid. El hombre era muy competente y, tras asentir, no sintió la necesidad de darle conversación.

¿Qué importaba que no fuera Reid quien pilotaba? Podía ver el cielo azul y experimentar la sensación de ir a alguna parte. Tenía que inspeccionar una zona de trabajo y estaba contento de tener una responsabilidad que cumplir.

No era un completo inútil. Si todo lo demás le fallaba, podría pasar las horas torturando a sus seres queridos con su canto. Tal vez necesitara verdaderamente reexaminar sus prioridades y emprender un nuevo camino. Parecía que Bridie, con aquel almohadazo, le había hecho recuperar la sensatez.

Incluso estaba deseando hallarse en el espacio ajardinado de Ari. Ella no estaría. Bridie le había dicho que se hallaba trabajando a cientos de kilómetros de allí.

Le mandó un mensaje a Ari, en respuesta al suyo, para decirle que ese día inspeccionaría la sexta zona y que esa tarde esperaba dar por cumplido el contrato. Ella le envió una breve respuesta: Gracias por haberme dado la oportunidad de darme a conocer.

Una hora después, el piloto aterrizó a poca distancia de la zona.

—No sé cuánto tardaré.

—Tengo que revisar varios documentos y papeles.

—Si quiere, utilice una de las cabañas. Iré a buscarle cuando acabe.

Se dirigieron juntos hacia las tres cabañas. La zona sexta era su preferida. Se había construido en la curva de un curso de agua permanente. Los eucaliptus dominaban el paisaje hacia el suroeste. Incluso con su limitada visión, veía los troncos y las hojas brillar con los últimos rayos de sol.

Antes del trabajo de Ari, unos cuantos árboles y matorrales rodeaban las tres cabañas, entre las que había senderos para ir de una a otra. Los días calurosos o ventosos no invitaban a salir de ellas. En cambio ahora...

El piloto se dirigió a la cabaña más cercana. Reid caminó hacia el sendero que rodeaba los edificios, cuyos bordes delimitaban acacias y plantas en flor.

Ari había rodeado la zona ajardinada con postes de acero muy juntos entre sí que dejaban pasar a animales pequeños, pero impedían el paso a los grandes. Un puente cruzaba un arroyo lleno de rocas y arbustos, donde se oía el zumbido de insectos y el croar de las ranas. Reid supuso que también habría serpientes y lagartos, aunque no vio ninguno.

Ari le había dicho que en el paraíso había serpientes, como exigía el equilibrio natural, y que se había esforzado para que los visitantes no salieran de los senderos. Alrededor de las cabañas había sitios para sentarse y refugios contra el sol, así como un pozo de fuego.

En una plataforma protegida por una pared se hallaban instaladas dos bañeras de porcelana, con una rústica mesa de madera entre ambas. Reid abrió un grifo y dejó que el agua clara y cálida se le deslizara entre los dedos. Notó el fuerte olor a eucalipto.

La red de suministro de agua era obra de un genio. Toda la instalación para cultivar plantas y redefinir el hábitat era ambiciosa, posiblemente temeraria, y Reid pensó que los científicos estudiarían el progreso del sistema en años venideros.

Al principio no se percató de la presencia de Ari. No la oyó acercarse debido al ruido del agua al caer en la bañera. Al volverse estaba allí, apoyada en la pared y observándolo en silencio. Llevaba ropa de trabajo y no parecía sorprendida por su presencia.

Él, en cambio, se sorprendió mucho al verla. Y también se alegró, a juzgar por el vuelco que le dio el corazón.

—No te esperaba.

—Bridie me ha dicho que estabas de camino y, como no estaba lejos, me he acercado.

—Invadiendo una propiedad privada.

Ella se metió las manos en los bolsillos de los pantalones cortos y asintió.

—Otra vez.

A él le encantaba el sonido de su voz, su ingenio y su sentido práctico. Ari pertenecía a aquella remota y desierta zona de Australia más que cualquier otra persona que conociera.

Nunca se había sentido tan tímido. No sabía qué decir.

—¿Qué te parece? —preguntó ella—. He planeado tres visitas: una por la mañana, otra al mediodía y otra a la hora del crepúsculo.

—Son las cinco y media.

—Ya lo sé. Pero, si no quieres hacer la visita, te diré que he plantado en la zona alrededor de las bañeras árboles de té, que tiene propiedades antisépticas, acacias, que sirven para calmar el dolor, y robles hembra, cuyas bellotas son buenas contra el reuma. El aloe de aquel tiesto alivia las quemaduras de sol. Gert tiene una receta para hacer una crema y he pensado que estaría bien dejar un tarro en las cabañas, junto con la receta, aunque eso escapa a mi cometido. Ese olor dulce procede de la boronia parda. He conocido a un hombre que las plantaba en portainjertos y he plantado cientos de ellas.

Podría seguirla escuchando hablar de plantas hasta el fin de los tiempos.

—¿Sobrevivirán?

—De momento, lo hacen.

—He pedido a los ingenieros del taller que me leyeran los esquemas sobre el sistema de distribución de agua que me habías mandado. Al igual que yo, admiran tu trabajo.

—Gracias. Ha sido la primera vez que he tenido que ocuparme de un sistema permanente de provisión de agua.

—Pues los resultados hablan por sí solos. ¿Va bien la empresa?

—Muy bien. Tengo tantas llamadas que no sé qué hacer. Me da la impresión de ir en un tren fuera de control, y no soy yo la que lo conduce.

Al principio de su carrera, él también se sentía así, aunque no lo había reconocido con la misma facilidad que ella. Necesitaría buenas personas a su lado que la orientaran y la apoyaran. Él podría...

No. Debía retirarse y dejar que triunfara.

—¿Te has dedicado a matar demonios últimamente? —preguntó ella en tono ligero, aunque no era una pregunta cualquiera: dirigía la conversación hacia el terreno personal. —No, ¿y tú?

—He contratado a mi hermanastro a tiempo completo. Trabaja mucho y todo va bien. Y he ido a casa de mi padre a comer con toda su familia. Todos fueron muy amables, incluso la perra que tienen, que está preñada. Creo que dije que me quedaría con uno de los cachorros. Para ser sincera, no estoy segura de lo que dije. El miedo al rechazo me hace hablar sin pensar lo que digo. Como ahora, por ejemplo.

—¿También te has puesto en contacto con tu padrastro?

—No, es muy arriesgado. Ahora se dedica a beber. Ahí no voy a entrar. —Haces bien.

—Tengo un instinto de conservación muy desarrollado, a diferencia de otras personas. Él se merecía esas palabras.

—¿No te gustaría que pudiéramos volver a la tienda de campaña simplemente a hablar? —preguntó ella—. A mí me encantaría, porque entonces fuimos sinceros sobre lo que necesitábamos y no nos importó mostrarnos vulnerables.

—Fue maravilloso.

—No dejo de preguntarme qué debo decir o hacer para que sepas lo mucho que te respeto —él se quedó inmóvil y ella respiró hondo—. Estoy

locamente enamorada de ti, pero creo que no te lo dije la última vez que hablamos. Me pregunto si no te has dado cuenta, ya que tu vista no es la que era.

¿Necesitas ver que me ilumino como el puente de la bahía de Sídney cada vez que te veo? A él le encantaría verlo.

—Deberías preguntar a mi equipo cómo reaccioné al enterarme de que habías tenido un accidente escalando. No dejaba de dar vueltas con el móvil en la mano intentando hablar contigo. Ya sabía que eras bueno y generoso y que me sentía bien estando a tu lado, pero ese día me di cuenta de que lo mucho que deseaba tener el derecho de estar contigo para ayudarte.

—Solo quieres que alguien te necesite. Y me niego a ser tu paciente.

—Ya lo había pensado —se puso a la defensiva cruzándose de brazos—. Es otro de los demonios a los que me he enfrentado, porque, en efecto, me gusta sentirme necesitada. Al ayudarte cuando estabas herido me pareció que estaba haciendo algo valioso. Y después hiciste lo imposible para que me sintiera bien siendo yo misma. Me convenciste de que tenía mucho que ofrecer, así que aquí estoy, intentando ganarme tu atención y tu amor. Volvió a respirar hondo.

—No puedo obligarte a que me quieras; sería estúpido intentarlo. Pero si te alejas de mí porque hay partes de tu cuerpo que no funcionan como antes y porque crees que no puedes ofrecerme lo suficiente, deja de pensar así.

Abrió los brazos como si se ofreciera a él por entero.

—La pérdida de visión no va a impedir que quieras a alguien con toda tu persona. Hay muchas formas de conectar con los demás, de demostrarles amor y de sentirlo. Eso es lo que he venido a decirte. Si esto es el final de nuestra relación, no me gustaría acabar enfadada contigo. Te mereces algo mejor. Y yo también puedo ser mejor.

—Llegarás lejos, Ari.

—Puede ser —se dio palmaditas en el corazón—. Pero ¿y este? Es tuyo. Ya sabes dónde encontrarme, si quieres ponerte en contacto conmigo.

—¿Puedo darte un beso de despedida?

—Es mejor que no lo hagas. Rompería a llorar. Él cerró los ojos y ella se marchó.

## *Capítulo 15*

**T**RAS una semana de soledad, Reid comenzó a reconsiderar la decisión de haberse apartado de Ari. Al cabo de dos semanas, se fue a vivir a una de las cabañas de la sexta zona, donde recorría los caminos trazados por ella varias veces al día. Por las mañanas oía el canto de los pájaros; a mediodía buscaba los lugares sombreados; al atardecer se bañaba en una de las bañeras mientras contemplaba la puesta de sol.

El móvil no dejaba de sonarle, pues sus empleados recababan su opinión sobre diversos asuntos, por lo que llegó a la conclusión de que no era prescindible, como creía, y de que el cerebro le funcionaba igual de bien que siempre. Era una pieza clave en una empresa que había tardado años en crear, y eso no iba a cambiar porque su vista hubiera dejado de ser excelente.

Fue deshaciéndose de sus demonios, con la ayuda del paso del tiempo y con el descubrimiento de que seguía siendo útil y necesario.

El paisaje de Ari lo envolvió en su magia y lo hizo entrar en razón. Nunca había conocido a nadie como Ari, con quien estaría orgulloso de compartir la vida. Y Ari solo esperaba que reconociera lo que ella ya sabía.

La felicidad consistía en pasar la vida con alguien a quien querías y que te correspondía, con independencia de los límites y dificultades que el futuro deparara.

Y supo que renunciar a Ari le resultaba imposible. La amaba.

La necesitaba. Y la deseaba.

Reid se hallaba sentado a la mesa que había entre tres de las cabañas. La visita de su hermano y su cuñada no iba según lo previsto. Su historia médica se hallaba ante ellos y Judah se esforzaba en desempeñar el papel de hermano mayor y aprovechar la incomodidad de Reid.

—Repíteme lo que estamos buscando —dijo Judah.

—Cualquier cosa que deba explicar a alguien que quiera tener una relación sentimental conmigo; a mi futura esposa, por ejemplo —si iba a buscar a Ari, le presentaba su futuro desde el punto de vista médico y le



suplicaba que lo perdonase, quería un consejo sobre la información que debía proporcionarle.

Por ejemplo, ¿debía hablarle, en primer lugar, de su posible problema de reproducción?, ¿o de la pieza de metal que aún tenían que extraerle de la cabeza?, ¿o darle una explicación exhaustiva de los límites de su vista?

—Comienza por la vista —dijo Bridie—. Está peor de lo que creía —añadió con preocupación tomándolo de la mano—. Me molesta que no nos lo hayas dicho.

—Creí que mejoraría y no quería preocuparos.

—Vuelve a contarme cómo es posible que Ari te dijera que no le importaba nada de todo esto y que la rechazaras —murmuró Judah.

—Debería haberte atado y convencido —afirmó Bridie, y a Judah se le atragantó el café.

¿Podía surgir algo útil de la precipitada decisión de Reid de llamar a su familia para que lo ayudara a enfrentarse a Ari? Se merecía un gran gesto.

—¿Qué pasa, Judah? ¿Estás de acuerdo? Judah recobró la compostura a toda prisa.

—Después de decirle la verdad sobre el estado de tu vista, podrías mencionarle que tienes una prótesis de cadera, que no tienes bazo y que tendrán que operarte la arteria por la ingle. Y podrías terminar con esta perla del equipo de especialistas: «La rápida recuperación del señor Blake ha sido milagrosa» —el tono de voz era seco e indicaba desagrado. A Reid no le hizo falta verle el ceño fruncido para captar el mensaje—. ¿Por qué no nos lo dijiste?

—Bueno, no quería... No quería parecer débil. Por eso me quedé conmocionado al verme en las fotos inconsciente, tras el accidente de escalada, y siendo atendido por desconocidos. Y esas fotos se publicaron en las redes sociales: mi fragilidad a la vista de todos —Reid apeló a su hermano, que se había pasado siete años en la cárcel dándoselas de tipo duro para que los otros presos lo dejaran en paz—. Judah, sabes que hay momentos en que un hombre no puede parecer débil.

Judah se mesó el cabello y miró a Bridie, que lanzó un bufido y alzó las manos.

—Es evidente que nos necesita.

—¿Creéis que debo humillarme antes o después de presentarle los hechos? —preguntó Reid indicando con las manos la historia médica.

—Antes —afirmó Bridie.

—Ni siquiera estoy seguro de que necesites presentarle los hechos —murmuró Judah.

—Quiero que me ayudéis a redactar un correo electrónico sobre mis problemas de salud. Y quiero que me digáis qué pensáis que debo hacer al ver a Ari —no quería volver a fallarle.

—Tengo una idea —dijo su cuñada esbozando una sonrisa resplandeciente.

## Capítulo 16

**C**UANDO Ari recibió el correo electrónico de Reid, con toda la historia médica y una breve explicación de que por eso había querido romper con ella, no supo qué pensar.

La historia médica le revolvió el estómago. Reid lo estaba pasando mucho peor de lo que parecía. Le decía que le agradecería que reflexionaba detenidamente sobre la información para que se hiciera una idea de lo que significaría para su futuro, si decidían compartirlo, querer a alguien como él. La informaba detalladamente de todo para que tomara una decisión racional.

Pero ¿desde cuándo el amor era racional? Y después se leía lo siguiente:

¿Y si no responde? ¿Cuánto tiempo dejo pasar antes de llamarla? ¿Le digo que la llamo en un par de días? No, suena desesperado. Debería decirle que me llame si necesita más información. O no. Simplemente firmo.

¿De qué te ríes, Judah? ¿Que cómo sé que te estás riendo? Porque te veo la blancura de los dientes. Ayúdame a escribir esta maldita carta.

¿Ponemos, «atentamente, Reid»? Siempre firmo así las cartas.

¿Y a esto lo llamas ayudarme? Acaba y mándala. Tuyo,

Reid Felicidades, Judah

Ari lo leyó cientos de veces sonriendo cada vez. Esperó un día, para asimilar la información. Antes de responder.

Querido Reid:

Eso explica muchas cosas, pero no todo. Por cierto, tu hermano es genial.

¿Quieres que quedemos para hablar de nuestros proyectos para el futuro? Estoy muy ocupada preparando el nuevo trabajo, pero libro el sábado.

Tuya, Ari

Reid le mandó un correo de respuesta en el que la invitaba a ir a Jeddah Creek, el sábado a las cuatro de la tarde. Si quería, podía quedarse a cenar y utilizar la habitación de Gert para pasar la noche. Ari accedió a todo. Era evidente que él había vuelto a casa de su hermano a pasar una temporada, pero había muchas habitaciones para hablar en privado.

Y ella deseaba volver a echar un vistazo a la biblioteca de la familia.

El sábado por la mañana recibió un mensaje de Bridie en el que le decía que iba a mandar un helicóptero a recogerla para que no tuviera que ir en coche. Ari había vuelto a casa de Gert para dejar a Jake y volvía a estar en la carretera.

Así que no rechazó la propuesta de Bridie.

Cuando vio que el campo al lado de la casa estaba lleno de avionetas, jets de lujo, todoterrenos y tiendas de campaña, se volvió hacia el piloto.

—¿Qué pasa ahí abajo?

—Es por el baile.

—¿El baile?

—Un baile de primavera para recoger fondos para los servicios sanitarios rurales. ¿Le suena?

—¿Y es esta noche?

—Empieza a las seis.

Bridie no le había dicho nada. En el último baile celebrado allí, Ari formaba parte del servicio.

Hacía calor y había mucho polvo en el sitio en que aterrizó el helicóptero. Piper estaba sentada en los escalones, con un gato gris a su lado. Se levantó de un salto y la saludó agitando la mano con entusiasmo.

—¡Mamá, ya ha llegado!

Bridie apareció llevando un precioso vestido amarillo sin mangas, con el cabello en un moño alto y muy bien maquillada. Ari se sintió fea a su lado.

—Llegas justo a tiempo —Bridie la abrazó—. La peluquera ha terminado conmigo, así que te toca a ti.

—Hola, Bridie. Gracias por mandarme el helicóptero. Veo que estás muy ocupada y estoy segura de que se me ha pasado por alto alguno de tus mensajes, porque no sabía nada del baile. Pero si necesitas ayuda...

—¡No! Ya te enterarás de lo que pasa. Entra, por favor. Tengo un vestido para ti. He tenido que imaginarme tus medidas. Ha llegado esta mañana. Si no te gusta, miraremos en mis armarios.

—Un... vestido.

—Un vestido muy moderno y elegante. Es de Valentino. He ayudado a elegirlo, pero lo ha pagado Reid.

—¿Dónde está Reid?

—Antes estaba con Judah, pero los he perdido de vista. De momento, no los necesitamos.

Bridie no la dejó protestar y la condujo a una de las habitaciones de invitados.

—Os presento a Ari. Ari, te presento a Darla, una estupenda peluquera, y a Casey, una artista del maquillaje. Y aquí tienes el vestido y varios pares de zapatos para que elijas.

Ari miró maravillada el vestido que llevaba un maniquí situado en una esquina. Era azul oscuro con tiras doradas y plateadas que salían de la estrecha cintura. No llevaba tirantes y la falda de gasa llegaba al suelo. Era el vestido más elegante y romántico que había visto en su vida.

—¿Es para mí?

—¿No te gusta?

—No entiendo.

—Reid quiere que disfrutes de la experiencia completa de ser Cenicienta. Parece que está en deuda contigo.

—No es cierto.

—Bueno, pues habladlo entre vosotros. Tenemos dos horas para prepararnos. Ha venido una persona muy especial que vive en el extranjero. Reid aún no lo sabe, pero Judah lleva semanas en contacto con ella —Bridie se inclinó hacia Ari y le susurró al oído—: Hemos encontrado a la hermana que buscaban. Y es maravillosa.

—¿En serio? —preguntó Ari mirándola con los ojos como platos.

—Sí, pero es un secreto. Esta noche está llena de ellos, así que no digas nada y disfruta. ¿De acuerdo?

—¡Sí! —Ari abrió los brazos, muy contenta. Y se miró las manos con las que llevaba toda la semana escarbando en la tierra—. Mira qué uñas.

—Eso lo arreglo yo —dijo Casey. Bridie se despidió.

—Entonces, hasta luego.

Fue lo más parecido a lo que Ari creía que sería prepararse para casarse. La vistieron y peinaron. No había joyas para acompañar el vestido, pero era tan llamativo que no las necesitaba.

Al acabar, Ari se miró a un espejo de cuerpo entero. La transformación era completa.

Ari Cohen había dejado de existir.

La persona que veía era otra, y Ari se moría de ganas de llevarla al salón de baile.

—¿Qué te parece? —preguntó Reid desde la puerta, vestido de esmoquín.

—Disculpad —dijeron sonriendo quienes habían transformado mágicamente a Ari, antes de salir de la habitación.

—Me parece un cuento de hadas. No volveré a hablar mal de Cenicienta. Pero he de confesarte una cosa. Ya sabes que no sé nadar.

—Sí.

—Pues tampoco sé bailar el vals.

Él rio y ella se lanzó a sus brazos. Él la abrazó y apoyó la cabeza en su cuello. Ella notó su respiración agitada y los acelerados latidos de su corazón.

—Te he echado de menos, Ari. No te imaginas cuánto.

—Puede que me lo imagine —se había matado a trabajar para no pensar en él—. Yo también te he echado de menos —suspiró—. Deseo el futuro que te imagines para nosotros, sea cual sea. Quiero estar contigo.

—Y yo deseo todo lo que puedas darme —él la soltó y retrocedió unos pasos al tiempo que se sacaba un estuche de terciopelo del bolsillo—. Era de mi bisabuela. Me lo han mandado de Inglaterra. Cuando vayamos allí, te va a encantar. Hay muchos jardines.

Abrió el estuche y se lo tendió con ambas manos.

—Me pondría de rodillas, pero necesitaría un bastón para levantarme o que tú me ayudaras, y no es lo que quiero. La vanidad me lleva a disimular mis fallos, pero espero ser lo bastante inteligente para aferrarme a lo mejor que me ha pasado en la vida. No volveré a rechazarte. Lucharé

por nosotros. No dejaré que dudes de mi amor. Lo proclamaré a los cuatro vientos y todos serán testigos.

La miró fijamente a los ojos.

—Te quiero, Ari. ¿Me harás el honor de compartir la vida casándote conmigo y estando a mi lado frente a las vicisitudes que nos depare el futuro? No te prometo que el camino vaya a ser fácil, pero sí que te querré y respetaré mientras viva.

—Sí —lo besó en los labios con amor, mientras las lágrimas le estropeaban el maquillaje.

La bebida corría, la música sonaba y el salón de baile estaba lleno de gente vestida de gala.

El anillo de compromiso de Ari brillaba a la luz de las lámparas, cuando Reid se la presentó a sus amigos, socios y empleados.

Nadie podía darse cuenta de la extensión de sus heridas bajo el traje de diseño ni hacerse una idea del viaje emocional que había llevado a cabo.

Era un hombre fuerte por haberse recuperado de semejantes heridas. Era un hombre inteligente, por haberse enfrentado a sus inseguridades, haberlas analizado y mostrado a sus seres queridos. Era su hombre.

—Estás resplandeciente —murmuró él.

—Como el Támesis en Nochevieja.

—Pues iremos.

Ari no puso objeciones. Su mundo se estaba extendiendo mucho más de lo que podía haberse imaginado. Con Reid en sus brazos y con su amor para protegerla, estaba preparada para lo que les deparara el futuro.

Una mujer rubia se los acercó. ¿Era la invitada especial? Debía de serlo.

—¿Reid Blake? Permíteme que me presente —tenía un encantador acento inglés, nítido y aristocrático, más receloso que afectuoso—. Soy Victoria Colby-Jones, lady Victoria Colby-Jones. Tu hermano me ha encontrado, tras una búsqueda poco ortodoxa.

La expresión de Reid pasó de la sorpresa a la incredulidad, para acabar en la alegría.

—¡Vic! Pero si hasta te pareces a mí. Solo que eres mujer y más baja que yo. Lady Victoria apretó los labios.

—Así es.

—Mira Ari, es Vic. Vic, te presento a Ari, mi futura esposa.

—Encantada. ¿«Ari» es uno de esos espantosos apodos australianos y te llamas Ariel?

—No, me llamo Ari.

—Ah.

Judah y Bridie se unieron a ellos. Rápidamente Reid le susurró a Judah:

—¿La abrazo? ¿Crees que le gustará que lo haga?

—Entendido —dijo Reid y Ari aprovechó la ocasión para clavarle el tacón en el zapato—. Cariñó, ten cuidado con mis pies —dijo Reid, muy ofendido, pero volvió a esbozar una sonrisa radiante al dirigirse a la recién llegada—. Victoria, ¿sabes bailar el vals?

—Por supuesto, Ree...

Todos esperaron a que pronunciara correctamente el nombre de Reid. No lo hizo.

—¿Puedo llamarte Ree? Me esfuerzo en adaptarme, pero creo que estoy fracasando por completo.

La opinión de Ari sobre la altiva mujer mejoró notablemente.

—¿Has visto ya la puesta de sol?

—Es algo vulgar, pero cautivador.

Bridie hizo una seña a un camarero y agarró tres copas de champán de la bandeja.

—Victoria, hermana —dijo Reid en su tono más afectuoso—. ¿Has intentado enseñar a bailar a una mujer en un salón atestado de gente?

—No.

—¿Querrías hacerlo?

—No, prefiero hacer el ridículo en privado.

Y así, al final de una velada perfecta, Ari se encontró en un claro delimitado por antiguas piedras, bajo un eucalipto gigante, descalza, con un vestido de Valentino y la luna para guiarla. Eran cinco personas: dos hermanos, una hermana recién recuperada y las mujeres a las que los hermanos amaban.



Habían aprendido a bailar el vals bajo la dura mirada de Victoria. Las parejas se habían intercambiado mientras aprendían a moverse juntos de forma aceptable. Uno guiaba, no siempre el hombre, y el otro lo seguía.

—El vals es intimidad envuelta en gasa —afirmó Victoria—. Bailar bien el vals con aquel a quien se ama es alcanzar la perfección.

—¿Habla en serio? —le susurró Ari a Reid.

—Creo que sí. Estoy agotado —murmuró él—. Si no me tumbo pronto, voy a caerme, cosa que hago mucho últimamente.

Ari tuvo una idea, aunque no sabía si funcionaría con aquella ropa. Pero las estrellas estaban ahí.

—¿Confías en mí? —Hasta el infinito y más allá.

Ari alzó las manos para llamar la atención de los demás.

—Formad una fila. Lady Victoria en el centro, Reid y Judah, uno a cada lado. Bridie, tú al lado de Judah y yo al lado de Reid. Agarraos de las manos.

—¿Es un baile? —preguntó lady Victoria.

—Más o menos. Es como Reid y yo nos conocimos y es una forma de romper el hielo. Y ahora tumbaos.

—¿En el suelo? —preguntó lady Victoria—. Se nos estropearan los vestidos.

—Pero verás las estrellas como nunca las has visto, notarás el cuerpo presionando la tierra y saludarás este lugar de un modo que no olvidarás —tomó la mano de Reid—. Solo es ropa, bonita desde luego, pero que ya ha cumplido su misión esta noche.

Todos esperaron a ver qué hacía lady Victoria.

Esta se sentó y los demás la imitaron. Se tumbaron y cerraron los ojos. Ari notó que Reid le apretaba la mano.

—Bienvenida a la familia, Victoria. Aunque no seamos como aquellos a los que estás acostumbrada, aquí tendrás amor, si así lo deseas, belleza y verdad.

Victoria no respondió inmediatamente y el tiempo pareció detenerse.

¿Aceptaría lo que le ofrecían?

—Gracias a los cuatro. Muchas gracias por vuestra hospitalidad —la voz se le quebró al decir las últimas palabras—. Lo deseo.

## *Epílogo*

**F**UE una boda íntima, sobre la tierra roja y bajo el cielo azul. Acudieron Gert, Bridie y Piper, como damas de honor, Jake, que se puso un traje por primera vez. Se había convertido en un joven muy guapo y guiñó el ojo a Ari cuando esta pasó a su lado. Judah era el padrino y se hallaba al lado de su hermano.

Reid llevaba un parche en el ojo izquierdo. Aunque la visión de ese ojo había disminuido, la del otro había aumentado.

Pensaba que Ari era hermosa incluso cuando estaba llena de tierra y cubierta de hierbajos. Se lo decía todos los días utilizando las palabras, la vista y de otras maneras.

Se lo decía al ponerle la taza de té por la mañana temprano, cuando debía acudir a una de sus numerosas reuniones.

Se lo decía cuando cerraba los ojos y la atraía hacia sí para aspirar su aroma.

Y se lo dijo al tomarla de la mano, cuando, por fin, se quedó frente a él vestida de novia. Llevaba un sencillo vestido blanco, sin velo ni guantes, y un ramo de las flores silvestres que prefería. Iba con el cabello suelto y perfectamente maquillada por Bridie.

Esa mañana, en la mesita de noche, Reid le había dejado un estuche que contenía una pulsera de diamantes a juego con el anillo de compromiso.

Piper se adelantó para tomarle el ramo y Reid, inmediatamente, la agarró también de la otra mano sonriendo mientras la contemplaba.

—Tus ojos me dicen que me quieres —murmuró—. Es el mejor día de mi vida.

—También puedo expresarlo en palabras, para que las recuerdes en la oscuridad.

Él la besó en la mejilla.

—Yo también tengo muchas palabras de amor que decirte. ¿Quieres oírlas? Una intensa oleada de felicidad invadió a Ari. Aquella hermosa

<https://www.facebook.com/novelasdescargas>

vida y aquel hombre brillante y enamorado eran suyos, y los conservaría a partir de ese momento.

—Sabes que sí.